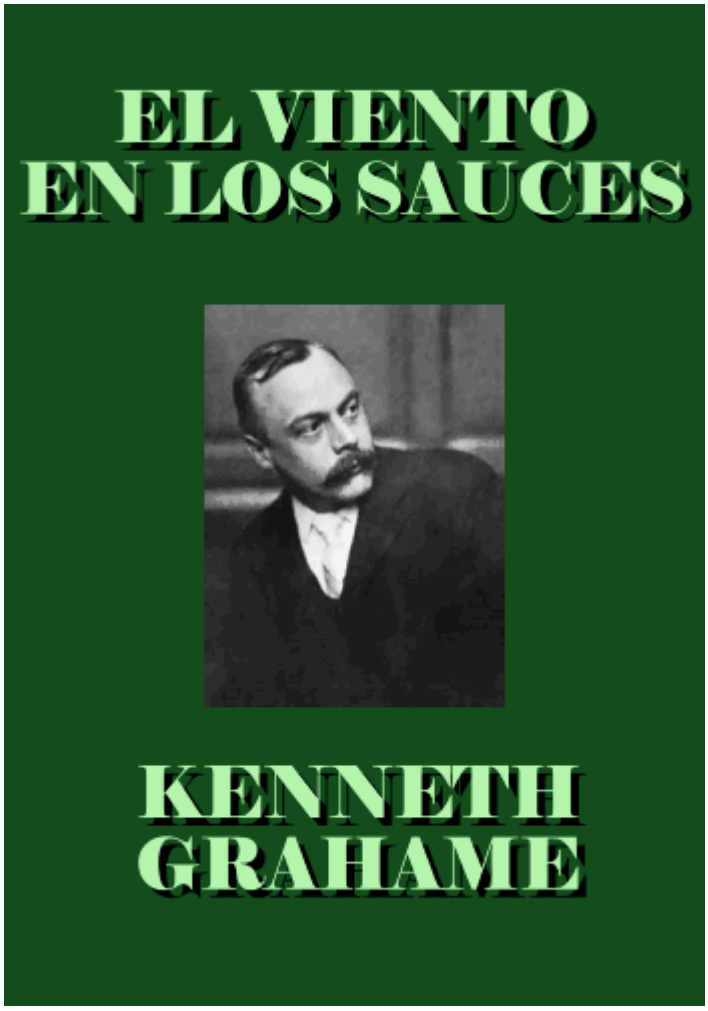
LIBROdot.com

EL VIENTO EN LOS SAUCES

KENNETH GRAHAME



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
La Orilla del Río

El topo se pasó la mañana trabajando a fondo, haciendo limpieza general de primavera en su casita. Primero con escobas y luego con plumeros; después, subido en escaleras, taburetes, peldaños y sillas, con una brocha y un cubo de agua de cal; y así hasta que acabó con polvo en la garganta y en los ojos, salpicaduras de cal en su negro pelaje, la espalda dolorida y los brazos molidos. La primavera bullía por encima de él, en el aire, y por debajo de él, en la tierra, y todo a su alrededor, impregnando su casita humilde y oscura, con su espíritu de sagrado descontento y anhelo. No es de extrañar, pues, que de repente tirase al suelo la brocha, y dijera: «¡Qué latazo!», y «¡A la porra!», y además: «¡Se acabó la limpieza general!», y saliese disparado de casa sin acordarse siquiera de ponerse la chaqueta. De allá arriba algo le llamaba imperiosamente y se dirigió hacia el túnel empinado y pequeño que hacía las veces del camino empedrado que hay en las viviendas de otros animales que están más cerca del sol y del aire. Así que rascó, arañó, escarbó y arrebañó y luego volvió a arrebañar, escarbar, arañar y rascar, sin dejar de mover las patitas al tiempo que se decía: «Vamos, ¡arriba, arriba!», hasta que al fin, ¡pop!, sacó el hocico a la luz del sol y se encontró revolcándose por la hierba tibia de una gran pradera.

«¡Qué gusto!», se dijo. «Esto es mejor que enjalbegar!» Le picaba el sol en la piel, brisas suaves le acariciaban la ardiente frente y, tras el encierro subterráneo en el que había vivido tanto tiempo, los cantos de los pájaros felices resonaban en su oído embotado casi como un grito. Haciendo cabriolas, sintiendo la alegría de vivir, gozando de la primavera, olvidándose de la limpieza general, siguió avanzando por la pradera hasta que llegó al seto que había en el extremo opuesto.

-¡Alto ahí! -dijo un conejo viejo, que guardaba la entrada-. ¡Seis peniques por el privilegio de pasar por un camino particular!

En un periquete el impaciente y desdeñoso Topo lo derribó y siguió trotando a lo largo del seto, chinchando a los demás conejos que salieron a toda prisa de las madrigueras para enterarse del motivo del alboroto.

-¡Salsa de cebolla! ¡Salsa de cebolla! -les gritó burlonamente, largándose antes de que se les pudiera ocurrir una respuesta totalmente satisfactoria.

Entonces todos se pusieron a refunfuñar:

- ¡Qué tonto eres! ¿Por qué no le dijiste que...?

-¡Vaya! ¿Y por qué no le dijiste tú que...?

-¡Podrías haberle recordado que...!

Y así sucesivamente, como suele acontecer. Pero, por supuesto y como siempre, ya era demasiado tarde.

Todo parecía demasiado bueno para ser cierto. El Topo caminaba sin cesar, de acá para allá, por los prados, recorriendo setos y cruzando matorrales para encontrarse por doquier que los pájaros hacían sus nidos, las flores estaban en capullo y las hojas despuntaban: todo el mundo era feliz y se desarrollaba, cada uno en su quehacer. Y sin que la incómoda conciencia le remordiera y le susurrase: «¡A enjalbegar!», sólo se daba cuenta de lo divertido que resultaba sentirse el único bicho ocioso en medio de tanta gente ocupada. Después de todo, lo mejor de las vacaciones no es tanto el descanso propio como el ver a los demás atareados.

Le parecía que su felicidad era completa cuando, a fuerza de vagar a la ventura, de repente llegó al borde de un río caudaloso. Nunca en su vida había visto un río, ese animal de cuerpo entero, reluciente y sinuoso que, en alegre persecución, atrapaba las cosas con un

gorjeo y las volvía a soltar entre risas, para lanzarse de nuevo sobre otros compañeros de juego, que se liberaban de él y acababan otra vez prisioneros en sus manos. Todo temblaba y se estremecía: centelleos y destellos y chisporroteos, susurros y remolinos, chácharas y borboteos. El Topo estaba embrujado, hechizado, fascinado. Iba trotando por la orilla del río como lo hace uno cuando es muy pequeño y camina al lado de un hombre que lo tiene embelesado con relatos apasionantes; y al fin, agotado, se sentó a su orilla mientras el río seguía hablándole, en un parlanchín rosario de los mejores cuentos del mundo, enviados desde el corazón de la tierra para que se los repitan al fin al insaciable mar.

Estando allí sentado en la hierba mirando hacia la otra orilla, se fijó en un agujero oscuro que había en aquel lado, justo a ras del agua, y se puso a imaginar lo agradable que sería como morada para cualquier animalito poco exigente que se le antojase vivir en una bombonera al borde del río, por encima del nivel del agua y lejos del polvo y del ruido. Mientras lo contemplaba, le pareció que en el fondo del agujero centelleaba algo pequeño y brillante que luego desaparecía y volvía a centellear como una estrellita. Pero era improbable que una estrella se encontrara en tan extraño lugar; y aquello era demasiado reluciente y pequeño como para ser una luciérnaga. Mientras lo observaba, le hizo un guiño, con lo cual lo definió como un ojo; luego, a su alrededor fue apareciendo una cara, como un marco alrededor de un cuadro.

Una carita marrón, con bigotes.

Una cara seria y redonda, con el mismo ojo chispeante que le había llamado la atención.

Orejitas bien recortadas y pelo espeso y sedoso. ¡Era la Rata de Agua!

Entonces los dos animalitos se quedaron mirándose con cautela.

-¡Hola, Topo! -dijo la Rata de Agua.

-¡Hola, Rata! -contestó el Topo.

-¿Te gustaría venir hasta aquí? -preguntó después la Rata.

-¡Ya! Eso se dice enseguida -dijo el Topo algo malhumorado, pues desconocía el río y la vida que había en sus orillas y sus costumbres.

La Rata no dijo nada, pero se agachó y desató una cuerda y tiró de ella; luego se subió ágilmente a una barquita que el Topo no había visto. Estaba pintada de azul por fuera y de blanco por dentro y era del tamaño justo para dos animales; al Topo le robó el corazón, aunque no entendía del todo para qué servía.

La Rata cruzó el río remando a toda velocidad y amarró la barca. Luego le tendió al Topo la pata delantera y éste descendió con muchas precauciones.

-¡Apóyate aquí!, -le dijo-. Y ahora ¡salta, rápido!

Y el Topo, sorprendido y arrobado, se encontró nada menos que sentado en la popa de una barca de verdad.

-¡Qué día más estupendo! -le dijo a la Rata mientras ésta desatracaba y volvía a empuñar los remos-. ¿Sabes? Nunca en mi vida había montado en barca.

-¿Qué? -le gritó la Rata boquiabierta-. Nunca en tu... Que nunca has... ¡Bueno! ¿Me quieres decir entonces qué has estado haciendo?

-¿Así que es tan agradable? -se atrevió a preguntar el Topo, de antemano dispuesto a creérselo, mientras se recostaba en el asiento y observaba los cojines, los remos, las chumaceras y demás accesorios fascinantes, sintiendo el suave balanceo de la barca.

-¿Agradable? No existe cosa igual -dijo la Rata muy solemne mientras se echaba hacia delante para meter el remo-. Créeme, amiguito, no hay nada, absolutamente nada, que valga ni la mitad de lo que significa trajinar con la barca. Bogando, sin más... -continuó ensimismada-, navegar... en barca... bogar...

-¡Mira ahí delante, Ratita!

Ya era demasiado tarde. La barca chocó de pleno contra la orilla. La soñadora y jubilosa barquera se cayó al fondo de la barca con las patas por el aire.

-...bogar en barca o enredar con ella -continuó la Rata como si tal cosa, recomponiéndose con una risita agradable-. Da igual estar dentro que fuera. Lo demás importa poco y éste es su encanto. Lo mismo da marcharte que quedarte, llegar a tu destino o a cualquier otro lugar, o no llegar a ningún sitio, porque siempre estás ocupado y nunca haces nada especial; y aunque lo hagas, siempre tienes algo más que hacer, y lo puedes hacer si quieres, aunque es preferible que no lo hagas. ¡Fíjate! Si no tienes nada previsto para esta mañana, ¿qué te parece si nos vamos juntos a pasar el día río abajo?

Al Topo le rebullían los dedos de pura alegría, hinchó el pecho con un suspiro de satisfacción y se recostó encantado en los mullidos cojines.

-¡Menudo día me estoy pasando! -dijo-. ¡Vamos ya!

-¡Oye, espérate un momento! -dijo la Rata.

Anudó la amarra a una argolla que había en su embarcadero, trepó a su agujero y, al cabo de un ratito, volvió a salir tambaleándose bajo el peso de una enorme cesta de mimbre con el almuerzo.

-¡Póntela debajo de los pies! -le dijo al Topo, al tiempo que echaba la cesta a la barca. Luego desató la amarra y volvió a empuñar los remos.

-¿Qué hay dentro? -preguntó el Topo picado de curiosidad.

-Pues, pollo frío -replicó la Rata brevemente-, *lenguaenfiambrejamónternerafríapepinillosensaladapanecillosberrospátécervezadejengibregaseosasifón...*

-¡Ay, para, para! -gritó el Topo embelesado-. ¡Es demasiado!

-¿Tú crees? -preguntó la Rata muy seria-. Es lo que suelo llevar en estas excursioncitas; pero los demás animales dicen que soy un bicho tacaño y que calculo muy por lo bajo.

El Topo no oía ni una palabra de lo que la Rata decía. Absorto en la vida nueva que iba descubriendo, ebrio con el resplandor y el chapoteo de las ondas, los aromas, los sonidos y el sol, había metido una pata en el agua y se dejaba llevar por sus emociones. La Rata de Agua, que era una buenaza, siguió remando sin molestarle para nada.

-¡Cuánto me gusta tu ropa, chico! -le dijo al cabo de media hora más o menos-. Me voy a comprar un esmoquin de terciopelo negro uno de estos días, en cuanto pueda.

-Perdona -dijo el Topo, esforzándose en volver a la realidad-. Pensarás que soy un maleducado, pero todo esto es tan nuevo para mí. Así que... ¡esto... es... un río!

-El río -le corrigió la Rata.

-¿Y realmente tú vives junto al río? ¡Qué buena vida! -Junto a él y con él, sobre él y dentro de él-dijo la Rata-. Para mí es como un hermano y una hermana, tías y demás familia, y mi comida y bebida y (naturalmente) mi lavabo. Es mi mundo y no deseo ningún otro. Lo que el río no contiene, no vale la pena poseerlo, y lo que él no conoce, no merece la pena que se conozca. ¡Ay, Señor! ¡Lo bien que nos lo hemos pasado juntos! Tanto en invierno como en verano, en primavera como en otoño, siempre resulta divertido y emocionante. Lo mismo si vienen las crecidas de febrero, y las bodegas y sótanos rebosan de un líquido que no me sirve de nada, y las aguas turbias pasan por delante de la ventana de mi dormitorio principal; como cuando todo remite, dejando atrás trozos de barro que huelen a bizcocho de frutas, y las algas y los hierbajos atascan los canales, y puedo pasar el rato caminando por la mayor parte de su lecho en busca de comida fresca y recogiendo cosas que la gente descuidada ha dejado caer de sus barcas.

-¿Y no te aburres a veces? -se atrevió a preguntar el Topo-. Sólo tú y el río, sin nadie más con quien cruzar una palabra.

-Nadie más con quien... Bueno, tengamos la cuenta en paz -dijo la Rata con indulgencia-. Eres nuevo aquí y no entiendes de esto, claro. Hoy en día vive tanta gente en las orillas, que

muchos tienen que mudarse. ¡Vamos, que ya no es como antes! Hay nutrias, martines pescadores, somorgujos, pollas de agua, que se pasan el día por allí y siempre se empeñan en que hagas algo. ¡Como si uno no tuviera asuntos propios que atender!

-¿Qué hay allí?-preguntó el Topo, señalando con la pata un fondo de árboles que ponían un marco oscuro a las vegas de un lado del río.

-¿Aquello? ¡Ah, pues el Bosque Salvaje! -dijo la Rata secamente-. La gente de las orillas no vamos mucho por allí.

-¿No son..., no son muy simpáticos los de allí? -dijo el Topo un pizquito nervioso.

-Bueno... -contestó la Rata-, verás. Las ardillas están bien. Y los conejos... depende, porque entre los conejos hay de todo. Y además está el Tejón, por supuesto. Vive en el mismísimo corazón del bosque y no cambiaría su morada aunque le pagasen por ello. ¡Tan simpático el Tejón! Nadie se mete con él. Más les vale -añadió, en tono significativo.

-¿Por qué? ¿A quién se le iba a ocurrir meterse con él? -preguntó el Topo.

-Bueno... claro... hay... hay otros -explicó la Rata con cierto titubeo-. Comadrejas... y armiños... y zorros y otros animales por el estilo. Están bien, hasta cierto punto... yo me llevo bien con ellos... siempre nos saludamos cuando nos vemos, y tal... pero a veces se descontrolan, para qué vamos a negarlo, y entonces... bueno, no te puedes fiar de ellos, eso es lo que pasa.

El Topo sabía sobradamente que el insistir, o tan siquiera el aludir a posibles problemas futuros, va contra la etiqueta animal; así que dejó el tema.

-¿Y más allá del Bosque Salvaje? -preguntó-. Aquello que se ve de un azul desvaído, donde parece que hay unas colinas, ¿o tal vez me equivoco? Y algo semejante al humo de las ciudades, ¿o serán las nubes que se mueven?

-Más allá del Bosque Salvaje está el Ancho Mundo -dijo la Rata-, y eso es algo que nos trae sin cuidado, a ti y a mí. Nunca estuve allí, ni pienso estarlo, y tú tampoco, si tienes algo de sentido común. Y, por favor, no vuelvas ni siquiera a mencionarlo. ¡Bueno! Pues ya hemos llegado al remanso donde vamos a almorzar.

Salieron de la corriente principal y se metieron por lo que en un principio parecía un laguito incrustado en la tierra. Verdes céspedes bajaban en pendiente hacia ambas orillas, raigones oscuros como serpientes relucían por debajo de la superficie del agua mansa, y enfrente de ellos el flujo plateado y la espumosa cascada de una presa, junto con una incansable y chorreante rueda de moler, que sostenía a su vez un molino de tejas grises, llenaba el aire con un sedante murmullo de sonidos sordos y apagados, pero entre los que, a ratos, se dejaban oír algunas vocecillas agudas y alegres. Era algo tan hermoso que el Topo, alzando las patas delanteras, sólo acertaba a musitar:

-¡Ay, madre mía, pero madre mía!

La Rata llevó la barca hasta la orilla, la amarró, ayudó a bajarse al Topo, que aún no se las amañaba muy bien, y sacó la cesta de la merienda. El Topo le rogó que le hiciera el favor de dejarle preparar las cosas a él solito; y la Rata accedió encantada, para poderse tumbar a sus anchas en la hierba a descansar, mientras su amigo, entusiasmado, sacudía el mantel y lo extendía, sacaba uno por uno todos los paquetes misteriosos y colocaba su contenido muy ordenadamente, mientras seguía musitando: «¡Ay, madre mía!» ante cada nuevo descubrimiento. Cuando todo estuvo listo, la Rata dijo:

-¡Anda, ataca, hombre! -Y el Topo obedeció con mucho gusto, porque se había puesto de limpieza general aquella mañana muy temprano, como es debido, sin hacer un alto ni para comer ni para beber.

-¿Qué miras? -le dijo luego la Rata, cuando habían matado bastante el gusanillo del hambre y los ojos del Topo pudieron apartarse un poco del mantel.

-Miro -dijo el Topo-una hilera de burbujas que van moviéndose por la superficie del agua. Es una cosa muy rara.

-¿Burbujas? ¡Eh! -dijo la Rata, dando un grito de alegría a modo de invitación.

Por encima de la pendiente apareció un hocico ancho y reluciente, y la Nutria se izó sacudiéndose el agua de su abrigo de piel.

-¡Glotones! -les dijo, acercándose a la cesta de la merienda-. ¿Por qué no me invitaste, Ratita?

-Ha sido algo improvisado -le explicó la Rata-. A propósito, éste es mi amigo, el señor Topo.

-Encantada de conocerle -dijo la Nutria, y los dos animalitos se hicieron amigos.

-¡Qué jaleo hay por todas partes! -añadió la Nutria-. Parece que a todo el mundo se le ha ocurrido venir hoy al río. Me acerqué a este remanso para buscar un poco de paz, y me tropiezo de narices con vosotros. Perdón, no quise decir eso, creedme.

Entonces oyeron un crujido a sus espaldas, y por detrás del seto cargado aún con las hojas del año anterior, apareció una cabeza a rayas sobre unos anchos hombros.

-¡Acércate, viejo Tejón! -gritó la Rata.

El Tejón avanzó uno o dos pasos; luego gruñó:

-¡Ejem! Tenemos visita.

Y dándose la vuelta, desapareció de la vista.

-Es una reacción típica de él -dijo desilusionada la Rata-. ¡No le gusta alternar! Pues hoy ya no le volvemos a ver. Bueno, y dinos, ¿quién ha venido hoy al río?

-Pues para empezar, el Sapo -contestó la Nutria-. Acaba de estrenar su yola. Lleva ropa nueva. ¡Todo nuevo!

Los dos animalitos se miraron y se echaron a reír.

-Al principio, sólo le gustaba la vela -dijo la Rata-. Cuando se hartó de ello, le dio por ir en batea. Sólo le gustaba la batea, todos los días y a todas horas. ¡Y en menudos líos se metía! El año pasado se le antojó el barco-vivienda, y todos tuvimos que ir a pasar unos días en su barco-vivienda, y hacer como si nos gustara. Decía que se iba a pasar el resto de su vida en un barco-vivienda. Siempre le pasa lo mismo, haga lo que haga; se harta de ello, y empieza con otra cosa.

-Es un buen muchacho-dijo la Nutria muy pensativa-, pero le falta estabilidad... ¡sobre todo en barco!

Desde donde estaban sentados podían divisar, por detrás de la isla que los separaba de ella, la corriente principal del río y en aquel momento apareció una yola; el barquero -una figura pequeña y regordeta- trabajaba muy duro, aunque salpicaba y se balanceaba de lo lindo. La Rata se levantó y lo llamó, pero el Sapo -que era el barquero- meneó la cabeza y prosiguió remando con empeño, sin hacer caso.

-Como siga balanceándose así, se va a caer al agua -dijo la Rata mientras se sentaba de nuevo.

-Ya lo creo que sí -se rió la Nutria-. ¿Os he contado alguna vez lo que les pasó al Sapo y al esclusero? Pues esto fue lo que pasó: el Sapo...

Una Efímera errante revoloteaba a contra corriente de esa manera embriagadora que tienen las jóvenes Efímeras cuando descubren la vida. Hubo un remolino de agua, un «¡glup!», y la Efímera desapareció.

También desapareció la Nutria.

El Topo bajó la mirada. Aún resonaba en sus oídos la voz de la Nutria, pero el césped donde había estado sentada se hallaba vacío. Y no había ninguna Nutria a la vista.

Pero de nuevo apareció la hilera de burbujas en la superficie del río.

La Rata se puso a canturrear, y el Topo se acordó de que la etiqueta animal prohibía cualquier comentario sobre la repentina desaparición de un amigo en cualquier momento, por cualquier razón, o aun sin razón alguna.

-En fin -dijo la Rata-. Va siendo hora de que nos vayamos. ¿A quién le apetece recoger la merienda?

Ella no parecía demasiado entusiasmada con el proyecto.

-¡Anda, déjame a mí! -dijo el Topo.

Y por supuesto, la Rata le dejó.

El recoger la merienda no era tan apasionante como el prepararla. Nunca lo es. Pero el Topo estaba dispuesto a disfrutar de todo; aunque justo cuando había acabado de rellenar la cesta y la había atado para que quedase bien segura vio un plato allí plantado en medio del césped; y cuando lo hubo guardado, la Rata señaló con el dedo un tenedor que nadie parecía haber visto, y por último, ¡oh, no!, el tarro de mostaza, sobre el cual había estado sentado sin darse cuenta. Pero acabó de recoger sin demasiada irritación.

El sol de la tarde se empezaba a poner mientras la soñadora Rata remaba tranquilamente hacia casa, musitando poemas y sin prestar demasiada atención al Topo. Pero el Topo estaba saciado de comida, satisfacción y orgullo, y en aquella barca se sentía como en su propia casa (o por lo menos, eso le parecía), y además empezó a ponerse nervioso. Y por fin dijo:

-... ¡Ratita, por favor, déjame remar a mí! La Rata meneó la cabeza sonriendo.

-Aún no, amiguito -le dijo-; espera a que te dé algunas lecciones. No es tan fácil como parece.

El Topo se quedó callado un rato, pero empezó a sentir envidia de la Rata, que remaba con tanta fuerza y tranquilidad, y la envidia le susurraba que él también podía hacerlo de aquella manera. Se levantó y empuñó los remos tan de repente que la Rata, que estaba contemplando el agua y musitando sus poemas, se cayó de espaldas con las patas por el aire por segunda vez, mientras el Topo vencedor se sentaba en su sitio y agarraba los remos con toda confianza.

-¡Para, estúpido!-le gritó la Rata desde el fondo de la barca-. ¡No sabes remar! ¡Vamos a volcar!

El Topo echó los remos hacia atrás y los empujó con fuerza hacia el agua. Pero éstos sólo rozaron la superficie: sus patas volaron por encima de su cabeza, y se cayó encima de la pobre Rata. Asustado, se agarró al borde de la barca, y de repente... ¡Plaf! La barca volcó, y el Topo se encontró chapoteando en el río. ¡Dios mío, qué fría estaba el agua, y qué mojada! ¡Y cómo resonaba en los oídos a medida que se iba hundiendo! ¡Y qué reconfortante y bueno le parecía el sol cuando lograba salir hasta la superficie, tosiendo y balbuceando! ¡Y qué horrible desesperación le entraba cuando sentía que se hundía de nuevo! De repente, una pata lo agarró con fuerza por el pellejo de la nuca. Era la Rata que se reía... El Topó sentía su risa recorriéndole el brazo hasta la punta de las uñas, y de allí al cuello, al cuello del propio Topo.

La Rata empuñó un remo y se lo metió al Topo debajo del brazo; luego hizo lo mismo del otro lado, y, nadando detrás de él, fue empujando al indefenso animalito hasta la orilla, lo sacó del agua, y lo sentó en el césped; el pobre Topo estaba hecho una piltrafa, agotado y calado hasta los huesos.

Cuando la Rata le hubo frotado un poco y escurrido el agua de su lomo, le dijo:

-¡Bueno, muchacho! Sube y baja corriendo por el sendero de sirga hasta que estés seco y hayas entrado en calor, mientras yo intento recuperar la cesta de la merienda.

De modo que el pobre Topo, que se sentía tan empapado como avergonzado, se puso a correr hasta que estuvo casi seco; mientras tanto, la Rata se zambullía de nuevo, rescataba la barca, le daba la vuelta y empujaba lentamente hacia la orilla su flotante propiedad. Luego se volvió a zambullir y rescató sin dificultad la cesta de la merienda.

Cuando todo estuvo listo por segunda vez, el Topo, agotado, se acomodó en la popa de la barca, y dijo en voz baja y llena de emoción:

-Ratita, mi generosa amiga, ¡cuánto siento el haberme portado de una manera tan tonta y desagradecida! ¡Qué horror! Cuando pienso que podíamos haber perdido una cesta tan pre-

ciosa... Reconozco que me he portado como un estúpido, pero por favor te pido que me perdones y te olvides de lo que ha ocurrido, y que todo sea como antes.

-¡No te preocupes, muchacho! -contestó con buen humor la Rata-. ¡Cómo le va a importar mojarse a una Rata de Agua!

A menudo estoy más tiempo dentro del agua que fuera de ella. No pienses más en ello. Y además, yo creo que tendrías que venir a pasar conmigo una temporadita. Es una casa muy sencilla, ¡no como la Mansión del Sapo! Aunque tú aún no has visto la Mansión. Pero, en fin, espero que estés a gusto en ella. Y te enseñaré a remar, y a nadar, y muy pronto te las apañarás en el río tan bien como cualquiera de nosotros.

El Topo se sintió tan conmovido por estas palabras que no supo qué contestar, y se enjugó unas lágrimas con el dorso de la pata. La Rata tuvo la delicadeza de mirar hacia otro lado. El Topo se reanimó y encontró fuerzas para contestar a dos pollas de agua que estaban cotilleando sobre su aspecto tan calamitoso. Cuando llegaron a casa, la Rata encendió un hermoso fuego en la chimenea del salón, y colocó al Topo en un sillón frente a ella, después de prestarle una bata y unas zapatillas, y le estuvo contando historias del río hasta la hora de cenar. Y para un animal de tierra como era el Topo, aquellas historias eran apasionantes. Eran historias de presas, de inundaciones repentinas, de lucios saltarines y de barcos de vapor que tiraban botellas vacías -o, por lo menos, las botellas caían desde los barcos, así que parecía lógico que fuesen ellos quienes las tiraban-, historias de garzas, y de lo curiosas que eran cuando se les hablaba; y de aventuras en los desagües, y de pescas nocturnas con la Nutria, o de excursiones muy lejos con el Tejón. La cena fue de lo más entretenida; pero muy pronto, el generoso anfitrión tuvo que meter en la cama al pobre Topo, que se caía de sueño. La Rata le dejó la habitación principal, en el piso de arriba. Y el Topo apoyó la cabeza en la almohada pensando con alegría que su nuevo amigo, el río, lamía el alféizar de la ventana.

Para el liberado Topo, éste no fue más que el primero de muchos días felices, cada cual más largo y lleno de interés a medida que el verano iba avanzando. Aprendió a nadar y a remar, y conoció la alegría del agua; y con el oído pegado a los tallos de los juncos, escuchaba de vez en cuando lo que el viento susurraba sin cesar entre ellos.

CAPÍTULO II
Por los caminos de Dios

-Ratita, ¡me harías un favor? -dijo de repente el Topo una mañana de verano.

La Rata estaba sentada a la orilla del río, cantando una cancioncilla. La había compuesto ella misma, así que estaba muy orgullosa de ella, y no prestaba atención alguna ni al Topo ni a nada. Desde muy temprano había estado nadando en el río en compañía de sus amigos los patos. Y cuando de repente los patos hundían la cabeza, como hacen los patos, ella se sumergía y les hacía cosquillas en el cuello, justo debajo de la barbilla, suponiendo que los patos tuvieran barbilla. Y ellos tenían que sacar a toda prisa la cabeza del agua, muy enfadados y sacudiéndose las plumas, ya que es imposible expresar exactamente todo lo que se siente cuando uno tiene la cabeza debajo del agua. Al fin le rogaron que se marchara, y que no se metiera con ellos, ya que ellos tampoco se metían con ella. Así que la Rata se marchó, y se sentó al sol a orillas del río, e inventó una canción que se llamaba:

ROMANCE DE LOS PATOS

Por entre los grandes juncos
los patos van chapoteando
a lo largo del arroyo
con la cola bien en alto.

Colas y colas de patos,
pies amarillos bogando,
el pico amarillo hundido
en el río rebuscando.

Entre la verde maleza,
por donde nada el escarcho,
fresca despensa repleta
tenemos a buen recaudo.

Cada uno con su gusto:
a nosotros, chapoteando,
nos gusta la cola arriba
y tener el pico abajo.

Mientras los vencejos pasan
por el cielo azul volando,
la cola en alto nosotros
en el agua chapoteamos.

-La verdad, Ratita, a mí no me parece que esa cancioncilla sea demasiado buena-dijo el Topo con cautela. El no era ningún poeta, y no le importaba reconocerlo; además, era sincero por naturaleza.

-Tampoco a los patos les gusta-contestó con buen humor la Rata-. Me han dicho: «Pero bueno, ¿por qué la gente no puede hacer lo que quiera, cuando quiera y como quiera, en vez de tener que aguantar a otros mientras sentados en la orilla cantan versitos y hacen comentarios ridículos? ¡Pero qué estupidez!» Eso es lo que dicen los patos.

-Y tienen razón; sí, señor -dijo el Topo, completamente de acuerdo.

-¡No la tienen! -gritó indignada la Rata.

-Bueno, no la tienen, no la tienen -contestó el Topo, intentando calmarla-. Pero el favor que quería pedirte era que me llevaras a ver al señor Sapo. He oído tantas cosas sobre él, que me encantaría conocerlo.

-Por supuesto -dijo la Rata, que tenía buen corazón, poniéndose de pie y olvidándose por aquel día de la poesía-. Saca la barca, y enseguida vamos remando hasta allá. Siempre es buen momento de ir a visitar al Sapo. ¡A cualquier hora que aparezcas, siempre lo encuentras de buen humor, siempre está contento de verte, y siempre se pone triste cuando te marchas!

-Debe de ser un animalito muy simpático -dijo el Topo mientras se metía en la barca y empuñaba los remos, y la Rata se sentaba en la popa.

-La verdad, es el mejor de todos -contestó la Rata-. Es tan sencillo, y tan cariñoso, y tiene tan buen carácter... Acaso no sea demasiado listo (no podemos ser todos genios) y es bastante vanidoso y fanfarrón. Pero tiene grandes cualidades el bueno del Sapito...

Bordeando un recodo del río, divisaron una casa antigua de ladrillo rojo pálido, hermosa y majestuosa, con un césped muy bien cuidado, que llegaba hasta la orilla.

-Ahí está la Mansión del Sapo -dijo la Rata-, y aquel remanso a la izquierda, donde hay un cartel que dice «Privado. Se prohíbe desembarcar», conduce al cobertizo donde dejaremos la barca. Las cuadras quedan a la derecha. Y aquello que estás mirando ahora es el salón de banquetes, muy antiguo, por cierto. Sabes, el Sapo es bastante rico, y la verdad es que esta mansión es una de las más bonitas de estos lugares, aunque nunca se lo decimos al Sapo.

Se deslizaron por el remanso, y el Topo metió los remos mientras se adentraban en la oscuridad del gran cobertizo. Allí, colgados de las vigas o levantados en una grada, vieron muchos barcos bonitos, pero ninguno en el agua; aquel lugar tenía cierto aire de abandono.

La Rata miró a su alrededor.

-Vaya -dijo-, los barcos se han pasado de moda. Se ha hartado de ellos, y los ha dejado. Me pregunto qué se le habrá antojado ahora. Vamos a buscarlo. Ya verás cómo nos lo cuenta todo.

Desembarcaron y caminaron por el césped bordado de arriates de alegres flores en busca del Sapo, al que pronto vieron descansando en un sillón de mimbre, con cara de preocupación, y un enorme mapa desdoblado encima de las rodillas.

-¡Hurra! -gritó poniéndose en pie de un salto en cuanto los vio-. ¡Fenómeno! -y les estrechó afectuosamente la mano a ambos sin esperar a que el Topo le fuese presentando-. ¡Qué amables sois! -añadió bailando a su alrededor-. Ahora mismo iba a mandar un barco a buscarte, Ratita, con órdenes estrictas de traerte inmediatamente, sea lo que fuere que estuvieras haciendo. Os necesito a los dos. ¿Qué queréis tomar? ¿Por qué no entráis y tomáis algo? ¡No os lo podéis imaginar! ¡Menuda suerte que hayáis llegado en este momento!

-¡Por qué no descansamos un poco, Sapo, amigo mío! -dijo la Rata mientras se dejaba caer en una mecedora; el Topo se sentó junto a ella e hizo algunos comentarios corteses sobre la deliciosa residencia del Sapo.

-¡Es la mejor mansión de todo el río! -exclamó con vanidad el Sapo, y añadió sin poder contenerse-, o sea, del mundo entero.

La Rata dio un codazo al Topo. Desgraciadamente el Sapo lo vio, y se puso muy colorado. Hubo un silencio embarazoso. Por fin, el Sapo se echó a reír y dijo:

-Está bien, Ratita, ya sabes que es mi modo de hablar. Y al fin y al cabo, la casa no está tan mal, ¿verdad? Y a ti te gusta bastante. Pero hablando de otra cosa. Vosotros sois los animalitos que necesito. Tenéis que ayudarme. ¡Es muy importante!

-Es sobre tu forma de remar, me supongo-dijo la Rata con cara de inocencia-. Vas mejorando mucho, aunque aún salpicas bastante. Con mucha paciencia y un poco de entrenamiento, ya verás...

-¡Bah! ¡Remar! -le interrumpió el Sapo con desdén-. Jueguecitos de niños. Yo ya lo dejé hace mucho tiempo. Total, era una pérdida de tiempo. La verdad, me da pena veros gastar tantas energías de una manera tan tonta. No, yo he descubierto algo verdaderamente bueno, lo único que vale la pena hacer en la vida. Por lo menos, yo pienso dedicar toda la mía a ello, y lo único que siento son los años malgastados en trivialidades. Ven conmigo, mi querida Ratita, y que venga también tu amable amigo, si no le importa. Vamos hasta las caballerizas, y vais a ver lo que es bueno.

Y los llevó hasta el patio. La Rata le seguía con una expresión de desconfianza; y allí, a la puerta de las cuadras, vieron una carreta de gitanos, toda nuevecita, pintada de amarillo canario, con adornos verdes y ruedas rojas.

-¡Ahí lo tenéis! -gritó el Sapo todo orgulloso-. Aquí, encerrada en este carrito, está la auténtica vida. Todos los caminos, las carreteras polvorientas, los descampados, los ejidos, el seto vivo, los montes ondulados... ¡Caseríos, aldeas, pueblos, ciudades! ¡Hoy aquí, mañana un poco más allá! ¡Viajes, cambio, interés, emoción! ¡El mundo entero a tu alcance y un

horizonte siempre nuevo! Y además esta carreta es la más bonita que se haya construido jamás, sin excepción alguna. Entrad, y mirad cómo es por dentro. ¡La diseñé yo solito!

El Topo estaba muy interesado y emocionado, y entró con el Sapo en la carreta. Pero la Rata se quedó donde estaba, con las manos bien metidas en los bolsillos.

Verdaderamente, todo era muy confortable, y el espacio estaba muy bien aprovechado. Había unas pequeñas literas, una mesita que se podía doblar contra la pared, un hornillo, armarios, estanterías, una jaula con un pajarito; y jarros, cacharros, cazuelas y pucheros de todos los tamaños y variedades.

-¡Tiene de todo! -dijo triunfalmente el Sapo, mientras abría un armario-. Ves: galletas, langosta en conserva, sardinas, todo lo que se te pueda antojar. El sifón está aquí, el tabaco allí, papel de escribir, jamón ahumado, mermelada, la baraja y un dominó Ya verás -continuó mientras bajaban por la escalerilla-, ya verás esta tarde cuando nos marchemos cómo no se me ha olvidado nada.

-Perdona -dijo lentamente la Rata mientras chupaba una pajita-, pero me ha parecido oír algo como «nos marchemos» y «esta tarde»...

-Vamos, mi querida y vieja amiga Ratita -dijo zalamero el Sapo-, no empieces a hablar tan tiesa y desdeñosa, porque sabes que tienes que venir. Ya sabes que no me las puedo arreglar sin ti, así que dejemos el tema, y no le des más vueltas; es lo único que no aguanto. ¿No querrás quedarte toda la vida en el viejo y aburrido río, y vivir en un agujero en la orilla, y remar? ¡Te quiero enseñar el mundo! ¡Voy a hacer de ti todo un animal, amiga!

-Me da igual -dijo la Rata-. No voy a ir contigo, y ahí se acaba la discusión. Y voy a quedarme con mi viejo río, y a vivir en un agujero, y a remar, como he hecho toda mi vida. Y además, el Topo se va a quedar conmigo, y a hacer lo que yo haga, ¿verdad, Topo?

-¡Pues claro! -dijo el Topo siempre tan leal-. Nunca te abandonaré, Ratita, y se hará lo que tú digas. Aunque de todos modos, hubiera sido..., pues eso, muy divertido, ¿no te parece? -añadió pensativo.

¡Pobre Topo! La Vida Aventurera era para él una cosa tan nueva y tan apasionante; y este nuevo aspecto tan tentador; y se había enamorado a primera vista de la carreta color canario y de todo lo que llevaba dentro.

La Rata se dio cuenta de lo que estaba pensando el Topo y vaciló. No le gustaba desilusionar a la gente, y se había encariñado con el Topo, y hubiera hecho casi cualquier cosa para complacerlo. El Sapo los observaba con atención.

-¿Por qué no pasáis y comemos algo? -dijo con diplomacia-. Y ya hablaremos. Tampoco tenemos que tomar una decisión ahora mismo. Por supuesto, a mí me da igual lo que hagáis. Yo sólo lo hacía por complaceros. «¡Vivir para los demás!» Ese es mi lema.

Durante el almuerzo -que por supuesto era tan excelente como todo en la Mansión del Sapo- el Sapo no pudo contenerse. Ignorando a la Rata, empezó a manejar a su antojo al inexperto Topo. Animal voluble por naturaleza y dominado siempre por su imaginación, describió las perspectivas del viaje, y los gozos de la vida al aire libre, y los caminos, con unos colores tan vivos, que apenas si el Topo podía quedarse quieto de la emoción. Y no tardaron mucho en hablar del viaje como cosa aceptada. La Rata, que aún no estaba muy convencida, accedió por pura generosidad a olvidar sus propias objeciones. No quería desilusionar a sus dos amigos, que ya se habían metido a fondo en planes y proyectos y tenían distribuidas las ocupaciones de cada día para las próximas semanas.

Cuando estuvieron listos, el victorioso Sapo condujo a sus compañeros hasta el prado y les encargó que capturasen al viejo caballo gris, al cual, sin que nadie le hubiera consultado y muy a pesar suyo, le había tocado la tarea más polvorienta en aquella polvorienta expedición. La verdad era que él hubiera preferido quedarse en el prado, y costó mucho agarrarlo. Mientras tanto, el Sapo llenó aún más los armarios con cosas necesarias, y colgó morrales, redes de cebollas, haces de heno y cestos por debajo de la carreta. Por fin consiguieron

enganchar el caballo y se pusieron de camino, hablando todos al mismo tiempo, ora caminando al lado de la carreta, ora sentados en la vara, según les apetecía. Era una tarde dorada. El olor del polvo que levantaban era agradable; desde los vergeles que bordeaban el camino los pájaros silbaban y los llamaban con alegría; algunos caminantes afables les daban los buenos días cuando se cruzaban, o se paraban y decían cosas agradables sobre la preciosa carreta; y los conejos, sentados en el umbral de sus madrigueras, exclamaban con las patas delanteras levantadas: «¡Caramba! ¡Caramba!»

Al anochecer, cuando ya estaban cansados y felices y muy lejos de casa, se metieron en un ejido distante de todo lugar habitado, soltaron el caballo que se fue a pastar, y cenaron sentados en la hierba junto a la carreta. El Sapo no paró de hablar de todo lo que iba a hacer los próximos días, mientras a su alrededor las estrellas se fueron encendiendo y de repente una luna amarilla apareció silenciosa, sin que se supiera de donde, para hacerles compañía y escuchar lo que contaban. Por fin se metieron en sus literas en la carreta; y el Sapo, estirándose, dijo ya medio dormido:

-¡Buenas noches, amiguitos! ¡Esto sí que es vida para un caballero! ¡No me habléis de vuestro viejo río!

-Yo no hablo de mi río -contestó la Rata con paciencia-.Ya sabes que no lo hago, Sapo. Pero pienso en él -y añadió tristemente, en tono más bajo-. Pienso en él... ¡todo el rato!

El Topo sacó la pata por debajo de la manta, buscó en la oscuridad la mano de la Rata, y le dio un fuerte apretón, y susurró:

-Haré lo que tú quieras, Ratita. ¿Por qué no nos escapamos mañana por la mañana, temprano... muy temprano... y regresamos a nuestro querido agujerito en el río?

-No, no, mejor aguantar hasta el final -murmuró la Rata-. Te lo agradezco, pero tengo que quedarme con el Sapo hasta que acabe el viaje. No me fío demasiado de él. No te preocupes, que no durará. Sus antojos nunca duran. ¡Buenas noches!

El final del viaje estaba mucho más cerca de lo que la misma Rata se sospechaba.

Después de tanto aire libre y emoción, el Sapo durmió como un tronco, y por más que le sacudieron no hubo manera de sacarlo de la cama a la mañana siguiente. Así que el Topo y la Rata se levantaron, silenciosos y decididos y, mientras la Rata enjaezaba el caballo, encendía una hoguera, lavaba las tazas y platos de la cena y preparaba el desayuno, el Topo fue hasta el pueblo más cercano (que estaba bastante lejos) por leche y huevos y otras cosas de primera necesidad, que, por supuesto, se le habían olvidado al Sapo. Cuando acabaron el trabajo duro, y los dos animalitos agotados se sentaban a descansar un poco, apareció el Sapo, descansado y alegre, y comentó lo agradable que era aquella vida, comparada con las preocupaciones y cuidados que exige el llevar una casa.

Aquel día dieron un agradable paseo por los verdes montes y por estrechos senderos y acamparon en un ejido, como la noche anterior, pero esta vez los dos invitados se aseguraron de que el Sapo hiciera su parte del trabajo. Así que, cuando se tuvieron que levantar a la mañana siguiente, el Sapo no estaba tan entusiasmado con la sencillez de la vida primitiva, y hasta intentó volverse a meter en la cama, de donde lo sacaron a la fuerza. El camino, como en los días anteriores, recorría campos y hasta el atardecer no llegaron a la carretera, su primera carretera; y entonces les sobrevino, veloz e imprevisto, un desastre decisivo para la expedición y que dejaría gran impacto en la carrera posterior del Sapo.

Caminaban tranquilamente por la carretera, el Topo al lado del caballo y hablándole, ya que el caballo se había quejado de que nadie le hacía ni caso, ni contaban con él para nada; el Sapo y la Rata de Agua iban charlando detrás de la carreta -o por lo menos el Sapo hablaba y la Rata de vez en cuando decía: «Sí, claro»... «¿Y tú qué dijiste?», mientras pensaba en cosas muy distintas-, cuando detrás de ellos, en la distancia, oyeron un débil zumbido de aviso, como el de una abeja lejana. Miraron hacia atrás y vieron una nubecita de polvo con un punto negro que avanzaba hacia ellos a una velocidad increíble, y del polvo salía un «pop-pop»

como el quejido de un animal herido. Sin hacerle ningún caso, continuaron su conversación y de repente (o eso les pareció) cambió la pacífica escena, y con un golpe de viento y un remolino de ruido que los hizo saltar hacia la cuneta más próxima ¡los alcanzó! El «pop-pop» sonó en sus oídos como un grito, vislumbraron un reluciente interior de cristal y rico tafilete y un magnífico, inmenso e impresionante automóvil, conducido por un piloto aferrado al volante, dominó toda la tierra y el aire durante una fracción de segundo. Levantó una nube de polvo que los cegó, envolviéndolos por completo, y luego fue desapareciendo en la distancia hasta quedar de nuevo reducido a una pequeña mancha que zumbaba como una abeja.

El viejo caballo gris que iba soñando, mientras caminaba, con su tranquilo prado, en una situación tan nueva como ésta, se dejó sencillamente llevar por sus instintos naturales. Se encabritó, corcoveó y retrocedió rápidamente y, a pesar de los esfuerzos del Topo y de los ánimos que intentó darle, empujó la carreta hacia la profunda cuneta. Esta se balanceó un momento..., se oyó un tremendo crujido... y la carreta color canario, que había sido el orgullo y la alegría del Sapo, quedó volcada en la cuneta completamente destrozada.

La Rata se puso a pegar saltos de un lado al otro de la carretera, gritando furiosa y sacudiendo los puños:

-¡Salvajes! ¡Criminales, canallas..., bandidos! ¡Me las vais a pagar! ¡Os denunciaré! ¡Os llevaré a los tribunales!

Su nostalgia había casi desaparecido, y por un momento se imaginó ser el capitán del barco color canario que había sido empujado hacia un banco de arena por la imprudente maniobra de unos marineros rivales. Intentaba acordarse de todos los comentarios sutiles y mordaces que solía decir a los patronos de barcos de vapor cuando pasaban demasiado cerca de la orilla y sus estelas inundaban la alfombra del salón de su casa.

El Sapo estaba sentado muy tieso en medio de la carretera polvorienta con las patas estiradas, y miraba fijamente hacia el punto por donde desaparecía el automóvil. Respiraba jadeante y su cara tenía una expresión de plácida satisfacción, y de vez en cuando susurraba «¡pop-pop!».

El Topo consiguió al cabo de un buen rato tranquilizar al caballo. Luego fue a echar un vistazo a la carreta, que estaba volcada en la cuneta. Daba pena verla. Los paneles de las ventanas estaban destrozados, los ejes doblados sin remedio, una rueda se había caído, las sardinas se habían esparcido por el ancho mundo, y el pájaro se lamentaba en su jaula y pedía que lo liberasen.

La Rata se acercó a ayudarle, pero sus esfuerzos no eran suficientes para poner la carreta derecha.

-¡Eh! ¡Sapo! -gritaron-. ¡Échanos una mano!, ¿quieres? El Sapo ni les contestó, ni se movió de su sitio en medio de la carretera, así que fueron a ver qué le pasaba. Lo encontraron como hipnotizado, con una sonrisa de felicidad en la cara y los ojos aún fijos en la polvorienta estela de su destructor. De vez en cuando susurraba: «¡pop-pop!».

La Rata lo sacudió por los hombros.

-Sapo, ¿vas a ayudarnos sí o no? -le preguntó con firmeza.

-¡Oh, visión gloriosa y emocionante! -musitó el Sapo sin moverse-. ¡La poesía del movimiento! ¡La verdadera forma de viajar! ¡La única forma de viajar! ¡Hoy, aquí; mañana..., muchísimo más allá! Pasar de largo aldeas, pueblos y ciudades..., ¡y un nuevo horizonte cada día! ¡Oh maravilla! ¡Oh pop-pop! ¡Oh! ¡Ah!

¡Deja ya de hacer el tonto, Sapo! -gritó el Topo desesperado.

-¡Y pensar que no lo sabrá! -añadió el Sapo con monotonía-. ¡Tantos años derrochados, y yo sin saber, sin imaginar siquiera! ¡Pero ahora..., pero ahora que lo sé, ahora que me he dado cuenta! ¡Oh, qué camino florido se extiende ante mí de ahora en adelante! ¡Qué de nubes de polvo iré dejando detrás cuando acelere por la carretera! ¡Cuántos carros volcaré en las cunetas sin que me importe..., carritos feísimos, carros vulgares..., carretas color canario!

-¿Qué hacemos con él? -preguntó el Topo a la Rata de Agua.

-Nada -contestó con firmeza la Rata-, porque no hay nada que hacer. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Ahora está hechizado. Se le ha antojado algo nuevo, y siempre le pasa lo mismo al principio. Seguirá así durante algunos días, como un animal que camina en un sueño feliz, totalmente inútil para cualquier propósito práctico. Déjalo. Vamos a ver qué se puede hacer con la carreta.

Cuando la hubieron inspeccionado cuidadosamente, se dieron cuenta de que, aunque consiguieran enderezarla, la carreta no podría rodar. Los ejes no tenían arreglo, y la rueda que se había salido estaba destrozada.

La Rata ató las riendas del caballo sobre su lomo, y lo condujo por la cabeza, llevando en la otra mano la jaula con su histérico inquilino.

-¡Venga! -le dijo malhumorado al Topo-. Sólo hay unas cinco o seis millas hasta el pueblo más cercano, y tendremos que ir hasta allí andando. Cuanto antes nos pongamos de camino, mejor.

-¿Y el Sapo? -preguntó preocupado el Topo mientras se echaban a andar-. No podemos dejarlo ahí, solo en medio de la carretera, en el estado en que se encuentra. Podría ser peligroso. ¡Supónte que viene otra Cosa!

-¡Que se vaya al diablo!-dijo la Rata furiosa-. ¡Estoy harta de él!

No habían avanzado mucho cuando oyeron detrás de ellos unos pasos, y el Sapo los alcanzó, y los agarró del brazo, jadeante y con la mirada perdida.

-¡Escucha, Sapo! -le dijo la Rata enfadada-. En cuanto lleguemos al pueblo, te vas a la comisaría a ver si ahí saben a quién pertenece el automóvil y presentas una denuncia contra él. Y luego tendrás que ir al herrero o al carretero para que vayan a buscar el carro y lo arreglen. Tardarán, pero tiene remedio. Mientras tanto, el Topo y yo iremos a un albergue a buscar habitaciones para quedarnos hasta que hayan arreglado la carreta, y hasta que te recuperes del susto.

-¡Comisaría! ¡Denuncia! -murmuró el Sapo ensimismado-. ¡Yo, denunciar esa visión hermosa y celestial que me ha sido otorgada! ¡Arreglar la carreta! Estoy harto de carretas. No quiero ver ni un carro más, ni oír hablar de ellos en mi vida. ¡Ay, Ratita! ¡No te puedes imaginar lo agradecido que os estoy por haber accedido a hacer conmigo este viaje! No hubiera ido sin vosotros, y entonces nunca hubiera visto aquel..., ¡aquel cisne,, aquel rayo de sol, aquel trueno! ¡Nunca hubiera oído aquel fascinante ruido, ni olido aquel hechicero olor! ¡Os lo debo todo a vosotros, que sois mis mejores amigos!

La Rata se volvió hacia el Topo desesperada.

-¿Ves lo que te decía? -le dijo por encima de la cabeza del Sapo-. No tiene remedio. Me rindo. Cuando lleguemos al pueblo, iremos a la estación, y con un poco de suerte tomaremos un tren que nos lleve esta misma noche a la Orilla del Río. ¡Y no vuelvo a irme por ahí con un animal como éste!

Estaba tan enfadada, que durante el resto de la caminata sólo se dirigió al Topo.

Cuando llegaron al pueblo, fueron directamente a la estación y dejaron al Sapo en la sala de espera de segunda clase, y dieron dos peniques a un empleado para que no lo perdiera de vista. Luego dejaron el caballo en la cuadra de un albergue, y dieron algunas instrucciones sobre la carreta y su contenido. Por fin un tren les dejó en una estación no muy lejos de la Mansión del Sapo, acompañaron a su hechizado compañero hasta su puerta, lo metieron en casa y ordenaron al ama de llaves que le diera de cenar, lo desvistiera y lo metiera en la cama. Luego sacaron la barca del cobertizo y fueron remando hasta casa. Ya era muy tarde cuando se sentaron a cenar en el saloncito a orillas del río; y la Rata no cabía en sí de alegría.

A la tarde siguiente, el Topo, que se había levantado muy tarde y se había tomado las cosas con calma, estaba pescando sentado en la orilla, cuando la Rata, que había ido a visitar a sus amigos y a contarles todo, vino a su encuentro.

-¿Te has enterado de la noticia?-le preguntó-. No se habla de otra cosa en todo el río. El Sapo se fue a la ciudad en tren a primera hora de la mañana. ¡Y ha encargado un automóvil muy grande y muy caro!

CAPÍTULO III
El Bosque Salvaje

El Topo siempre había deseado conocer al Tejón. Parecía ser un personaje con mucha fama y, aunque no se le veía a menudo, hacía sentir su influencia sobre todos. Pero cada vez que el Topo mencionaba su deseo a la Rata de Agua, ésta trataba de disuadirle.

-No te preocupes -le decía la Rata-, el Tejón aparecerá por aquí un día de éstos..., siempre acaba por venir..., y entonces te lo presentaré. ¡Es un buen chico! Pero hay que tomarlo como es, y además cuando él quiere.

-¿Por qué no le invitas a cenar, o algo así? -dijo el Topo.

-No vendría -contestó la Rata-. Al Tejón no le gusta alternar, ni las invitaciones, ni las cenas, ni nada de eso.

-¿Y por qué no vamos nosotros a verlo? -le sugirió el Topo.

-Eso no le gustaría nada-dijo agitada la Rata-. Es tan tímido, que hasta le ofendería. Yo nunca me he atrevido a visitarlo, y eso que lo conozco muy bien. Además, no podemos. Es imposible, porque vive en pleno corazón del Bosque Salvaje.

-Bueno, y aunque viva allí -contestó el Topo-, tú me dijiste que el Bosque Salvaje era seguro, ¿no es así?

-Sí, sí, ya lo sé, y así es -replicó evasiva la Rata-. Pero mejor será que no vayamos. Aún no. Queda bastante lejos, y además nunca está en casa en esta época del año, y vendrá por aquí uno de estos días, así que ten paciencia.

Y el Topo se tuvo que aguantar. Pero el Tejón no aparecía y los días pasaban con nuevas diversiones. Ya había concluido el

verano, y el frío y las heladas y los caminos embarrados los obligaban a quedarse en casa. El río caudaloso corría delante de sus ventanas con una velocidad que impedía navegar por él, y el Topo volvió a pensar a menudo en el solitario Tejón gris, que vivía en su agujero en el corazón del Bosque Salvaje.

En invierno la Rata solía dormir mucho: se iba a la cama pronto y se levantaba tarde. Durante sus cortos días a veces escribía poemas, o hacía algún trabajo doméstico; y por supuesto, siempre recibía visitas de otros animalillos, así que no les faltaban historias que contar, y comparaban las notas sobre todo lo que habían hecho durante el verano pasado.

Cuando lo recordaban, les parecía un hermoso capítulo, con numerosas ilustraciones llenas de color. El espectáculo de la orilla del río se había ido desarrollando en escenas como una majestuosa procesión. En primer lugar llegaron las primaveras púrpura, y sus guedejas exuberantes y enredadas temblaban al borde del espejo del agua, donde les sonreía la propia cara del río. Les siguieron las adelfas, tiernas y ansiosas como una nube rosa del atardecer. Y las borrajas, rojas y blancas, agarrándose unas a otras de la mano, tampoco se hicieron esperar; y por último una mañana apareció en escena la tímida y tardía rosa silvestre y, como si una música de instrumentos de cuerda lo anunciara con los majestuosos acordes de una gaviota, uno sabía que por fin junio había llegado. Sólo faltaba por aparecer un personaje de aquella función: el pastorcillo que cortejaba a las ninfas, el caballero a quien las damas esperaban en las ventanas, el príncipe que, con un beso, devolvería la vida y el amor al verano durmiente. Pero cuando el rey de los prados, elegante y oloroso con su chaleco dorado, se colocó en medio de los otros, entonces pudo empezar la función.

¡Y menuda función había sido! Los animalillos amodorrados, acurrucados en sus madrigueras mientras el viento y la lluvia golpeaban sus puertas, aún recordaban las maravillosas mañanas cuando, una hora antes del amanecer, la neblina blanca, que aún no se había levantado, se abrazaba a la superficie del agua; y el choque de la primera zambullida muy temprano, de las carreras por la orilla, y de la radiante transformación de la tierra, del aire y del agua, cuando de repente el sol volvía a estar con ellos, y el gris era oro y nacía el color y surgía una vez más de la tierra. Recordaban las lánguidas siestas del mediodía caliente, en medio de la maleza verde, cuando el sol brillaba en rayitos y en puntos; y los paseos en barca y los baños de la tarde, las caminatas por senderos polvorientos y por dorados campos de trigo; y las veladas largas y frescas, cuando se reunían tantos amigos y se contaban tantas historias, y juntos proyectaban las aventuras del día siguiente. Siempre tenían de qué hablar cuando los animalitos se sentaban alrededor de la chimenea durante los cortos días de invierno. A pesar de todo, al Topo le quedaba bastante tiempo libre, de modo que una tarde, mientras la Rata estaba sentada en su sillón delante de la chimenea, medio adormilada o escribiendo versos que no rimaban, decidió ir solo a explorar el Bosque Salvaje, y con un poco de suerte llegar a conocer al señor Tejón.

Era una tarde fría y tranquila, con un cielo duro y gris, cuando salió del salón calentito. El campo yermo y desierto se extendía alrededor suyo y el Topo pensó que nunca había mirado tan profunda e íntimamente las cosas como en aquel día de invierno cuando la Naturaleza, sumida en su sopor anual, parecía haberse desnudado. Sotos, vallecitos, presas y todos los lugares escondidos que habían sido las minas misteriosas que ellos exploraban en los frondosos veranos ahora mostraban tristemente todos sus secretos, y parecían pedirle que se olvidase de aquella raída pobreza hasta que pudieran alborotar de nuevo en un intenso carnaval, y atraerlo y seducirlo con los viejos engaños. En cierto modo daba pena, pero a la vez resultaba esperanzador, incluso se alegraba de que le gustase el campo sin adornos, duro y sin esplendor. Había llegado hasta sus mismísimos huesos, y le parecieron finos, fuertes, elementales. No quería el trébol tibio, ni el juego de las hierbas en brote, y se alegraba de no ver ni las pantallas de los setos espinosos, ni el ondulante ropaje de las hayas y de los olmos; y con gran entusiasmo se dirigió hacia el Bosque Salvaje, que se extendía ante él, bajo y amenazador, como un arrecife negro en un mar tranquilo del sur.

Cuando se metió en él, no vio nada inquietante. Las ramitas se rompían bajo sus pies, se tropezó con algún tronco, los musgos en los tocones semejaban caricaturas, y le asustaba el parecido que tenían con cosas familiares y lejanas; pero todo aquello le divertía y le emocionaba. Siguió caminando, y se adentró hasta donde la luz se hacía más tenue, y los árboles se agazapaban cada vez más juntos, y los agujeros a cada lado le hacían muecas horribles.

Ahora todo estaba muy tranquilo. El crepúsculo se le venía encima, firme, rápido, rodeándolo; la luz parecía retirarse como las aguas después de una inundación.

Entonces aparecieron las caras.

Primero le pareció ver una cara por encima de su hombro: era una carita de diablo, en forma de cuña, que lo miraba desde un agujero. Cuando se volvió para hacerle frente, aquello había desaparecido.

Apuró el paso, diciéndose alegremente que no debía imaginarse cosas, o si no aquello no acabaría nunca. Pasó junto a otro agujero, y luego otro, y otro; y entonces ¡sí!..., ¡no!..., ¡sí!, una carita delgada, con ojos duros, apareció un instante en un agujero y desapareció. El Topo vaciló..., se dio ánimos y siguió caminando. De repente, como si siempre hubiera sido así, parecía que cada agujero, cercano o lejano (y había centenares de ellos), tenía su propia carita, que aparecía durante un instante, y todas lo miraban con odio y con malicia: caritas con ojos duros, penetrantes y perversos.

Pensó que, si al menos pudiera alejarse de los agujeros de los terraplenes, ya no vería más caras. Se alejó del camino y se adentró por los lugares menos trillados del bosque.

Entonces empezaron los silbidos.

Al principio eran muy débiles y estridentes, y muy lejanos; pero aun así le hicieron avivar el paso. Luego, todavía débiles y agudos, parecían venir de delante. El Topo vaciló y estuvo a punto de dar la vuelta. Mientras se detenía indeciso, oyó los silbidos a ambos lados de él y le pareció que se encadenaban hasta los límites más lejanos del bosque. No cabía duda de que había alguien allí, vivo y alerta. ¡Y él estaba solo, desarmado, y lejos de cualquier ayuda! Y la noche se cerraba...

Entonces empezaron las pisadas.

Al principio pensó que eran sólo las hojas que caían, tan ligero y delicado era el sonido. Pero a medida que crecía, empezó a tomar un ritmo regular, y sólo se oía el pat-pat-pat de los piececitos aún muy lejanos. ¿Venían de delante o de detrás? Le pareció que venían de todas partes. Escuchó ansiosamente y se dio cuenta de que crecían y se multiplicaban a su alrededor. Mientras se detenía a escuchar, un conejo se le acercó corriendo por entre los árboles. El Topo esperó, pensando que el conejo disminuiría la velocidad o se desviaría en otra dirección. Sin embargo el animal lo rozó al pasar, con la cara muy seria y los ojos fijos.

-¡Sal de aquí, tonto, sal de aquí! -le oyó susurrar el Topo mientras esquivaba un tocón y se metía en una acogedora madriguera.

Las pisadas fueron aumentando; recordaban el ruido del granizo cuando cae sobre una alfombra de hojas secas. Ahora parecía que el bosque entero estaba corriendo, cazando, persiguiendo, acorralando algo -¿o a alguien?-. Aterrorizado, se puso a correr sin rumbo. Se tropezaba con cosas, se caía dentro y sobre cosas, se metía debajo de cosas y sorteaba cosas. Al fin se metió en la oscura profundidad de un agujero dentro del tronco de una vieja haya, que le ofrecía refugio y tal vez protección. Y además estaba demasiado cansado para seguir corriendo, así que se escondió entre las hojas secas que había en aquel hoyo, creyéndose a salvo. Y mientras yacía allí, jadeando de terror, mientras fuera se oían los silbidos y las pisadas, tomó plena conciencia de aquella cosa temible que los otros habitantes de los campos y los setos también habían experimentado,

aquella cosa que la Rata había intentado evitarle: ¡El Terror del Bosque Salvaje!

Mientras tanto la Rata, muy calentita en su casa, dormitaba al amor de la lumbre. Sus papeles con versos a medio escribir se le cayeron de las rodillas, echó la cabeza hacia atrás, se le abrió la boca, y empezó a pasear por las verdes orillas del río de los sueños. Pero el carbón resbaló y el fuego crepitó y lanzó una fuerte llamarada, y la Rata se despertó con un sobresalto. Se acordó de lo que había estado haciendo y se agachó a recoger los versos. Los estuvo releyendo, y luego miró a su alrededor para preguntarle al Topo si podía ayudarle con una rima.

Pero el Topo no estaba allí.

Escuchó un momento. La casa estaba silenciosa.

Entonces gritó varias veces « ¡Topito! » , y, como no recibió respuesta de ningún tipo, se levantó y salió al vestíbulo.

La gorra del Topo no estaba en el perchero. Sus chanclos, que solía dejar junto al paragüero, tampoco estaban allí.

La Rata salió de casa y observó con atención el suelo embarrado, esperando encontrar las huellas del Topo. Y sin duda alguna, allí estaban. Los chanclos eran nuevos, recién comprados para el invierno, y el relieve de las suelas se había marcado perfectamente en el barro, y se dirigían directa y decididamente hacia el Bosque Salvaje.

La Rata se quedó muy seria y pensativa unos momentos. Luego entró de nuevo en casa, se ató una correa a la cintura, colocó en ella dos pistolas, agarró una porra gorda que había en un rincón del vestíbulo y se dirigió con decisión hacia el Bosque Salvaje.

Ya anochecía cuando la Rata llegó al lindero del bosque y, sin pensárselo dos veces, se adentró en él, buscando ansiosamente por todas partes cualquier señal de su amigo.

Las caritas malas salían de los agujeros cuando pasaba, pero desaparecían en cuanto veían a la valiente Rata con sus pistolas y la horrible porra que empuñaba. También cesaron los silbidos y las pisadas que había oído al principio, y todo quedó muy silencioso. Siguió caminando con decisión hasta meterse en lo más espeso del bosque. Luego, olvidándose de los senderos conocidos, se abrió camino entre los árboles, llamando sin cesar:

-¡Topito! ¿Dónde estás? ¡Topo! ¡Soy yo, la Rata!

Cuando llevaba ya una hora buscando por el bosque, oyó con alegría una vocecita que le contestaba. Guiándose por el ruido, se abrió camino en la oscuridad hasta que llegó al pie de una vieja haya, que tenía un hueco en el tronco, y una vocecita que salía del hueco dijo:

-¡Eres tú, Ratita! ¿De verdad?

La Rata se metió en el agujero y allí encontró al Topo, agotado y aún tembloroso.

-¡Oh, Ratita! -lloriqueó-. ¡No te puedes imaginar el miedo que he pasado!

-¡Me lo puedo suponer! -dijo la Rata intentando calmarlo-. No debías haberlo hecho, Topo. Hice todo lo que pude para disuadirte. Nosotros, los de la Orilla del Río, casi nunca venimos solos aquí. Si tenemos que venir, lo hacemos en parejas, por lo menos; así no suele pasar nada. Además, hay un montón de cosas que uno tiene que saber, que nosotros comprendemos, pero tú aún no. Por ejemplo, señas y contraseñas, y dichos que tienen poder y efecto, y plantas que uno puede llevar en los bolsillos, y versos que hay que repetir, y trucos y trampas que se pueden practicar; son todos muy fáciles cuando te los sabes, pero cuando uno es pequeño (como nosotros) tiene que conocerlos, porque si no se puede uno meter en un buen lío. ¡Claro que si fueras un Tejón o una Nutria, sería distinto!

-Seguro que al valiente señor Sapo no le importa venir aquí solo, ¿verdad? -preguntó el Topo.

-¿El viejo Sapo? -dijo la Rata soltando una carcajada-. Ese no asomaría la nariz por aquí ni por todo el oro del mundo.

El Topo se sintió reconfortado cuando oyó la risa despreocupada de la Rata y cuando vio las pistolas y la porra, así que dejó de temblar y se sintió más animado.

-Venga -dijo la Rata-, nos tenemos que poner de camino para llegar a casa antes de que sea noche cerrada. No podemos pasar la noche aquí, ¿entiendes? Hace demasiado frío.

-Ratita querida -dijo el pobre Topo-, lo siento en el alma, pero estoy agotado. Si quieres que lleguemos a casa, me tienes que dejar descansar un poco, para que recupere fuerzas.

-Bueno -dijo la Rata, que tenía buen corazón-, descansa un poco. Además, ya es noche cerrada. Dentro de nada saldrá la luna.

Así que el Topo se acomodó entre las hojas secas, se estiró un poco y se quedó dormido; mientras tanto, la Rata también se abrigó como pudo, y se recostó a esperar pacientemente con una pistola cargada en la mano.

Cuando por fin se despertó el Topo, descansado y tan animado como siempre, la Rata dijo:

-¡Bueno! Voy a echar un vistazo fuera, a ver si todo está tranquilo, y luego tenemos que marcharnos.

Fue hasta la entrada del agujero y sacó la cabeza. El Topo le oyó murmurar:

-¡Vaya! ¡Vaya! ¡Tenemos problemas!

-¿Qué pasa, Ratita? -preguntó el Topo.

-Está nevando -contestó la Rata-, y además mucho. El Topo se acurrucó a su lado y miró hacia afuera. Vio el bosque que tanto le había asustado completamente cambiado. Los agujeros, los huecos, los charcos, las trampas y otras negras amenazas para el caminante estaban desapareciendo rápidamente, y se transformaban en una luminosa alfombra del país de las hadas, demasiado delicada para que la pisaran con toscos pies. Un polvo fino llenaba el

aire y acariciaba las mejillas con un hormigueo, y los agujeros negros de los árboles se destacaban sobre una luz que parecía emanar de la tierra.

-¡Bueno, qué le vamos a hacer! -dijo la Rata al cabo de un momento-. Tenemos que ponernos en camino, a ver cómo nos las arreglamos. Lo peor es que no sé ni dónde estamos. ¡Y la nieve hace que todo parezca tan distinto...!

Y así era. El Topo no hubiera reconocido aquel bosque. Sin embargo, se pusieron valientemente en camino, y tomaron la dirección que parecía más prometedora, apoyándose el uno en el otro y pretendiendo con un incansable buen humor que reconocían en cada árbol a un viejo amigo que les saludaba severo y silencioso; o que reconocían una curva de un camino, una brecha o un hoyo en aquella monotonía blanca con troncos negros que se negaba a cambiar.

Al cabo de una o dos horas -también habían perdido la noción del tiempo- se detuvieron desanimados, agotados y completamente perdidos, y se sentaron en un tronco caído para recuperar el aliento y pensar lo que podían hacer. Les dolía todo del cansancio y de los golpes que se habían dado; se habían caído en varios agujeros y estaban empapados hasta los huesos; la nieve se estaba haciendo tan profunda que casi no podían arrastrar sus piececitos, y los árboles eran más espesos y se parecían más los unos a los otros. Parecía que el bosque no tenía ni principio ni fin, ni diferencia alguna, y lo que es peor, ninguna salida.

-No podemos quedarnos aquí sentados mucho tiempo -dijo la Rata-. Tendremos que seguir un poco más, o hacer algo. Hace demasiado frío, y pronto la nieve será demasiado profunda para poder caminar por ella.

La Rata miró a su alrededor y se quedó pensando.

-Mira -prosiguió-. Se me ocurre una cosa. Delante de nosotros hay un vallecito, donde el terreno es ondulado y desigual. Bajaremos hasta allí, e intentaremos encontrar un sitio donde refugiarnos, una cueva o un agujero con el suelo seco, al abrigo de la nieve y del viento, donde podamos descansar antes de intentarlo de nuevo, ya que los dos estamos agotados. Además, a lo mejor para de nevar, o puede que ocurra algo bueno.

Así que se levantaron v llegaron a duras penas hasta el vallecito. Allí se pusieron a buscar una cueva o algún rinconcito seco al abrigo del viento y de los remolinos de nieve. Estaban investigando uno de los montecitos que había señalado la Rata,

cuando de repente el Topo tropezó y se cayó de bruces dando un chillido.

-¡Ay, mi pata! -gritó-. ¡Ay, mi pobre espinilla! -y se sentó en la nieve y empezó a frotarse la pierna con las dos manos.

-¡Pobrecito Topo! -dijo cariñosamente la Rata-. Hoy no es tu día de suerte, ¿verdad? Enséñame la pierna. Pues sí-continuó mientras se arrodillaba para mirarla mejor-, te has cortado en la espinilla. Espera que saque un pañuelo, y te la vendaré.

-He debido de tropezar con una rama escondida o con un tocón -dijo tristemente el Topo-. ¡Ay! ¡Qué dolor!

-Es un corte muy limpio -dijo la Rata, examinándole de nuevo con atención-. Esto no lo ha hecho ni una rama ni un tocón. Parece como si se hubiera hecho con un borde afilado, de metal, o algo así. ¡Qué raro!

Se quedó muy pensativa, y luego se puso a buscar por los montecitos y las cuestas que los rodeaban.

-¡Bueno! ¡Y a mí qué me importa con qué me lo he hecho! -dijo el Topo, que no podía resistir el dolor-. Me duele muchísimo, y eso es lo único que me importa.

Pero la Rata, tras haberle vendado la pata con su pañuelo, le había dejado allí sentado y se había puesto a escarbar la nieve. Arañaba y escarbaba y exploraba con sus cuatro patitas, mientras el Topo esperaba con impaciencia, diciendo de vez en cuando: «¡Ay! ¡Vamos, Ratita!».

De repente la Rata gritó: «¡Hurra!», y luego: «¡Hurra, hurra, hurra!», y empezó a pegar brincos en la nieve.

-¿Qué has encontrado, Ratita? -preguntó el Topo, frotándose aún la pata.

-Ven y mira -dijo satisfecha la Rata mientras seguía brincando.

El Topo fue cojeando hasta allí y lo miró con mucha atención.

-Bueno -dijo lentamente al cabo de un momento-, ya lo veo. He visto ese tipo de cosa antes, un montón de veces. Yo lo llamaría un objeto conocido. ¡Un limpiabarros! ¿Y qué? ¿Porqué hay que bailar alrededor de un limpiabarros?

-¿Pero es que no ves lo que significa, so tonto? -le gritó la Rata con paciencia.

Claro que veo lo que significa -contestó el Topo-. Significa que alguna persona muy descuidada y despistada se ha olvidado el limpiabarros en medio del Bosque Salvaje, justo donde es seguro que todos se tropiecen. A mí me parece de lo más desconsiderado. Cuando llegue a casa me voy a quejar a..., aún no sé a quien, pero ya verás como me quejaré.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! -gritó la Rata, desesperada por la estupidez del Topo-. ¡Ven aquí y ponte a escarbar!-Y se puso a trabajar lanzando puñados de nieve en todas las direcciones.

Al cabo de un buen rato sus esfuerzos se vieron recompensados, y ante sus ojos apareció un felpudo muy viejo.

-¡Ves! ¿Qué te dije? -exclamó triunfante la Rata.

-No me dijiste nada-contestó el Topo, que no mentía. Y prosiguió-: Bueno, pues ya has encontrado otra muestra de basura casera, y me supongo que estarás muy contenta. Más vale que te pongas a bailar alrededor si no hay más remedio, y que acabes pronto; así podremos ponernos en marcha y no perder más tiempo con montones de basura. ¿Es que podemos comernos un felpudo? ¿O dormir debajo de un felpudo? ¿O sentarnos en un felpudo y bajar hasta casa como si fuera un trineo, exasperante roedor?

-¿Quieres... decir... que-le gritó la Rata excitada-, que este felpudo no te dice nada?

-Mira, Rata -dijo el malhumorado Topo-, ya está bien de tonterías. ¿Quién oyó nunca que un felpudo le dijera a uno nada? Eso es algo que no hacen. No es esa su misión. Los felpudos saben cuál es su sitio.

-Escúchame, más que cabezota -le contestó la Rata muy enfadada-. Hasta aquí hemos llegado. Ni una palabra más, y a escarbar..., escarba y raspa y excava y busca sobre todo en los montecitos, si esta noche quieres dormir en un lugar seco y calentito, ¡porque es nuestra última oportunidad!

La Rata atacó con fuerza un banco de nieve, sondeando con su porra y cavando con furia; y el Topo también se puso a rascar, más por complacer a la Rata que por otra cosa, ya que en su opinión la Rata estaba demasiado alterada.

Al cabo de diez minutos de duro trabajo, la punta de la porra de la Rata golpeó algo que sonó hueco. Siguió cavando hasta que pudo meter una mano y tantear. Entonces llamó al Topo para que le ayudara. Los dos animalitos trabajaron con todas sus fuerzas hasta que al fin el resultado de sus esfuerzos apareció ante los ojos del incrédulo y asombrado Topo.

Al lado de lo que parecía ser un banco de nieve había una puerta que resultaba bastante gruesa y pintada de verde oscuro. A un lado colgaba una campanilla, y debajo de ésta, en una plaquita de bronce, grabado en letras mayúsculas, pudieron leer a la luz de la luna:

SEÑOR TEJÓN

El Topo, de pura sorpresa y alegría, se cayó hacia atrás sobre la nieve.

-¡Pero Ratita! -exclamó arrepentido-. ¡Eres una maravilla! ¡Una verdadera maravilla, eso es lo que eres! ¡Ahora lo entiendo! ¡Lo imaginaste todo, paso a paso, en esa sabia cabeza

tuya, desde el mismísimo momento en que me caí y me corté en la espinilla! Miraste el corte, y al momento tu mente privilegiada pensó: «¡Limpiabarros!». Y entonces empezaste a escarbar ¡y encontraste ese mismo limpiabarros que lo había hecho! ¿Y acaso te detuviste ahí? No. Cualquiera se hubiera sentido satisfecho, pero tú no. Tu mente siguió cavilando: «Tengo que encontrar un felpudo», te dijiste para tus adentros. «¡Y entonces quedará demostrada mi teoría!» Y, por supuesto, encontraste el felpudo. Eres tan lista, que creo que podrías encontrar todo lo que te propusieras. «Esa puerta existe-te dijiste-. Parece que la estoy viendo. ¡Ahora sólo queda encontrarla!» Bueno, esas cosas ocurren en los libros, pero nunca me había sucedido en la vida real. Tendrías que ir a donde supiesen apreciar de verdad lo que vales. Aquí, entre nosotros, estás perdiendo el tiempo... ¡Ay, Ratita! Si yo tuviera tu cabeza...

-Pero como no la tienes -le interrumpió bruscamente la Rata-, supongo que te vas a quedar ahí sentado en la nieve hablando toda la noche. Levántate ahora mismo y tira de esa campanilla, y llama todo lo fuerte que puedas, mientras yo golpeo la puerta.

Y mientras la Rata se ponía a golpear la puerta con la porra, el Topo agarró el cordel de la campanilla, tiró de él, y se quedó allí colgado con los dos pies en el aire, hasta que oyeron el débil y lejano sonido de una campana de tonos profundos.

CAPÍTULO IV
El señor Tejón

Los animalitos esperaron pacientemente un buen rato, saltando en la nieve para calentarse los pies. Por fin oyeron un lento arrastrar de pies que se acercaba a la puerta. El Topo observó que parecía como si alguien caminase en chancletas con unas zapatillas de fieltro; y por supuesto el Topo había acertado.

Una llave giró en la cerradura y la puerta se entreabrió, lo suficiente para dejar entrever un largo hocico y dos ojos que parpadeaban soñolientos.

-La próxima vez que esto suceda -dijo una voz bronca y desconfiada- me enfadaré muchísimo. ¿Quién es esta vez? ¿Quién se atreve a molestar a la gente en una noche como ésta?

-¡Oh, Tejón -gritó la Rata-, déjanos pasar, por favor! Soy yo, la Rata, y mi amigo el Topo, y nos hemos perdido en la nieve.

-¡Ratita, mi vieja amiga! -exclamó el Tejón, cambiando de tono-. ¡Entrad los dos enseguida! ¡Tenéis que estar agotados! ¡Pero bueno! ¡Perdidos en la nieve! ¡Y en el Bosque Salvaje, y a estas horas de la noche! ¡Pero, por favor, entrad!

Los dos animalitos entraron empujándose por pasar primero, y oyeron contentos y aliviados el ruido de la puerta que se cerraba detrás de ellos.

El Tejón llevaba puesta una bata larga y unas zapatillas en chancleta, y sostenía en una mano una palmatoria, como si se dispusiera a ir a la cama cuando llamaron a la puerta. Los miró cariñosamente y les dio unas palmaditas en la cabeza.

-Esta no es la noche más adecuada para que salgan los animalitos -les dijo con tono paternal-. Me supongo que ha sido una de tus travesuras, Ratita. ¡Pero venid a la cocina! ¡Hay un fuego de primera, y cena, y de todo!

Echó a andar arrastrando los pies y ellos le siguieron dándose codazos de satisfacción por un pasillo largo y destartalado hasta llegar a una especie de salón central, del cual salían otros pasillos como túneles, que se ramificaban misteriosa e interminablemente. Pero también había puertas que daban al salón, unas gruesas puertas de roble de aspecto reconfortante. El

Tejón abrió una de las puertas y de repente se encontraron en medio de una ancha cocina, que alumbraba un gran fuego.

El suelo era de ladrillo rojo algo desgastado, y en el ancho hogar ardía un fuego de leña entre dos preciosas rinconeras bien protegidas por la pared de la más mínima corriente de aire. Un par de escaños, uno frente a otro, ofrecían asiento para los más sociables. En medio de la cocina había una larga mesa, compuesta por un sencillo tablero sobre dos caballetes, con bancos a cada lado. En una punta de la mesa, donde había un sillón algo apartado, estaban esparcidos los restos de la sencilla pero abundante cena del Tejón. En el aparador, al otro extremo del salón, relucían filas de platos limpísimos, y de las vigas colgaban jamones, manojos de hierbas secas, cebollas trenzadas, y cestas con huevos. Parecía un lugar de lo más adecuado para que los héroes pudieran celebrar su victoria, o donde los segadores agotados pudieran celebrar alrededor de la mesa su Fiesta de la Cosecha con cantos y alegría, o donde dos o tres amigos de gustos sencillos pudieran reunirse para charlar, comer y fumar sin que nadie los molestara. El suelo de ladrillo desgastado sonreía al techo ahumado; los bancos de roble, brillantes por el uso, intercambiaban entre ellos alegres miradas; los platos del aparador hacían guiños a los pucheros de los estantes, y las alegres llamas chisporroteaban y jugaban con todo.

El amable Tejón los sentó en un banco para que se calentaran al amor de la lumbre, y les hizo que se quitaran los abrigos mojados y las botas. Luego les trajo batas y zapatillas, y él mismo lavó con agua tibia la espinilla del Topo y cubrió el corte con un poco de esparadrapo hasta que quedó como nuevo, si no mejor. Por fin se disponían a descansar, calentitos y secos, con los pies apoyados en unos taburetes. "Podo ello, unido al prometedor tintineo de los platos encima de la mesa, hizo que a los agotados animalillos, como náufragos arribados a buen puerto, les pareciera que el frío y desconocido Bosque Salvaje estaba lejísimos, y que todo lo que les había sucedido no era más que un sueño casi olvidado.

Cuando por fin entraron en calor, el Tejón les llamó para que se sentaran a la mesa donde había preparado la cena. Estaban bastante hambrientos, pero, cuando vieron la cena que les había preparado, el único problema les pareció ser si atacaban primero lo que resultaba tan atractivo, y dejaban el resto hasta que fueran capaces de hincarle el diente. Durante un buen rato la conversación resultó imposible; y cuando poco a poco pudieron reanudarla, no fue sino una de esas lamentables conversaciones que uno tiene cuando habla con la boca llena. Al Tejón no le importó nada de aquello, ni prestó atención a los codos apoyados encima de la mesa, ni al hecho de que todos hablaran al mismo tiempo. Como él no solía alternar, era del parecer que todo esto carecía realmente de importancia (por supuesto nosotros sabemos que estaba muy equivocado, ya que todas estas cosas son muy importantes, aunque sería demasiado largo explicar las razones). Estaba sentado en su sillón a la cabecera de la mesa, y asentía de vez en cuando mientras los animalitos contaban sus historias. No parecía sorprendido por nada, y no dijo ni una sola vez: «Ya os lo decía yo» o «Si me hicierais caso», ni comentó lo que tendrían o no tendrían que haber hecho. Al Topo empezó a caerle bien el Tejón.

Cuando por fin acabaron de cenar, y todos se sentían prudentemente llenos, y ya no les importaba nada ni nadie, se reunieron frente a los rescoldos del gran fuego de leña, pensando lo agradable que era estar aún levantados tan tarde, y sentirse tan independientes, y tan llenos. Y tras charlar durante un buen rato de cosas en general, el Tejón dijo animado:

-¡Bueno! Contadme las novedades de vuestra parte del mundo. ¿Cómo está el viejo Sapo?

-¡Ay, de mal en peor! -dijo con seriedad la Rata, mientras el Topo, erguido en el banco, con los pies en alto, se tostaba al fuego y trataba de poner cara de aflicción-. Tuvo otro accidente la semana pasada, y además grave. Verás, él insiste en conducir él mismo, y es de lo más inútil. Si por lo menos hubiera contratado a un animal tranquilo, serio y con

experiencia, y le pagara un buen sueldo y le dejase ocuparse de todo, le iría todo muy bien. Pero de eso nada; está convencido de que es un conductor nato, y no hay manera de darle una lección; y claro, así le van las cosas.

-¿Y cuántos lleva? -preguntó con tristeza el Tejón.

-¿Accidentes, o coches? -dijo la Rata-. Bueno, al fin y al cabo es lo mismo con el Sapo. Va por el séptimo. En cuanto a los otros... ¿Conoces su cochera? Bueno, pues está llenita, pero llenita hasta arriba, ¿eh!, de trocitos de coches. ¡Y ninguno de ellos es mayor que tu puño! Allí están los otros seis, o por lo menos lo que queda de ellos.

-Ha estado tres veces en el hospital -añadió el Topo-. ¡Y no hablemos de las multas que ha tenido que pagar!

-Sí, y eso es lo peor-continuó la Rata-. El Sapo es rico, eso lo sabemos todos; pero no es multimillonario. Además, es un conductor malísimo, y no respeta ni las leyes ni el orden. Una de dos: o se mata, o se arruina. ¡Tejón, nosotros somos sus amigos! ¿No crees que deberíamos hacer algo?

El Tejón se quedó pensativo.

-¡Mira! -dijo por fin de un modo un tanto brusco-, supongo que te das cuenta de que no puedo hacer nada de momento. Sus amigos asintieron, pues sabían a lo que se refería. Según las reglas de la etiqueta animal, nunca se puede exigir a un animal que haga nada heroico, extenuante o ni siquiera moderadamente activo durante su época de descanso invernal. Todos están adormilados, algunos incluso dormidos. Todos están bloqueados de una manera u otra por el mal tiempo; y todos descansan de los agotadores días y noches durante los cuales han puesto a prueba cada uno de sus músculos utilizando al máximo todas sus energías.

-De acuerdo -continuó el Tejón-. Pero, cuando haya pasado el invierno y las noches se hagan más cortas, y uno se despierte temprano y con ganas de entrar en acción..., ¿sabéis?

Los dos animalitos asintieron: ¡Claro que lo sabían!

Pues entonces -añadió el Tejón-, nosotros... o sea tú y yo y nuestro amigo el Topo... nos encargaremos del Sapo. No le vamos a aguantar ninguna tontería. Le haremos entrar en razón, por la fuerza si es necesario. Le haremos ser un Sapo sensato. Le haremos... ¡Pero, Ratita, si estás dormida!

-¡Yo no! -dijo la Rata, despertándose de un salto.

-Ya se ha quedado dormida dos o tres veces desde que acabamos de cenar-dijo riéndose el Topo.

Él, en cambio, se sentía bastante espabilado, aunque no sabía por qué. Por supuesto, la razón era que, siendo él por naturaleza un animal de bajo tierra, la madriguera del Tejón le hacía sentirse a gusto y como en su propia casa; en cambio para la Rata, que dormía todas las noches en una habitación con ventanas abiertas a la brisa del río, el ambiente le resultaba pesado y opresivo.

-Bueno, es hora de que nos vayamos a la cama -dijo el Tejón mientras se levantaba a buscar unas palmatorias-. Subid conmigo, y os enseñaré vuestra habitación. Y mañana no hace falta que madruguéis. ¡Podéis desayunar cuando os apetezca!

Llevó a los dos animalitos a una larga habitación que parecía mitad dormitorio y mitad desván. Las reservas que el Tejón tenía para el invierno, que se amontonaban por todas partes, ocupaban media habitación. Había montones de manzanas, nabos y patatas, cestas de nueces y botes de miel. Pero las camitas blancas que ocupaban la otra mitad del dormitorio parecían blandas y acogedoras, y las sábanas estaban limpias y tenían un delicioso olor a lavanda; el Topo y la Rata se desvistieron en un santiamén y se metieron en la cama con gran alegría y satisfacción.

A la mañana siguiente y de acuerdo con las amables sugerencias del Tejón, los dos animalitos bajaron a desayunar muy tarde, y encontraron el fuego encendido en la chimenea, y dos jóvenes erizos sentados en un banco a la mesa, comiendo gachas de avena en unos

cuencos de madera. Los erizos soltaron las cucharas, se pusieron de pie y saludaron con respeto a los recién llegados.

-¡Eh, sentaos, sentaos! -dijo la Rata con buen humor-. Y seguid comiendo. ¿De dónde salís? ¿Os habéis perdido en la nieve?

-¡Pues sí, señor! -dijo con respeto el mayor-. Yo y éste, el pequeño Billy, pues estábamos tratando de llegar a la escuela, porque mamá quería que fuéramos, aunque hiciera tan mal tiempo, y claro, pues nos perdimos, señor, y Billy, pues se asustó, y, ¡hala!, se puso a llorar, como es tan pequeño y tan miedica. Y por fin dimos con la puerta trasera del señor Tejón, y nos atrevimos a llamar, ¿sabe?, porque el señor Tejón es un caballero de un buen corazón, como todo el mundo sabe.

-Comprendo -dijo la Rata, mientras se cortaba unas lonchas de jamón y el Topo echaba unos huevos en una sartén-. ¿Qué tal tiempo hace ahí fuera? -y añadió-: No hace falta que me llaméis «señor» cada dos por tres.

-¡Huy! Muy mal tiempo, señor, y la nieve es muy profunda -contestó el erizo-. Un caballero de su clase no debería salir hoy.

-¿Dónde está el señor Tejón? -preguntó el Topo, mientras calentaba la cafetera en la chimenea.

-El amo está en el despacho, señor-dijo el erizo-. Y dijo que como esta mañana iba a estar ocupadísimo, que no se le podía molestar bajo ningún pretexto.

Por supuesto, todos entendieron lo que aquella explicación quería decir. El caso es que, cuando se vive intensamente durante seis meses del año, y se dormita durante los otros seis, uno no puede pasarse estos últimos alegando que tiene sueño cuando hay gente alrededor y tantas cosas que hacer. La excusa acaba por resultar monótona. Los animalillos sabían muy bien que el Tejón, tras haberse tomado un buen desayuno, se había encerrado en su despacho y, sentado en un sillón con los pies apoyados en otro y un pañuelo rojo cubriéndole los ojos, estaba tan ocupado como se suele estar en esta época del año.

La campanilla de la puerta sonó con fuerza, y la Rata, que se había puesto hasta los codos de mantequilla, mandó a Billy, que era el menor de los erizos, a abrir la puerta. Se oyeron unos pasos por el pasillo, y Billy entró seguido de la Nutria, que se abalanzó sobre la Rata para abrazarla y darle un saludo afectuoso. -¡Suelta! -balbuceó la Rata, que tenía la boca llena.

-¡Ya sabía que os encontraría aquí! -dijo con alegría la Nutria-. Esta mañana estaban todos preocupadísimos cuando llegué a la Orilla del Río. «La Rata no ha regresado a casa en toda la noche... y tampoco el Topo..., ha debido de ocurrir algo», decían todos; y por supuesto, la nieve había cubierto vuestras huellas. Pero yo sabía que, cuando la gente se mete en algún lío, casi siempre buscan al Tejón, o bien el Tejón se entera de alguna manera de lo que ha sucedido. ¡Así que vine derechita aquí, por el Bosque Salvaje y la nieve! ¡Ay, qué bonito estaba el bosque cubierto de nieve, y los troncos negros sobre el cielo rojo del amanecer! De vez en cuando, mientras caminaba por aquel silencio, algunos montones de nieve se deslizaban de las ramas y caían, ¡pof!, y me pegaban un susto que salía corriendo a esconderme. Durante la noche habían aparecido castillos de nieve, y cuevas de nieve; ¡y puentes de nieve, y terrazas, murallas! Me hubiera encantado quedarme y jugar un buen rato con ellos. A veces se veía una rama rota por el peso de la nieve, y los pelirrojos, tan presumidos y descarados, se subían en ella y daban saltitos, como si la hubiesen roto ellos mismos. Una desordenada hilera de gansos salvajes volaron muy alto por el cielo gris, y algunos grajos revolotearon por encima de los árboles para inspeccionar y se marcharon volando hacia casa con un gesto de desprecio. Pero no encontré a ningún animalillo sensato que pudiera darme noticias. A mitad de camino me crucé con un conejo sentado en un tronco, que se estaba lavando su estúpida cara con las manos. No os podéis imaginar el susto que se llevó cuando me acerqué por detrás y le puse con fuerza la mano sobre el hombro. Le tuve

que sacudir un par de veces para sacarle alguna palabra sensata. Por fin conseguí que me dijera que la noche anterior uno de ellos había visto al Topo caminando por el Bosque Salvaje. Me dijo que lo que se chismorreaba por las madrigueras era que el Topo, el mejor amigo de la señora Rata, se había metido en un buen lío, porque se había perdido en el Bosque, y «Ellos» habían salido de caza y lo tenían rodeado. «¿Y por qué vosotros no hicisteis algo? -le pregunté-. Puede que no seáis demasiado listos, pero sois muchísimos, grandotes y fuertes, y gordos como pellas de manteca, y además vuestras madrigueras van en todas las direcciones. Podríais haberlo acogido y puesto a salvo, o por lo menos, haberlo intentado». «¿Qué, nosotros?-me contestó-. ¿Nosotros, los conejos? ¿Hacer algo?». Así que le di una bofetada y me marché. Con ése no había manera. Por lo menos me había enterado de algo; y si hubiera tenido la suerte de toparme con uno de «ellos», me habría enterado de algo más... o mejor dicho, ellos se habrían enterado.

-¿Y no tenías... miedo? -preguntó el Topo, mientras le volvía a la mente el terror de aquella noche en el Bosque Salvaje.

-¿Miedo? -Y la Nutria soltó una carcajada, enseñando una dentadura blanca y fuerte-. Yo sí que les metía miedo si cualquiera de ellos se hubiera atrevido a meterse conmigo. Oye, Topito, ¿por qué no me fríes unas lonchas de jamón, tú que eres tan bueno? ¡Tengo un hambre que no veo! ¡Y tengo un montón de cosas que contarle a la Rata! ¡Hace tanto tiempo que no la veo! Así que el buenazo del Topo cortó unas lonchas de jamón, encargó a los erizos que las frieran, y se hizo cargo de su propio desayuno, mientras la Nutria y la Rata cuchicheaban mano a mano sobre todos los temas de la Orilla, en una interminable conversación que se alargaba como las aguas cantarinas del río. Ya habían dado cuenta de una buena fuente de jamón frito y estaban esperando la segunda vuelta cuando entró el Tejón, frotándose los ojos y bostezando. Saludó a todos en aquel tono sencillo y amistoso tan propio de él, y dirigió a cada uno unas palabras cariñosas.

-Debe de ser hora de almorzar -le dijo a la Nutria-. ¿Por qué no te quedas con nosotros? Debes de estar hambrienta con este frío.

-¡Pues sí! -contestó la Nutria, mientras le guiñaba un ojo al Topo-. ¡Sólo con ver a estos dos ericitos tan golosos hinchándose de jamón frito, creo que me voy a desmayar de hambre!

Los erizos, que empezaban a notar de nuevo un gusanillo en la barriga, alzaron la vista mientras se esforzaban en freír el jamón; pero no se atrevieron a rechistar.

-¡Hala, muchachitos, a casa, con vuestra madre! -dijo cariñosamente el Tejón-. Pediré a alguien que os acompañe para que no os perdáis. Hoy no tendréis ganas de comer, ¿verdad?

Les dio una monedita a cada uno y una palmadita en la cabeza, y se marcharon con muchos saludos y reverencias. Entonces, los cuatro se sentaron a comer. El Topo se colocó al lado del señor Tejón. Como las otras dos seguían cuchicheando sobre las historias del Río y no había manera de que parasen, el Topo aprovechó para decir al Tejón lo cómodo que todo aquello le resultaba, y que se sentía como en su propia casa.

-Cuando estás bajo tierra -le dijo-, sabes exactamente dónde estás. No te puede pasar nada, y nadie te puede atrapar. Eres tu propio amo, y no tienes que pedir permiso a nadie, ni te importa lo que piensen de ti. La vida sigue su curso por encima de tu cabeza, y nada te preocupa. Cuando te apetece salir, subes a la superficie, y allí está todo esperándote.

-Eso es justo lo que yo siempre digo. No hay paz, ni seguridad, más que bajo tierra. Y si te crecen las ideas y no tienes bastante sitio, pues no tienes más que ponerte a escarbar, ¡y ya está!

Y si la casa te parece demasiado grande, tapas un par de agujeros, ¡y ya está! Ni obreros, ni albañiles, ni comentarios de los vecinos, y sobre todo, que no dependes del tiempo. Fíjate en la Rata, por ejemplo. En cuanto el nivel de la corriente sube medio metro, ya tiene que alquilar alguna habitación en otro sitio; que además es incómoda, está lejos de todo y es carísima. Y mira el Sapo. No tengo nada que objetar a la Mansión; la mejor casa de esos

lugares, pero es una casa. Imagínate, por ejemplo, que hay un incendio..., ¿dónde queda el Sapo? Imagínate que se vuelan unas tejas, o se cae una pared, o se abre una grieta, o se rompe una ventana, ¿qué hace el Sapo? Imagínate que hay corriente -y a mí no me gustan nada las corrientes-, ¿qué hace el Sapo? No. Arriba, allí fuera, se está muy bien para dar un paseo, o ganarse la vida; pero no hay nada como regresar bajo tierra. ¡A esto sí que yo lo llamo un hogar!

El Topo asintió con alegría; y los dos se hicieron muy amigos.

-Cuando acabemos de comer, te enseñaré mi casita. Estoy seguro de que te va a encantar. ¡Tú sí que entiendes de arquitectura doméstica!

Así que después de comer, mientras las otras dos, acomodadas frente a la chimenea, se habían puesto a discutir acaloradamente sobre las anguilas, el Tejón encendió una linterna y pidió al Topo que le acompañase. Cruzaron el salón y se metieron en uno de los túneles principales. El parpadeo de la llama de la linterna alumbraba las habitaciones, grandes y pequeñas, que había a cada lado. Algunas eran como armarios, y otras, tan amplias y asombrosas como el comedor del Sapo. Un túnel estrecho y retorcido los llevó hasta el siguiente pasillo, que era como el anterior. El Topo estaba asombrado del tamaño, la extensión y las ramificaciones que tenía el lugar. ¡Aquellos pasillos oscuros y larguísimos, y las sólidas bóvedas de los almacenes, los muros, las columnas, los arcos, los pavimentos! Al cabo de un buen rato le dijo:

-¿Pero cómo diablos encontraste tiempo y energías para hacer todo esto? ¡Es increíble!

-Sería increíble si lo hubiese hecho yo -replicó el Tejón-. El caso es que yo no hice nada más que limpiar los pasillos y las habitaciones que iba a necesitar. Esto es enorme, y se extiende todo alrededor. Verás, te lo explicaré mejor. Hace ya muchísimo tiempo, en el mismo lugar donde ahora crece el Bosque Salvaje, mucho antes de que éste existiera, había una ciudad -una ciudad de gente, ¿sabes?-. Aquí mismo, donde nos encontramos ahora nosotros, vivían ellos. Aquí caminaban, charlaban, dormían y se ocupaban de sus asuntos. Aquí había cuadras, salones de baile, y de aquí se marchaban a la guerra o a atender sus negocios. Era gente poderosa, rica, y excelentes arquitectos. Todo lo construían para que durase, ya que pensaban que la ciudad duraría eternamente.

-¿Y qué fue de ellos? -preguntó el Topo.

-¡Quién sabe! -contestó el Tejón-. La gente viene, se queda un tiempo, prospera, construye y luego se marcha. Así viven ellos. Pero nosotros nos quedamos. Se cuenta que ya había muchos tejones por aquí bastante antes de que se construyera la ciudad. Y sigue habiendo tejones. Y aunque nos tengamos que marchar por un tiempo, esperamos con paciencia, y pronto o tarde regresamos. Y así será siempre.

-¿Y qué pasó cuando la gente se marchó? -preguntó el Topo.

-Cuando todos se marcharon -prosiguió el Tejón-, los vientos y la lluvia se encargaron de todo, poquito a poco, año tras año sin cesar. Quizá nosotros los tejones también hicimos lo que pudimos, ¿quién sabe? Y así poco a poco todo se fue hundiendo, convertido en ruinas, hasta que desapareció. Y al mismo tiempo todo iba creciendo, las semillas se hicieron arbustos, y los arbustos, árboles del bosque, y las zarzas y los helechos se fueron ocupando del resto. El mantillo fue borrando todas las huellas, y los arroyos de invierno trajeron arena y tierra que lo fue cubriendo todo, y así con el tiempo nuestro hogar estuvo listo, y regresamos. Y lo mismo ocurría allí arriba, en la superficie. Llegaron los animales, les agradó el lugar, eligieron su rincón y se instalaron y prosperaron; no les importaba el pasado-eso no les importa nunca, están demasiado ocupados-. Por supuesto, el terreno era un poco desigual, y algo escabroso, pero es una ventaja. Tampoco les preocupa el futuro... cuando quizá regrese la gente... por un tiempo... como puede suceder. Ahora viven muchos animalillos en el Bosque Salvaje. Algunos buenos, otros malos, y otros regular. No nombro a nadie. De todo hay en la viña del Señor. Pero me supongo que a estas alturas estarás bien enterado.

-Más bien -dijo el Topo con un escalofrío.

-No te preocupes-le contestó el Tejón, dándole unas palmaditas en el hombro-; lo que pasa es que era la primera vez que te los encontrabas. La verdad es que no son tan malos; y todos tenemos que vivir y dejar vivir. Pero ya les avisaré mañana, y nadie te volverá a molestar. Cualquiera de mis amigos tiene el derecho de ir por donde le apetece en este lugar, ¡o alguien se las tendrá que ver conmigo!

Cuando regresaron a la cocina, encontraron a la Rata muy nerviosa. El ambiente bajo tierra le resultaba muy pesado, y parecía que el río se iba a escapar si ella no estaba allí para vigilarlo. Se había puesto el abrigo, y llevaba las pistolas metidas en el cinturón.

-Vámonos, Topo-dijo ansiosamente en cuanto los vio aparecer-. Tenemos que ponernos de camino mientras haya luz. No quiero pasar otra noche en el Bosque Salvaje.

-No te preocupes, amiguita-le dijo la Nutria-. Os acompaño yo, que conozco todos los caminos hasta con los ojos cerrados; y si hay que darle una bofetada a alguien, ya me encargaré yo de ello.

-No tengas prisa por irte, Ratita -añadió amablemente el Tejón-. Mis pasillos llegan más lejos de lo que tú crees, y tengo salidas en el lindero del bosque, aunque no quiero que todo el mundo se entere. Cuando de verdad tengáis que marcharos, podéis ir por el atajo. Pero de momento ponte cómoda y siéntate.

Pero la Rata seguía nerviosa, y quería regresar enseguida al río, así que el Tejón empuñó la linterna y los condujo por un pasillo húmedo y con poco aire, por trozos abovedados o cavados en roca dura, y que parecía interminable. Por fin pudieron percibir la luz del día a través de la enredada vegetación que tapaba el agujero. Tras despedirse rápidamente, el Tejón los empujó por el agujero, que volvió a cubrir con enredaderas, hojas y maleza, y regresó por donde había venido.

Los animalillos se encontraron en el lindero del Bosque Salvaje. Detrás de ellos estaban las rocas, las zarzas y las raíces enredadas de los árboles; ante ellos, los campos silenciosos bordeados de setos negros sobre la nieve y, más allá, un destello del viejo río, mientras el rojo sol de invierno se escondía detrás del horizonte. La Nutria, que conocía todos los caminos, encabezó el grupo, y se pusieron a caminar en línea recta hacia una lejana cerca. Allí se detuvieron a descansar y, al mirar hacia atrás, vieron la sombra densa y amenazadora del Bosque Salvaje, tan negra sobre el fondo blanco de los campos. Entonces reemprendieron el camino hacia casa, hacia el fuego de la chimenea, hacia todos los objetos conocidos, hacia la voz alegre del río cuando pasaba delante de sus ventanas, aquel río que ellos conocían, y en quien siempre confiaban y que nunca los asustaba con sorpresas desagradables.

El Topo apuró el paso, imaginándose el momento en que estaría por fin en casa, rodeado de todo lo que él tanto quería. Y entonces se dio cuenta de que él era un animalillo de campos cultivados y setos vivos, unido al surco del arado, a los pastos, a los paseos al anochecer, a los jardines y a los huertos. Las dificultades, las luchas con la Naturaleza en su estado salvaje no eran para él. El Topo tenía que ser prudente, y permanecer en aquellos lugares agradables donde su vida estaba trazada, y que le ofrecían a su manera suficientes aventuras para colmar su existencia.

CAPÍTULO V
Dulce Domum

Las ovejas corrían en tropel hacia los setos con sus hociquitos al aire, haciendo resonar contra el suelo sus finos cascos. Una suave bruma se elevaba por encima del aprisco,

perdiéndose en el aire helado mientras los dos animalitos pasaban por allí de vuelta a casa con muy buen humor y con mucha cháchara. Regresaban por el campo después de un día de excursión con la Nutria, cazando y husmeando por los montes donde nacían los riachuelos afluentes del gran río; las sombras del corto día de invierno empezaban a cubrirlo todo, y aún les quedaba un buen trecho. Caminaban al azar siguiendo los surcos, y, al oír a las ovejas, se dirigieron hacia ellas. Desde el aprisco salía un sendero trillado por donde pudieron caminar con más facilidad y que, además, respondía a la pequeña interrogante que todos los animalillos llevan dentro, contestándoles: «¡Eso es! ¡Por aquí se va a casa!»

-Parece que nos vamos acercando a un pueblo -dijo el Topo vacilando y aflojando el paso.

El sendero se había convertido en un camino y luego en una carretera de gravilla. A los animalillos no les gustaban los pueblos y sus caminos, y sus propias carreteras, muy frecuentadas, seguían un rumbo independiente, sin preocuparse de iglesias, buzones o tabernas.

-¡Bueno, no importa! -dijo la Rata-. En esta época del año todo el mundo está en casa, hombres, mujeres, niños, gatos y perros, todos están sentados frente a la chimenea. No tendremos problemas, y podremos meternos en el pueblo sin que nadie nos moleste, y mirar por las ventanas, y ver lo que están haciendo.

El rápido anochecer de mediados de diciembre había cubierto el pueblecito cuando ellos se acercaron de puntillas sobre una fina capa de nieve. Apenas se veía nada más que los cuadrados anaranjados de las luces o fuegos de cada casita que alumbraban a través de las ventanas el oscuro mundo exterior. Casi ninguna de las ventanitas tenía persianas y, para el que miraba desde fuera, los habitantes reunidos alrededor de la mesa, absortos en trabajos manuales o conversando y riendo, tenían esa gracia que es lo último que el buen actor consigue dominar: la gracia natural de la perfecta inconsciencia de ser observado. Pasando de una escena a otra, los dos espectadores, que se encontraban tan lejos de su hogar, miraban con melancolía cómo alguien acariciaba un gato, o cómo metían en la cama a un niñito medio dormido, o cómo un hombre cansado se desperezaba y golpeaba su pipa en una esquina de algún ardiente leño.

Pero fue a través de una ventanita con las persianas bajas donde los animalitos más intensamente sintieron, como una sombra blanca en la noche oscura, aquella sensación de hogar y del pequeño mundo rodeado de cuatro paredes, ajeno al ancho y desconocido mundo de la Naturaleza. Junto a la persiana blanca había una jaula, destacándose claramente cada barrote, la percha y hasta el desgastado terrón de azúcar. En la percha central había un pájaro con la cabeza bien metida entre las plumas, y a los dos animalitos les pareció que se hallaba tan cerca, que, de intentarlo, hubieran podido acariciarlo. Incluso las delicadas puntas de sus plumas ahuecadas se dibujaban con claridad sobre la persiana iluminada. Mientras lo miraban, el pajarito dormido se despertó agitadamente, se estremeció y levantó la cabeza. Pudieron ver cómo abría el piquito al bostezar y, tras mirar a su alrededor, volvía a esconder la cabeza en las plumas hasta quedarse completamente inmóvil. Luego una traidora ráfaga de viento se les metió por la espalda, y una nevisca helada en la piel los despertó como un sueño. Sintieron sus fríos piececitos y sus piernas cansadas, y entonces se dieron cuenta de que aún les quedaba un buen trecho para llegar a casa.

Cuando dejaron atrás el pueblecito, el dulce olor de los campos llegó de nuevo hasta ellos a través de la oscuridad. Se disponían a caminar el último trecho, el que les llevaría a casa, aquel camino que por fin se acabaría con el ruido del picaporte, con el calor del fuego y la vista de todos los objetos familiares que los acogerían como viajeros que regresaban de ultramar. Caminaron deprisa y en silencio, sumidos en sus propios pensamientos. Los del Topo rondaban la cena. No se veía nada y él no conocía aquel terreno, así que seguía sin rechistar los pasos de la Rata, que hacía de guía. La Rata, en cambio, caminaba delante, con

los hombros encogidos y la mirada fija, como de costumbre, en el camino gris que se extendía ante ella. Así que no se dio cuenta cuando la llamada, como un choque eléctrico, sorprendió al pobre Topo.

Nosotros, los que desde hace tiempo hemos perdido los sentidos físicos más sutiles, no tenemos el vocabulario adecuado para expresar la comunicación de un animal con el mundo que lo rodea. Por ejemplo sólo tenemos la palabra «olfato» para abarcar toda la gama de delicadas sensaciones de llamada, aviso, incitación o repulsión que llegan hasta el hocico de un animal, tanto de día como de noche. Y fue una de estas misteriosas y mágicas llamadas lo que de repente llegó hasta el Topo a través de la oscuridad, haciéndole estremecerse, aun cuando no estaba seguro de lo que significaba. Se paró en seco, y su hocico empezó a buscar a su alrededor algún rastro de aquel débil filamento, de aquel mensaje telegráfico que tanto le había emocionado; y de repente, todos los recuerdos le vinieron a la mente.

¡Su casa! Eso era lo que querían decir aquellas suaves llamadas, aquellas manitas invisibles que lo empujaban en la misma dirección. No debía de estar muy lejos de aquel hogar suyo que había abandonado y al que nunca había regresado desde el día en que descubrió el río. Y ahora, su casita le enviaba sus mensajeros para atraerlo de nuevo hacia ella. Desde que se había escapado aquella mañana, casi no había vuelto a pensar en su hogar; ¡había estado tan absorto en todos los placeres, las sorpresas y las aventuras de su nueva vida! ¡Y ahora surgía claramente ante él como una ráfaga de viejos recuerdos en medio de la noche! Destartalado, pequeño y con pocos muebles, y sin embargo era suyo, era su hogar, que él mismo se había construido, y que tanto placer le proporcionaba tras un día de trabajo. Y por lo que veía, también a la casa le había gustado su compañía, y ahora le echaba de menos y le estaba pidiendo que volviera, con tristeza y con reproches, pero sin amargura ni enojo; tan sólo con una lastimera advertencia de que ella seguía allí y lo necesitaba.

La llamada era clarísima. Tenía que obedecer inmediatamente.

-¡Ratita! -gritó lleno de entusiasmo-. ¡Espera! ¡Vuelve! ¡Te necesito!

¡Venga, Topo, no te detengas! le contestó la Rata con buen humor, sin detenerse.

-¡Por favor! ¡Detente, Ratita! -insistió el pobre Topo todo angustiado-. ¡No comprendes! ¡Es mi hogar, mi viejo hogar! ¡Me acaba de llegar su olor, no puede estar muy lejos, de verdad! ¡Y tengo que regresar, tengo que hacerlo! ¡Regresa, Ratita! ¡Por favor te lo pido, regresa!

Pero la Rata ya estaba muy lejos, demasiado lejos para oír claramente lo que el Topo le estaba diciendo, demasiado lejos para percibir la aguda nota de su angustiada voz. Y a ella también la preocupaba algo que podía oler, algo sospechoso como la amenaza de una nevada.

-¡Mira, Topo, más vale que no nos detengamos ahora! -le gritó-. Ya volveremos mañana a ver lo que acabas de encontrar. Pero es mejor que sigamos caminando. Ya es tarde, y va a nevar, y además no estoy muy segura del camino. Y necesito tu hocico, Topo, así que date prisa, hazme ese favor.

Y reemprendió la marcha sin esperar una respuesta.

El pobre Topo se quedó solo en medio del camino, con el corazón destrozado, y un sollozo en lo más profundo de su ser, que le iba subiendo y quería estallar en un grito. Pero incluso bajo una prueba como ésta, prevaleció la lealtad hacia su amiga. Ni por un momento se le ocurrió abandonarla. A pesar de todo, la llamada de su hogar le rogaba, le susurraba, le conjuraba y, por último, le ordenaba que regresara. No se atrevió a entretenerse en aquel círculo mágico. Con un esfuerzo que le desgarró el alma se echó a andar y se dirigió sin rechistar hacia la Rata, mientras los delicados olores que perseguían su hocico le reprochaban su nueva amistad y su insensible olvido.

Con gran esfuerzo pudo alcanzar a la Rata, que, sin sospechar nada, se puso a charlar animadamente de todo lo que iban a hacer en cuanto llegasen a casa, y de lo agradable que sería encender un fuego de leña en el salón, y de la cena que se iban a comer. Ni por un

momento se dio cuenta de lo triste y silencioso que estaba el Topo. Sin embargo, tras haber caminado un buen rato y al pasar cerca de unos tocones en el lindero dé un bosquecillo que bordeaba el camino, la Rata se detuvo y dijo con amabilidad:

-Mira, Topito, pareces agotado. No tienes fuerzas ni para hablar, y vas arrastrando los pies como si fueran de plomo. ¿Por qué no nos sentamos un poco a descansar? De momento no parece que vaya a nevar, y ya nos falta muy poco.

El Topo se dejó caer sobre un tocón y a duras penas intentó controlarse. El sollozo que tantos esfuerzos le había costado retener no se daba por vencido. Los suspiros le salían del alma, uno, y otro, y otro más, hasta que el pobre Topo no pudo contenerse, y rompió a llorar desconsoladamente, ahora que todo había acabado y había perdido lo que apenas se puede decir que hubiera encontrado.

La Rata se quedó consternada ante la violenta emoción del Topo y no se atrevió a decir ni una palabra. Al cabo de un rato le preguntó en voz baja y cariñosa:

-¿Qué te ocurre, amiguito? Dime qué te pasa, y quizá yo pueda hacer algo.

Al pobre Topo le resultaba muy difícil articular cualquier palabra entre tanto hipo y tanta lágrima que le sofocaba la voz. Por

fin, entre muchos sollozos, consiguió sacar algunas frases entrecortadas.

-Ya sé que es... un lugar pequeño y destartalado... -le dijo- y no como... tu casita... o la preciosa Mansión del Sapo... o la enorme casa del Tejón..., pero era mi casita... y a mí me gustaba mucho... y me marché y me olvidé de ella... y de repente la he olido... allí, en el camino... cuando te llamé y tú no me escuchaste, Ratita..., y todos los recuerdos me volvieron a la mente... ¡y yo lo necesitaba!... ¡Ay! ¡Ay!... y cuando tú no quisiste regresar, Ratita..., y tuve que dejarlo atrás, aunque podía olerla todo el rato..., creí que se me iba a desgarrar el corazón... Podríamos... Podríamos haberle echado un vistazo, Ratita.... sólo un vistazo..., estaba tan cerca..., pero tú no quisiste volver, Ratita, ¡no quisiste volver! ¡Ay! ¡Ay!

Los recuerdos le hicieron sollozar aún más, y el llanto le impidió continuar.

La Rata no dijo nada; sólo miró hacia delante y le dio al Topo unas palmaditas en el hombro. Al cabo de un rato dijo:

-¡Ahora me doy cuenta! ¡Qué mal me he portado! ¡Eso es, qué mal! ¡Pero qué mal!

Esperó a que los sollozos del Topo se hicieran más rítmicos, y luego hasta que los hipos se hicieran más frecuentes que los sollozos. Entonces se levantó y dijo sin darle importancia:

-¡Bueno, pues más vale que nos pongamos en marcha, muchacho! -y se puso a andar por el camino que habían traído.

-¿Pero (hip) a dónde vas (hip), Ratita? -gritó el triste Topo levantando la vista.

-Vamos a buscar tu casita, amigo -contestó con buen humor la Rata-, ¡así que más te vale venir conmigo, porque vamos a tener que buscar, y necesitamos tu hocico!

-¡No, Ratita, vuelve aquí! -le gritó el Topo, corriendo detrás de ella-. ¡Es inútil, de verdad! ¡Es demasiado tarde, y está todo oscuro, y nos queda mucho camino, y va a nevar! Y... y además, yo no quería que te enterases de cómo me sentía..., ¡fue un error, un accidente! ¡Y piensa en la Orilla del Río, y en tu cena!

-¡Que se vayan al diablo! -dijo la Rata con alegría-. Aunque me tenga que pasar la noche buscando, voy a encontrar tu casita. Así que anímate, amigo, y apóyate en mi brazo, y ya verás cómo la encontramos enseguida.

Muy a regañadientes y aún suspirando, el Topo se dejó llevar por su implacable amiga, que se puso a charlar de todas las divertidas anécdotas que se le podían ocurrir para animarle y para que el camino se le hiciera más corto. Cuando por fin le pareció a la Rata que ya no podían estar muy lejos del lugar donde el Topo se había detenido, le dijo:

-¡Ahora, basta de charla! ¡A trabajar! ¡Usa tu nariz y concéntrate!

Caminaron un poco más en silencio, y de repente la Rata sintió en el brazo sobre el que iba apoyado el Topo como una corriente eléctrica que recorría el cuerpo de su amigo.

Entonces le soltó el brazo, dio un paso hacia atrás y esperó con paciencia. ¡Estaba recibiendo las señales!

El Topo se detuvo un momento con el hocico levantado, estremeciéndose al oler el aire. Entonces dio tres pasos rápidos hacia delante, dudó, husmeó, volvió hacia atrás; y esta vez avanzó lentamente, pero con seguridad.

La Rata, muy emocionada, le seguía de cerca mientras el Topo cruzaba como un sonámbulo una zanja seca, se metía por debajo de un seto, olfateando su camino a través de un campo abierto y yermo bajo la luz de las estrellas.

De repente y sin avisar, el Topo se metió en un agujero. Pero la Rata le seguía con atención y saltó ella también por la boca del túnel.

Era angosto y sofocante, con un fuerte olor a tierra, y a la Rata el trayecto se le hizo muy largo. Pero al cabo llegó al final, se irguió para estirarse y se sacudió un poco. El topo encendió una cerilla, y la Rata se dio cuenta de que se encontraban en un lugar bien barrido y cubierto de arena, y ante ellos, estaba la puertecita del Topo, y encima de la campanilla estaba escrito en letras góticas: «Rincón del Topo».

El Topo desenganchó un farol de la pared y lo encendió; y la Rata miró a su alrededor y vio que estaban en una especie de patio delantero. A un lado de la puerta había un banquito de jardín, y del otro un rodillo, porque al Topo, que era muy cuidadoso, no le gustaba que otros animalillos fueran por ahí levantándole la tierra del patio y haciendo agujeritos y montoncitos de arena. De las paredes colgaban cestos de alambre con helechos y repisas con estatuas de yeso: Garibaldi, el infante Samuel, la reina Victoria y otros héroes de la Italia moderna. En un extremo del patio había una bolera con banquillos a los lados y mesitas de madera con huellas de vasos de cerveza. En el centro había un pequeño estanque con peces de colores y un bordillo hecho de conchas de berberechos. En el centro del estanque había una caprichosa construcción, también de conchas, con una bola de cristal que lo reflejaba todo al revés y que producía un efecto muy agradable.

El rostro del Topo resplandeció ante la vista de todas aquellas cosas tan queridas; hizo pasar a la Rata, encendió una lámpara en el salón y miró a su alrededor. Todo estaba cubierto de una espesa capa de polvo, y la casa parecía inhóspita y abandonada, y además era pequeña, vieja y destartalada. El Topo se dejó caer en un sillón y dijo desesperado con el hocico entre las manos:

-¡Ay, Ratita! ¿Por qué lo he hecho? ¿Por qué te he traído a este lugar frío y pequeño, en una noche como ésta, cuando ya podíamos haber llegado a la Orilla del Río, y podíamos estar sentados con los pies en alto delante de la chimenea, con todas tus cosas tan preciosas a nuestro alrededor?

La Rata no prestó atención a estos tristes reproches. Corría de aquí para allá abriendo puertas, inspeccionando habitaciones y armarios, y encendiendo lámparas y velas por todas partes.

-¡Qué casita más bonita tienes! -dijo con entusiasmo-. ¡Tan bien aprovechada y planificada! ¡Tiene de todo, y cada cosa en su sitio! Para empezar vamos a encender un buen fuego. Yo me encargo de eso..., ya encontraré la leña. ¿Así que éste es el salón? ¡Precioso! Apuesto a que estas literas empotradas en la pared son ocurrencia tuya. ¡Qué original! Bueno, yo voy por la leña y el carbón, y tú, Topo, hazte cargo del plumero -lo encontrarás en el cajón de la mesa de la cocina- y limpia el polvo. ¡Muévete, hombre!

Animado por el entusiasmo de su amiga, el Topo se levantó y se puso a limpiar y a sacar brillo a toda prisa, mientras la Rata, que no hacía más que entrar y salir con los brazos cargados de leña, consiguió encender un buen fuego en la chimenea. Llamó a su amigo para que viniera a calentarse un poco; pero de repente el Topo se dejó caer desesperado en un sofá, y con la cara en el plumero se quejó:

-¡Ay, Ratita! ¿Y tu cena? ¡Con lo cansada que estás, y con el frío y el hambre que tienes! Y yo que no tengo nada que ofrecerte... ¡Nada!... ¡Ni una miguita de pan!

-Pues vaya unos ánimos, chico -dijo la Rata en tono de reproche-. Hace un momento vi un abrelatas en el armario de la cocina, y todo el mundo sabe que donde hay un abrelatas hay también una lata, aunque sólo sea de sardinas. ¡Vamos, hombre! Levántate y ayúdame a buscar.

Y se pusieron a buscar por todos los armarios y cajones. El resultado fue bastante alentador: encontraron una lata de sardinas, una caja de galletas casi llena y una salchicha alemana envuelta en papel de plata.

-¡Qué comilona nos vamos a dar! -dijo la Rata mientras ponía la mesa-. ¡Conozco muchos animalitos que darían sus orejas por cenar con nosotros esta noche!

-¡No hay pan! -se quejó el Topo-. Ni mantequilla, ni...

-¡Ni paté de foie gras, ni champán! -añadió la Rata con ironía-. Y a propósito, ¿a dónde da la puertecilla que hay en el fondo del pasillo? No será a la bodega, ¿verdad? ¡Tienes una casita de lo más lujosa! Espera un momento.

Desapareció por la puertecita de la bodega, y volvió a aparecer cubierta de polvo, con una botella de cerveza en cada mano y otra debajo de cada brazo.

-¿Cómo te cuidas, eh, Topo? -observó-. No te privas de nada. Me encanta tu casita. ¿De dónde sacaste esos grabados? ¡Le dan a la casa un toque de lo más hogareño! La verdad, no me extraña que te guste tanto vivir aquí, Topito. Cuéntame cómo conseguiste ponerla toda tan bien.

Entonces, mientras la Ratita iba y venía con platos, cubiertos y mostaza, el Topo, con la voz aún llena de emoción, le contó, primero con cierta timidez, y cada vez con más entusiasmo a medida que contaba, cómo había planificado tal cosa; o cómo había imaginado tal otra; y cómo esto se lo había dejado en herencia una tía, y aquello había sido una verdadera ganga, y aquello otro lo había conseguido tras muchos ahorros y «privaciones». Acabó por animarse, y sentía la necesidad de acariciar sus posesiones. Fue a buscar un farol para enseñarle a la Rata algunas cosas que requerían largas explicaciones, e incluso se olvidó de la cena que ambos necesitaban. La Rata, que estaba muerta de hambre, aunque procuraba disimularlo, asentía muy seria, y examinaba todo con el ceño fruncido, mientras decía: «maravilloso» o «muy interesante», cuando tenía la ocasión de hacer algún comentario.

Por fin la Rata consiguió atraerlo hasta la mesa y, cuando se disponía a abrir la lata de sardinas, se oyeron pasitos y un confuso murmullo de vocecitas en el patio delantero, mientras llegaban hasta ellos frases entrecortadas: «Venga, todos en fila... Levanta el farolillo, Tommy... Aclaraos la garganta... Que nadie tosa cuando yo haya dicho un, dos, tres... ¿Dónde está el pequeño Bill?... Venga, date prisa, que te estamos esperando...»

-¿Qué sucede? -preguntó la Rata dejando el abrelatas sobre la mesa.

-Me parece que son los ratoncitos de campo -contestó el Topo con orgullo. Por estas fechas suelen salir a cantar villancicos.

Por aquí se han convertido en una auténtica institución y nunca se olvidan de mí. Siempre vienen por último al «Rincón del Topo». Yo solía darles alguna bebida caliente, y a veces hasta se quedaban a cenar, cuando podía permitírmelo. Oírlos de nuevo sería como volver a aquellos buenos y viejos tiempos.

-¿Por qué no vamos a verlos? -gritó la Rata, poniéndose de pie de un brinco y corriendo hasta la puerta.

Cuando la abrieron vieron ante ellos un precioso espectáculo, muy propio de aquellas fechas. En el patio, alumbrados por la tenue luz de un farolillo, había unos ocho o diez ratoncitos de campo en semicírculo, con bufandas rojas alrededor del cuello, las patitas delanteras bien metidas en los bolsillos, y sacudiendo los pies para entrar en calor. Se miraron tímidamente entre ellos con sus ojitos redondos y se rieron un poquito, sorbiéndose los mocos

y limpiándoselos en la manga. Cuando se abrió la puerta, el que llevaba el farolillo les estaba diciendo «¿Preparados? ¡Un, dos, tres!», y sus agudas vocecitas llenaron el aire con un antiguo villancico que sus antepasados habían compuesto en los campos en barbecho y cubiertos de escarcha, o cuando la nieve les obligaba a quedarse al amor de la lumbre, y que se habían transmitido de generación en generación para que los cantasen otros ratoncillos por *las calles embarradas delante de las ventanas en tiempo de Navidad.*

VILLANCICO

Abrid la puerta, aldeanos,
que ha llegado el crudo invierno;
abridnos, aunque por ella
entren la nieve y el viento.
Dejadnos junto a la lumbre
que se nos quite la escarcha.
¡Y ya veréis qué alegría
sentiréis por la mañana!

Desde muy lejos venimos
hasta aquí a felicitaron,
con los dedos en la boca
y en el suelo pateando.
Vosotros tenéis la lumbre,
nosotros en cambio nada.
¡Pero veréis que alegría
sentiréis por la mañana!

Una estrella nos condujo
en la mitad de la noche.
Traía felicidad
y traía bendiciones.
Mañana y eternamente
tendremos dicha colmada.
¡Qué alegría sentiremos
nosotros cada mañana!

La estrella vio San José
posada sobre el establo.
María, de tan cansada,
no podía dar un paso.
¡Bienvenido aquel pesebre,
dichosas aquellas pajas!
¡Qué alegría sentirían
ellos aquella mañana!

-¿Quiénes fueron los primeros
-se oyó decir a los ángeles
que gritaron aquel día:
«Navidad?»

-Los animales.
¡Estaban en el establo,
era allí donde habitaban!
¡Qué alegría sentirían
también aquella mañana!

Las voces cesaron. Los ratoncitos, vergonzosos pero sonrientes, se miraban de reojo. Hubo un silencio, pero sólo por un momento. Entonces, del fondo del túnel por donde habían venido, llegó hasta ellos un dulce repicar de campanas lejanas, alegres y estrepitosas.

-¡Muy bien, muchachos! -gritó la Rata entusiasmada-. ¡Pasad todos! Os podéis calentar ante la chimenea y tomar algo caliente.

-Sí, entrad, ratoncitos de campo -gritó alborozado el Topo-. ¡Es como en los viejos tiempos! Y que el último cierre la puerta. Podéis arrimar el banco al fuego. Esperad un minuto,

mientras nosotros... ¡Oh, Ratita! -gritó con lágrimas en los ojos, dejándose caer en un sillón-. ¿Pero qué estamos haciendo? ¡Si no tenemos nada que darles!

-¡Eso déjalo de mi cuenta! -dijo la genial Rata-. ¡Oye, tú, el del farolillo! Ven aquí, que te quiero hablar. Dime, ¿hay alguna tienda abierta a estas horas?

-Pues sí, señor -contestó con respeto el ratoncillo-. En esta época del año, nuestras tiendas están abiertas a todas horas.

-Entonces, escucha-dijo la Rata-. ¿Por qué no te vas con el farol y me compras...?

Y se pusieron a conversar en voz baja. El Topo sólo podía discernir algunas palabras, como: «Que sea fresca, ¡eh!..., con medio kilo bastará..., pero que sea de marca Buggins, porque no me gusta ninguna otra..., no, que te dé el mejor que tenga..., si allí no lo tienen, inténtalo en..., ¡sí, claro, que sea casero, nada de latas!..., ¡bueno, a ver si te acuerdas de todo!» Luego se oyó el tintineo de unas moneditas, y el ratoncito de campo desapareció con su farol en una mano y en la otra el cesto de la compra.

Mientras tanto, los otros ratoncitos se calentaban alegremente ante el fuego tostándose los sabañones, muy sentaditos en fila en el banco de madera, y columpiando los pies. El Topo, que no conseguía mantener una conversación ligera con ellos, les hizo recitar uno a uno los nombres de todos sus hermanos y hermanas, que, al parecer, eran aún demasiado jóvenes para que les dejasen salir este año a cantar villancicos, pero esperaban que muy pronto recibirían el permiso de sus padres.

Mientras tanto, la Rata examinaba con atención la etiqueta de una de las botellas de cerveza.

-Veo que esto es Old Burton -dijo con aprobación-.¡Este Topo sabe lo que es bueno! ¡Exquisito! Podríamos hacer un ponche de cerveza. Prepáralo todo, Topo, mientras yo abro las botellas.

No tardaron en preparar la bebida, y metieron el puchero entre las brasas de la chimenea. Al poco tiempo, todos los ratoncitos estaban bebiendo, tosiendo y atragantándose (ya que un

poquito de ponche da para mucho), y parpadeaban, se reían y se olvidaban del frío que habían pasado.

-Estos muchachos también son actores -explicó el Topo a la Rata-. Se inventan ellos mismos las historias, y luego las representan. ¡Y lo hacen muy bien! El año pasado hicieron una obra maravillosa, sobre un ratoncito de campo al que capturaba un corsario de Berbería, y al que obligaron a remar en una galera; y cuando se escapó y volvió a casa, su amante se había metido a monja. ¡Oye, tú! Tú actuabas en aquella obra, si mal no recuerdo. Levántate y recita un poco.

El ratoncito al que había señalado se levantó, se rió tímidamente, miró a su alrededor y se quedó callado. Sus amiguitos le animaban, y el Topo le aplaudió, hasta la Rata se levantó y lo sacudió un poco por los hombros. Pero no hubo manera de quitarle el susto que tenía encima. Estaban todos ocupadísimos con él, como bañistas poniendo en práctica las reglas de la Real Sociedad Humanitaria en caso de inmersión prolongada, cuando se oyó el picaporte, la puerta se abrió y apareció el ratoncito de campo con su farol, tambaleándose bajo el peso de la cesta.

Cuando el contenido de la cesta estuvo esparcido encima de la mesa, ya no se habló más de la representación. Bajo las órdenes de la Rata, a cada uno le tocó hacer algo. En pocos minutos la cena estuvo preparada, y el Topo, que se había sentado a la cabecera de la mesa como si estuviera soñando, se encontró frente a una tabla, hasta entonces vacía, cargada de entremeses; vio las caras radiantes de sus amiguitos, que no se hacían rogar; y por fin él, que estaba muerto de hambre, también se abalanzó sobre la comida que había aparecido como por arte de magia, pensando lo feliz que había resultado la vuelta a casa. Mientras cenaban hablaron de los viejos tiempos, y los ratoncitos de campo les pusieron al día de los últimos cotilleos, y contestaron tan bien como pudieron a las preguntas que les hacía el Topo. La Rata casi no dijo ni palabra, pero se ocupó de que a ningún invitado le faltara nada, y tuviera todo lo que quisiera, y de que el Topo no tuviera que preocuparse por nada.

Al fin todos se marcharon muy agradecidos y felicitándoles las Pascuas, con los bolsillos llenos de regalos para los hermanitos y hermanitas que se habían quedado en casa. Cuando el último se hubo marchado, y dejó de oírse el tintineo de los faroles, el Topo y la Rata avivaron el fuego, arrimaron las sillas, se sirvieron una última copa de ponche de cerveza, y se pusieron a charlar sobre los incidentes de aquel largo día. Por fin la Rata dijo bostezando:

-Mira, Topito, me muero de sueño. ¿Es ésa tu litera? Vale. Entonces yo me quedo en ésta. ¡Qué casita más estupenda! ¡Todo tan a mano!

Se subió a la litera, se envolvió bien en las mantas y el sueño se la llevó como los brazos de una segadora que levanta una gavilla de cebada.

El Topo también estaba deseando meterse en la cama, y muy pronto apoyó la cabeza sobre la almohada, feliz y contento. Pero antes de cerrar los ojos, los dejó errar por su habitación, bañada por el resplandor del fuego que jugaba e iluminaba los objetos familiares que durante tanto tiempo habían formado parte de él, y ahora lo recibían sonrientes, sin rencor.

Por fin tenía el estado de ánimo al cual la Rata lo había llevado con tanta delicadeza. Se dio cuenta de lo sencillo, incluso estrecho que era todo, pero también sabía lo importante que era aquello para él, y cuánto significaba para todo el mundo tener un puerto donde refugiarse.

No tenía la intención de abandonar su nueva vida al aire libre, ni de dar la espalda al sol, a la brisa, a todo aquello que le habían ofrecido, y encerrarse en casa; el mundo de la superficie era demasiado atrayente, y lo llamaba aun allí abajo, y sabía que pronto o tarde tendría que regresar a él. Pero le agradaba saber que tenía un lugar a donde volver, un hogar todo suyo, lleno de objetos con los cuales siempre podía contar para que le dieran una bienvenida como aquélla.

CAPITULO VI
El señor Sapo

Era una hermosa mañana de principios de verano; el río había vuelto a su cauce normal y a su acostumbrado ritmo, y el sol caliente parecía sacar de la tierra, como si lo tirase desde el extremo de una cuerda, cualquier brotecillo que fuese verde, frondoso y puntiagudo. El Topo y la Rata de agua se habían levantado al amanecer y estaban muy ocupados con todo lo

relativo a barcos y al comienzo de la temporada de navegación, pintando y barnizando, arreglando remos y cojines, buscando bicheros perdidos y un montón de cosas más. Y estaban terminando de desayunar en el saloncito y discutiendo sus planes para el día, cuando de repente llamaron a la puerta.

-¡Vaya! -dijo la Rata, que estaba a medio comer un huevo-. Por favor, Topito, ya que has terminado, ve a abrir la puerta.

El Topo salió y la Rata pudo oír un grito de sorpresa. El Topo abrió la puerta de golpe y anunció solemnemente:

-¡El señor Tejón!

Sin duda era una cosa maravillosa que el Tejón hiciera una visita a ellos o a cualquier otro. De costumbre había que cazarlo, si de verdad necesitabas verlo, mientras se deslizaba silenciosamente a lo largo de un seto, muy de mañana o a última hora de la tarde, o tenías que ir hasta su casa en medio del Bosque Salvaje, lo cual era una peligrosa aventura.

El Tejón se quedó parado en medio del saloncito y miró a los dos animales con la cara muy seria. La Rata dejó caer la cuchara sobre el mantel y lo miró boquiabierta.

-¡Ha llegado la hora! -dijo solemnemente el Tejón.

-¿Qué hora? -preguntó inquieta la Rata, mirando el reloj encima de la chimenea.

-Querrás decir la horade quién-contestó el Tejón-. ¡Pues la del Sapo! ¡La Hora del Sapo! Dije que me encargaría de él en cuanto pasara el invierno, ¡y me voy a encargar de él hoy mismo!

-¡La Hora del Sapo, por supuesto! -gritó encantado el Topo-. ¡Hurra! ¡Ya me acuerdo! ¡Nosotros le enseñaremos a ser un Sapo sensato!

-Hay que hacerlo esta misma mañana -añadió el Tejón, sentándose en una butaca-. Anoche me enteré de buena fuente que el Sapo ha encargado otro coche nuevo y de gran potencia. Seguramente en este mismo momento el Sapo se está engalanando con ese disfraz tan horrendo y que tanto le gusta, y que lo convierte, a él que es un Sapo de bastante buen ver, en un Objeto odioso para cualquier animal de buen gusto que se cruce con él. Tenemos que poner manos a la obra antes de que sea demasiado tarde. Tenéis que acompañarme ahora mismo a la Mansión del Sapo, y podremos llevar a cabo la misión de rescate.

-¡Tienes razón! -gritó la Rata, levantándose de un brinco-. ¡Es nuestro deber rescatar al pobre e infeliz animal! ¡Lo convertiremos! ¡Será el Sapo más sensato que ha existido jamás!

Se pusieron en marcha guiados por el Tejón, para llevar a cabo su misión de salvamento. Cuando los animales van juntos, siempre caminan de una manera lógica y sensata, en fila india, en vez de ir uno junto a otro, todo a lo ancho de la carretera, cosa que dificultaría el poder ayudarse unos a otros en caso de peligro inesperado.

Cuando llegaron a la entrada de coches de la Mansión del Sapo, encontraron allí estacionado frente a la casa, y tal y como el Tejón les había anunciado, un coche nuevo y resplandeciente, muy grande y pintado de rojo vivo (el color preferido del Sapo). Al acercarse a la puerta, ésta se abrió de golpe y apareció el señor Sapo, ataviado con anteojos, gorra, polainas y un enorme abrigo, y bajó las escaleras muy ufano, poniéndose los guantes.

-¡Hola, chicos! ¡Venid! -gritó con alegría al verlos-. Llegáis justo a tiempo para dar un..., esto..., un alegre..., para dar un... alegre...

Su tono cordial desapareció cuando notó la mirada severa de sus silenciosos amigos, y no pudo acabar la invitación.

El Tejón subió los escalones.

-¡Llevadlo dentro! -ordenó con seriedad a sus compañeros.

Luego, mientras empujaban al Sapo hacia el interior de la mansión, a pesar de sus protestas, el Tejón se volvió hacia el chófer encargado del coche nuevo y le dijo:

-Me temo que por el momento no harán falta sus servicios. El señor Sapo ha cambiado de parecer. Ya no necesita el coche. Por favor, dése cuenta de que esto es definitivo. No hace falta que siga esperando.

Luego entró en la casa y cerró la puerta.

-¡Vamos a ver! -le dijo al Sapo cuando estuvieron los cuatro en el salón-. ¡Para empezar, quítate todos esos trapos de encima!

-¡Ni hablar! -contestó el Sapo enérgicamente-. ¿Se puede saber qué os proponéis? ¡Exijo una explicación ahora mismo!

-Vosotros dos, desvestidlo -ordenó el Tejón.

Tuvieron que tumbar al Sapo en el suelo, que pataleaba y los insultaba, antes de poder quitarle nada. Entonces la Rata se sentó encima de él, y el Topo le fue quitando una a una todas las prendas de su uniforme, y lo pusieron otra vez de pie. Fue como si, al quitarle aquella indumentaria, también le hubieran quitado gran parte de su aire fanfarrón. Ahora que ya no era el Terror de la Carretera, sino simplemente el Sapo, se reía y los miraba con ojos suplicantes, como si entendiese perfectamente de qué se trataba.

-Mira, Sapo, sabías que pronto o tarde esto tendría que acabar así -le explicó el Tejón muy serio-. No has escuchado ninguna de nuestras advertencias, y te has dedicado a derrochar todo el dinero que heredaste de tu padre, y nos estás dando mala fama a todos los animales de esta zona por culpa de tus accidentes y peleas con la policía. La independencia está muy bien, pero nosotros, los animales, nunca permitimos que uno de nuestros amigos haga el ridículo más allá de ciertos límites; y tú has llegado al límite. Así que mira. Tú eres un buen chico, y no quiero enfadarme contigo. Te doy una última oportunidad para que intentes ser sensato. Ven conmigo al gabinete que tengo que decirte unas cuantas verdades, y ya veremos si cambias o no de opinión.

Agarró al Sapo por el brazo y se lo llevó al gabinete, y cerró la puerta tras él.

¡Eso no servirá de nada! -dijo la Rata desdeñosa-. ¡No sirve de nada hablar con el Sapo! ¡Dirá cualquier cosa!

Se sentaron en unos sillones y esperaron pacientemente. A través de la puerta cerrada podían oír el murmullo continuo del Tejón, que subía y bajaba en oleadas de oratoria. Luego se dieron cuenta de que el sermón se interrumpía a intervalos por unos sollozos prolongados, que por supuesto procedían del Sapo, que al fin y al cabo tenía buen corazón y era fácil convencerlo, por lo menos durante un tiempo, de cualquier cosa.

Al cabo de tres cuartos de hora se abrió la puerta y apareció el Tejón, llevando de la mano al pobre Sapo. El pellejo le colgaba como un saco, le temblaban las piernas y las lágrimas provocadas por el conmovedor discurso del Tejón habían dibujado surcos en sus mejillas.

-Siéntate, Sapo -dijo amablemente el Tejón, señalando una silla. Y prosiguió-: Amigos, me agrada poder informaros de que por fin el Sapo ha reconocido sus errores. Está muy arrepentido de haberse portado tan mal, y está dispuesto a olvidarse para siempre de los coches. Y me ha dado su palabra de honor.

-¡Qué buena noticia! -dijo el Topo muy serio.

-Muy buena noticia -comentó la Rata dudosa-, sólo que..., sólo que...

Mientras decía esto miraba muy fijamente al Sapo, y le pareció adivinar algo parecido a un centelleo en los ojos tristes del animal.

-Sólo queda una cosa por hacer-prosiguió complacido el Tejón-. Sapo, quiero que repitas delante de tus amigos todo lo que me acabas de decir ahí dentro. Para empezar, ¿te arrepientes de todo lo que has hecho y admites que era todo una locura?

Hubo una pausa muy larga. El Sapo miraba desesperado a un lado y al otro, mientras los otros animales esperaban en silencio. Y por fin habló:

-¡No! -dijo de mal humor, pero resuelto-. No me arrepiento de nada. ¡Y no fue todo una locura! ¡Fue una maravilla!

-¿Qué? -gritó el Tejón escandalizado-. No me vuelvas a las andadas. ¿No me dijiste ahí dentro...?

-Oh, sí, sí, ahí dentro -dijo el Sapo impaciente-. Hubiera dicho cualquier cosa ahí dentro. Eres tan elocuente, querido Tejón, tan conmovedor y tan convincente. Y lo explicas todo tan bien, que ahí dentro podías hacer lo que quisieras conmigo, y lo sabías. Pero me lo he estado pensando, y la verdad es que no me arrepiento de nada, así que de nada sirve decir que lo siento, ¿verdad?

-¿Así que no nos prometes que jamás volverás a tocar un coche? -dijo el Tejón.

-¡Desde luego que no! -contestó el Sapo con énfasis-. Por el contrario, os doy mi palabra de honor de que en el primer automóvil que vea, ¡pop! ¡pop!, me largo.

-¿Qué te había dicho? -comentó la Rata al Topo.

-Muy bien -dijo el Tejón con firmeza mientras se ponía de pie-. Si no te convencemos por las buenas, tendremos que hacerlo por las malas. Ya me temía yo que tendríamos que llegar a esto. Ya nos has pedido muchas veces que nos quedemos contigo unos días en tu hermosa mansión; pues nos quedamos. No nos marcharemos hasta que te hayamos convencido de que tenemos razón. Vosotros, llevadlo a su habitación y encerradlo allí hasta que hayamos decidido lo que vamos a hacer.

-Es por tu propio bien, Sapito, ya lo sabes -dijo amablemente la Rata mientras se llevaban al Sapo, que pataleaba como un endemoniado-. Piensa en lo bien que nos lo vamos a pasar todos juntos, como solíamos hacer, una vez que te haya pasado esta..., ¡esta locura!

-Nosotros nos encargamos de todo hasta que te pongas bueno, Sapito -dijo el Topo-, y no malgastaremos tu dinero como tú.

-Ya no tendrás más peleas con la policía, Sapo-dijo la Rata mientras lo metían en su habitación.

-Ni tendrás que pasar semanas enteras en el hospital, Sapo -añadió el Topo, echando el cerrojo de la puerta.

Mientras bajaban las escaleras, el Sapo los insultaba por el ojo de la cerradura: los tres amigos se reunieron para discutir la situación.

-Va a ser un asunto pesado -dijo el Tejón con un suspiro-. Nunca había visto al Sapo tan decidido. Pero aguantaremos hasta el final. No debemos dejarlo solo ni un momento. Nos tendremos que ir turnando, hasta que ese veneno salga de su cuerpo.

Pusieron los relojes a punto. Los tres se turnaban para dormir una noche cada uno en la habitación del Sapo, y para acompañarle de día. Por supuesto, al principio el Sapo les dio mucho la lata. Cuando le daban ataques muy violentos, colocaba las sillas de la habitación como si fueran las piezas de un coche y se sentaba en una de ellas, inclinado hacia delante y con la mirada fija, haciendo ruidos de lo más groseros; de repente, pegaba un brinco por los aires y caía en medio de las sillas destrozadas feliz y satisfecho. Sin embargo y con el tiempo, estos violentos ataques se hicieron menos frecuentes, y sus amigos procuraron distraerle con cosas nuevas. Pero su interés por otros asuntos no volvía, y estaba cada vez más triste y deprimido.

Una hermosa mañana la Rata, que estaba de turno, subió a relevar al Tejón, que estaba deseando salir a estirar las patas y dar un largo paseo por el bosque y sus madrigueras.

-El Sapo aún está en la cama -le dijo a la Rata mientras salía-. Habla poco. Sólo dice que le dejemos en paz, que no necesita nada, que ya se encuentra mejor, que seguro que con el tiempo se pone bueno, y que no nos preocupemos tanto por él. ¡Así que ten cuidado, Rata! Cuando el Sapo se porta bien, como un niño que se quiere ganar un premio, es el momento más peligroso. Seguro que está tramando algo. ¡Lo conozco! Bueno, yo me marcho.

-¿Cómo estás hoy, chico? -preguntó alegre la Rata, acercándose a la cama del Sapo.

Tuvo que esperar unos minutos antes de recibir una respuesta. Por fin una voz débil le contestó:

-Muchas gracias, Ratita. Té agradezco que te intereses por mí. Pero dime, y tú, ¿cómo estás? ¿Y el bueno del Topo? -Nosotros estamos muy bien -le contestó la Rata. Y añadió sin darse cuenta de lo que hacía-: El Topo ha salido a pasear con el Tejón; no volverán hasta la hora de comer, así que podemos pasar una mañana muy entretenida los dos juntos, y procuraré distraerte. Venga, levántate, sé bueno, y no estés haciendo el vago en una hermosa mañana como ésta.

-Mi querida Ratita -susurró el Sapo-, ¿es que no te das cuenta del estado en que me encuentro? ¡Ya no puedo levantarme, y me temo que nunca volveré a hacerlo! Pero no te preocupes por mí. No me gusta ser una carga para mis amigos, y espero dejar de serlo muy pronto. ¡De veras que lo espero!

-Yo también lo espero -dijo la Rata de buen humor-. Ya nos has dado bastante la lata, y me alegra saber que esto no durará mucho. ¡Y con este tiempo, la temporada de navegación ya ha empezado! ¿No te da vergüenza, Sapo? Y no es que nos importe, pero nos estás haciendo perder un montón de cosas.

-Me temo que sí os importa -contestó lánguidamente el Sapo-. Os comprendo. Es normal. Estáis hartos de mí. No tengo derecho a pediros nada más. Soy un fastidio, ya lo sé...

-Desde luego que sí -dijo la Rata-. Pero me tomaría todas las molestias del mundo con tal de que fueras sensato.

-Si supiese que era cierto, Ratita -murmuró débilmente el Sapo-, entonces te pediría..., puede que sea lo último que te pida..., que vayas al pueblo..., quizá ya sea demasiado tarde..., y busques al médico. Pero no te molestes, quizá sea mejor dejar que las cosas sigan su curso.

-¿Para qué quieres un médico? -preguntó la Rata acercándose a examinarlo. Estaba tendido muy quieto, hablaba muy bajito y parecía muy cambiado.

-Te habrás dado cuenta en estos últimos días... -murmuró el Sapo-. Pero no... ¿Por qué ibas a hacerlo?... Darse cuenta de algo es una molestia. Quizá mañana pienses: «¡Si me hubiera dado cuenta a tiempo! ¡Si hubiera hecho lo que me pedía!» Pero no: es una molestia. No importa... Olvida lo que he dicho.

-Mira, muchachote -dijo la Rata, que empezaba a inquietarse-, claro que iré a buscar al médico, si de verdad crees que lo necesitas. Pero no puedes estar tan mal. ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

-Mi querida amiga-dijo el Sapo, con una sonrisa triste-, me temo que en un caso como éste no sirve de nada «hablar» ..., de hecho, tampoco el médico servirá. Y a pesar de todo, uno se aferra a la más mínima esperanza. A propósito..., ya que hablamos del tema... No quisiera causarte más molestias, pero, ahora que me acuerdo, pasarás delante de su puerta... ¿Te importaría decirle al notario que se pase por aquí? Me convendría hablar con él, ya que hay momentos..., quizá debería decir que hay un momento..., cuando uno tiene que enfrentarse con tareas desagradables, por mucho que le cueste.

-¡Un notario! ¡Debe de estar muy enfermo! -musitó la Rata muy asustada, mientras salía de la habitación, sin olvidarse, por supuesto, de cerrar la puerta con llave.

Ya fuera se detuvo a pensar. Los otros dos estaban ya lejos, así que no podía pedirles consejo.

«Más vale pasarse que quedarse corto», pensó. «Ya sé que el Sapo se ha creído muy enfermo en otras ocasiones, sin ninguna razón. ¡Pero nunca le he oído mandar llamar a un notario!

Si de verdad no le pasa nada, el médico le dirá que es un tontorrón, y lo animará. Así que no perdemos nada. Más vale seguirle la corriente. Estaré de vuelta enseguida.»

Y se marchó a todo correr en su misión de salvamento.

El Sapo, que había saltado de la cama en cuanto oyó la llave girar en la cerradura, la miraba por la ventana hasta que desapareció por el paseo de coches. Luego, con una gran carcajada, se vistió a toda prisa con la ropa más elegante que pudo encontrar y se llenó los bolsillos con el dinero que tenía guardado en un cajón de la cómoda. Por último ató las sábanas de su cama, y, amarrando una punta de la improvisada cuerda al parteluz central de la bonita ventana estilo Tudor de su atractivo dormitorio, se deslizó hasta el suelo y se marchó silbando una alegre canción en dirección contraria a la que había tomado la Rata.

¡Menuda comida le dieron a la pobre Rata cuando regresaron el Topo y el Tejón y les tuvo que contar aquella historia tan poco convincente! El lector puede imaginarse los comentarios tan cáusticos, por no decir brutales del Tejón, así que no hará falta repetirlos. Pero lo que más dolió a la Rata fue que hasta el Topo, que solía defender a su amiga, acabó por decirle:

-Esta vez has sido un poco tonta, Ratita. ¡Y por si fuera poco, con el Sapo!

-¡Qué bien lo hizo! -dijo la Rata avergonzada.

-Buena te la hizo! -contestó el Tejón algo brusco-. ¡En fin, de nada sirve lamentarse! Esta vez se nos ha escapado. Y lo peor es que estará tan orgulloso de lo listo que ha sido, que podría cometer cualquier locura. El único consuelo es que ahora estamos libres, y no tenemos que perder más tiempo haciendo de centinelas. Pero mejor será que nos quedemos un poco más en la Mansión del Sapo. Pueden traerlo de vuelta en cualquier momento..., en una camilla, o entre dos policías.

Así hablaba el Tejón sin saber lo que el futuro les tenía reservado, y cuánta agua turbia tendría que correr bajo los puentes antes de que el Sapo regresara de nuevo a su Mansión ancestral.

***

Mientras tanto, el alegre e irresponsable Sapo caminaba a buen paso por la carretera, ya a algunos kilómetros de su hogar. Al principio, había tomado senderos y cruzado campos, y había cambiado varias veces de ruta, temiendo que le persiguiesen; pero ahora se sentía seguro, y el sol brillaba en el cielo, y la naturaleza entonaba la canción de alabanza que le cantaba su propio corazón, y casi le entraban ganas de ponerse a bailar por el camino, de lo orgulloso que se sentía.

«¡Qué listo he sido!», se dijo a sí mismo, riendo. «¡E1 cerebro contra la fuerza bruta!... Y claro, el cerebro sale ganando... ¡Pobre Ratita! ¡Madre mía, la que se va a armar cuando regrese el Tejón! Es una buena chica, la Ratita, con muchas cualidades, pero con poca inteligencia y ninguna educación. Ya me encargaré de ella uno de estos días, a ver si puedo enseñarle un par de cosas.»

Lleno de pensamientos tan vanidosos como éstos siguió caminando con la cabeza erguida, hasta que llegó a un pueblecito. Al ver el gran letrero de la posada «El León Rojo» en medio de la calle principal, se acordó de que no había desayunado y que estaba muerto de hambre después de la larga caminata. Entró en la posada, pidió el mejor almuerzo que pudieran prepararle sobre la marcha y se sentó a comer en el salón del café.

Estaba a medio comer cuando un ruido bastante familiar le hizo pegar un brinco, y se puso a temblar. El ¡pop! ¡pop! se fue acercando, oyó el coche girar en el patio y detenerse, y el Sapo se tuvo que agarrar a la pata de la mesa para controlar la emoción que lo dominaba. Entonces un grupito de viajeros hambrientos, alegres y charlatanes entró en el salón del café, comentando las hazañas de la mañana y las cualidades del vehículo que los había llevado hasta allí. El Sapo escuchó ansioso unos minutos. Pero al fin no pudo soportarlo. Salió discretamente del salón, pagó la cuenta en la barra y se dirigió al patio de la posada.

-¿Qué tiene de malo que me ponga a mirarlo? -musitó. El coche estaba en medio del patio, sin que nadie lo vigilara, ya que los mozos de cuadra y otros mirones estaban comiendo. El Sapo caminaba lentamente a su alrededor, inspeccionando y criticando, sumido en sus pensamientos.

«¿Me pregunto», se dijo para sus adentros, «me pregunto si este tipo de coche arranca con facilidad?»

Y de repente, sin saber cómo, agarró la manivela y la giró. Y cuando oyó el ruido familiar, su antigua pasión renació en lo más profundo de su alma. Como en un sueño, se encontró sentado en el asiento del conductor. Como en un sueño, levantó la palanca, dio la vuelta al patio y salió cruzando la arcada; como en un sueño, perdió todo el sentido del bien y del mal, y el temor de las posibles consecuencias de todo aquello. Aceleró y, mientras el coche avanzaba por la carretera hacia el campo, sólo era consciente de que volvía a ser el Sapo, el Sapo en su mejor momento, Sapo el Terror, el domador del tráfico, el Señor del sendero, a quien todos debían ceder el paso, so pena de acabar hechos polvo para siempre jamás. Cantaba mientras volaba, y el coche le contestaba con un zumbido sonoro; las ruedas se tragaban los kilómetros, mientras avanzaba hacia lo desconocido, complaciendo sus instintos, viviendo aquel momento, inconsciente de lo que pudiera suceder más tarde.

***

-En mi opinión -observó contento el Presidente del Tribunal de Magistrados-, el único problema que se presenta en este caso, por lo demás muy claro, es hallar un castigo lo suficientemente duro para el incorregible, insensible y pícaro rufián que tenemos ahí sentado en el banquillo, muerto de miedo. Vamos a ver. Sin lugar a dudas es culpable, primero, de robar un valioso automóvil; segundo, de conducir alocadamente, y tercero, de tratar con gran impertinencia, a la policía. Señor Escribano, ;podría decirnos, por favor, cuál es el castigo más severo que se puede imponer por cada uno de estos delitos? Y por supuesto, sin tener en cuenta ningún atenuante, ya que no lo hay. El Escribano se rascó la nariz con la pluma.

-Algunos consideran -observó- que el robar un automóvil es la peor ofensa; y así es. Pero sin duda alguna, burlarse de la policía merece el peor castigo. Y así tiene que ser. De modo que pongamos doce meses por el robo, lo cual no es mucho: y tres años por conducir a lo loco, que es bastante indulgente; y quince años por insultar a la policía, sobre todo cuando los insultos son tan desagradables, a juzgar por lo que hemos podido oír a los testigos, aunque sólo creyésemos la décima parte de lo que hemos oído (¡que yo por mi parte prefiero no creer más!)... Si sumamos todo esto nos da diecinueve años...

-Estupendo -dijo el Presidente.

-Más vale que redondeemos a veinte años, por si las moscas -concluyó el Escribano.

-¡Buena sugerencia! -asintió el Presidente-. ¡Acusado, serénese y trate de permanecer firme! Esta vez van a ser veinte años. Y como aparezca de nuevo ante nosotros por cualquier otro delito, tendremos que tratarlo con rigurosa severidad.

Y entonces, los brutales servidores de la ley agarraron al desventurado Sapo, lo encadenaron y se lo llevaron, chillando, rogando y protestando, del Palacio de Justicia, por la plaza del mercado, donde el burlón populacho, siempre tan severo con el criminal convicto como compasivo con el perseguido, se dedicó a insultarlo y a tirarle zanahorias. Pasaron delante de una escuela, y los inocentes chiquillos sonrieron de placer al ver a un caballero en apuros; y por el puente levadizo, y bajo el rastrillo y la amenazadora arcada del viejo y austero castillo, con sus torreones elevadísimos. Pasaron por los cuartos de la guardia, donde los soldados fuera de servicio les hicieron la burla; delante de unos centinelas que tosieron con sarcasmo, que es lo máximo que un centinela de guardia se atreve a hacer para mostrar su desprecio y repugnancia hacia el crimen. Subieron por la vieja escalera de caracol, pasaron

Librodot

delante de soldados con cascos y armadura de acero, que lo miraron con ojos amenazadores a través de sus viseras; cruzaron patios, donde los mastines tiraban de las cuerdas, intentando echarse sobre él; pasaron junto a carceleros viejísimos, con las alabardas apoyadas contra la pared, amodorrados frente a un trozo de empanada y una jarra de cerveza. Pasaron junto a los instrumentos de tortura, por un pasillo retorcido que llevaba al patíbulo privado, hasta que llegaron frente a la puerta de la mazmorra más remota del viejo torreón. Allí, al fin, se detuvieron ante un viejo carcelero que jugueteaba con un manojo de enormes llaves.

-¡Pardiez! -dijo el sargento de policía, quitándose el casco y enjugándose la frente-. Levántate, viejo tonto, y encárgate de este Sapo despreciable, criminal de lo más malvado, pero también astuto y habilidoso. ¡Vigílalo lo mejor que puedas! Y entérate bien, anciano: si sucediera cualquier desgracia, tu vieja cabeza responderá por la suya..., ¡y lo siento por las dos!

El carcelero asintió con un gesto torvo y agarró al pobre Sapo por el hombro. La llave oxidada rechinó en la cerradura, la gran puerta se cerró detrás de ellos. Y el Sapo quedó prisionero e indefenso en el torreón más remoto de la cárcel mejor guardada del más austero castillo a lo largo y ancho de la Alegre Inglaterra.

CAPÍTULO VII
El flautista en el umbral del alba

El reyezuelo del sauce, escondido en la orilla oscura del río, silbaba su cancioncilla. Aunque ya eran las diez de la noche pasadas, el cielo retenía algunos tardíos jirones de la luz del día; el tórrido calor de la tarde se disipaba bajo los fríos dedos de la corta noche de verano. El Topo estaba tumbado en la orilla, agotado por el ardor de un día sin una sola nube desde el amanecer hasta la tardía puesta del sol. Estaba esperando a su amiga. Mientras él había pasado un rato en el río con unos compañeros, la Rata de Agua tenía un compromiso pendiente con la Nutria. Cuando el Topo regresó a casa, la encontró oscura y vacía. Sin duda, la Rata se había entretenido con su vieja amiga. Hacía demasiado calor para quedarse en casa, así que se tumbó sobre unas hojas frescas de acedera y se puso a pensar en todo lo que había hecho aquel día, y lo bien que se lo había pasado.

Pronto oyó el paso ligero de la Rata, que se acercaba sobre la hierba seca.

-¡Bendito frescor! -dijo mientras se sentaba, mirando pensativa hacia el río, silenciosa y preocupada.

-Supongo que te quedaste a cenar-dijo el Topo.

-No tuve más remedio -contestó la Rata-. No querían que me marchara antes de cenar. Ya sabes lo acogedores que son. Y se esforzaron por entretenerme todo el rato que estuve con ellos. Pero me sentí muy incómoda, porque me daba cuenta de que estaban muy disgustados, aunque trataban de ocultarlo. Me temo que están en dificultades, Topo. El pequeño Portly ha vuelto a desaparecer. Y ya sabes lo mucho que lo quiere su padre, aunque nunca hable del tema.

-¿Ese crío? -dijo el Topo, sin darle importancia-. Bueno, ¿y por qué preocuparse? Siempre está vagando por ahí y perdiéndose, pero siempre regresa. ¡Es tan aventurero! Pero nunca le ocurre nada malo. Todo el mundo lo conoce y lo quiere mucho, tanto como a la vieja Nutria, y estoy seguro de que algún animal lo encontrará y lo traerá de vuelta. ¡Si hasta nosotros mismos lo hemos encontrado varias veces a muchos kilómetros de casa tan alegre y confiado!

-Sí, pero esta vez es más serio -dijo la Rata-. Hace ya varios días que se marchó, y las Nutrias lo han buscado por todas partes, sin encontrar el menor rastro. Y han preguntado a todos los animales de los alrededores, y nadie lo ha visto. La Nutria está más preocupada de lo que parece. Acabó por confesarme que el pequeño Portly todavía no ha aprendido a nadar muy bien, y me imagino que estaba pensando en la presa. Aún baja mucha agua, teniendo en cuenta la época del año, y aquel lugar siempre ha tenido una gran fascinación para el niño. Y además hay..., bueno, trampas y otras cosas, ya sabes. La Nutria no es el tipo de animal que se preocupa por sus hijos sin razón. Y ahora está preocupada. Cuando me despedí, me acompañó fuera..., dijo que necesitaba un poco de aire fresco y que quería estirar las patas. Pero me di cuenta de que le pasaba algo, así que le pedí que me acompañara, y se lo fui sacando todo poco a poco. Dijo que iba a pasar la noche vigilando el vado. ¿Te acuerdas del lugar donde solía estar el vado en tiempos cuando aún no habían construido el puente?

-Claro que sí -dijo el Topo-. ¿Pero por qué se le ha ocurrido a la Nutria ir a vigilar aquel lugar?

-Parece ser que fue allí donde le dio a Portly su primera clase de natación -contestó la Rata-. Desde aquel bajío arenoso que hay a la orilla. Y era allí donde le solía enseñar a pescar, y donde el pequeño Portly atrapó su primer pez, de lo cual estaba muy orgulloso. Al chiquillo le encantaba aquel lugar, y la Nutria cree que, si regresa de sus vagabundeos por donde quiera que esté (si es que aún está en algún lugar el pobre animalito), es probable que se dirija hacia el vado que tanto le gustaba; o si por casualidad llegara hasta allí, lo reconocería, y se quedaría allí jugando. Así que cada noche la Nutria va allí, a vigilar... por si acaso, ya sabes, ¡sólo por si acaso!

Se quedaron callados un momento, ambos pensando en lo mismo..., en el pobre animal desconsolado, agazapado junto al vado, vigilando y esperando, durante toda la noche..., sólo por si acaso.

-Bueno -dijo al fin la Rata-, me supongo que es hora de irnos a casa.

Pero no se movió.

-Mira, Rata -dijo el Topo-. Yo no podría irme a casa y acostarme, sin hacer nada, aunque me temo que no hay mucho que podamos hacer. Vamos a sacar la barca y a remar corriente arriba. La luna saldrá dentro de una o dos horas, y entonces nos pondremos a buscar..., por lo menos, será mejor que irnos a la cama y no hacer nada.

-Eso mismo estaba pensando yo-dijo la Rata-. Además, la noche no está como para irse a la cama. Falta poco para que amanezca y, a lo mejor, algún animal madrugador tiene noticias que darnos.

Sacaron la barca, y la Rata se puso a remar con cuidado. En medio de la corriente había una estrecha franja de agua mansa que reflejaba tenuemente el cielo. Pero las aguas del borde, donde caían las sombras del talud o de los árboles, tenían un aspecto tan denso y oscuro como la orilla misma, y el Topo tenía que gobernar la barca con mucha prudencia. Tan oscura y desierta, la noche estaba plagada, sin embargo, de ruiditos, cantos, charloteos y susurros de todos aquellos bichitos que pululaban por allí, dedicados a sus negocios y aficiones durante toda la noche, hasta que los primeros rayos del sol los mandaran a descansar, que bien merecido se lo tenían. Y también los ruidos del agua se oían mejor que durante el día, sus gorgoteos más inesperados y cercanos. Los dos animalitos se sobresaltaban constantemente ante lo que les parecía la clara y repentina llamada de una voz articulada.

La línea del horizonte se destacaba clara contra el cielo, aunque en un punto determinado aparecía negra contra una fosforescencia plateada cada vez más intensa. Al fin, por detrás del borde de la tierra, la luna salió lenta y majestuosa, y fue despegándose del horizonte hasta rodar por el cielo, libre de amarras. Y una vez más vislumbraron las superficies..., los amplios prados, los jardines tranquilos, y hasta el mismo río, de orilla a orilla... Todo se descubría poco a poco, limpio de misterio y miedo, todo radiante, como de día. Y sin embargo, con una

Librodot

diferencia. Las antiguas guaridas de los dos animales los volvían a saludar, ataviadas de otro modo, como si se hubieran escapado y ahora regresaran despacito, engalanadas de pureza, sonriendo tímidamente, esperando a que las reconocieran.

Amarraron la barca a un sauce. Los dos amigos desembarcaron en aquel reino silencioso y plateado, y exploraron cuidadosamente los setos, los troncos huecos, los arroyos y sus desagües, las acequias y los riachuelos secos. Luego se embarcaron de nuevo, cruzaron a la otra orilla, y de este modo subieron corriente arriba, mientras la luna, destacándose serena sobre un cielo sin nubes, los ayudaba cuanto podía, a pesar de la distancia; hasta que llegó su hora, y se hundió por detrás del horizonte y, muy a pesar suyo, los abandonó. El misterio cubrió de nuevo los campos y el río.

Entonces, a su alrededor, todo empezó a cambiar. El horizonte empezó a clarear, el campo y los árboles se hicieron más visibles. Todo parecía diferente, y perdía su misterio. Un pajarillo silbó y se calló, y una suave brisa susurró a través de los juncos y carrizos. La Rata, que estaba a la popa de la barca mientras el Topo remaba, se irguió de repente y escuchó con atención. El Topo, que apenas movía la barca mientras exploraba las orillas, la miró con sorpresa.

-Se ha ido -suspiró la Rata, hundiéndose de nuevo en su asiento-. ¡Tan hermoso, y extraño, y nuevo! Para que acabara tan pronto, casi hubiera preferido no oírlo. Porque ha despertado en mí un anhelo casi doloroso, y nada vale la pena, excepto oír de nuevo aquel sonido, y seguir oyéndolo para siempre. ¡No! ¡Ahí está otra vez! -gritó irguiéndose de nuevo.

Cautivada, se quedó en silencio un buen rato, como bajo un hechizo.

-Ahora se aleja, casi no lo oigo -dijo al fin-. ¡Oh "Topo! ¡Qué belleza! ¡La delicada, clara y alegre llamada de una flauta distante! Nunca había soñado con una música semejante y, sin embargo, su atracción es mayor que su dulzura. ¡Sigue reman-do, Topo! ¡La música y la llamada son para nosotros!

El Topo, muy intrigado, obedeció.

-Yo no oigo nada -dijo-, sólo el viento que juega con los juncos, los carrizos y las mimbreras.

La Rata no contestó; ni siquiera lo oyó. Arrebatada, embelesada, estaba hechizada por aquel sonido divino que había prendido en su alma indefensa y la mecía y la arrullaba, criatura desamparada y feliz en aquel fuerte y prolongado abrazo.

El Topo siguió remando en silencio, y pronto llegaron a un punto donde el río se abría a un remanso. Con un leve movimiento de cabeza, la Rata, que hacía rato había soltado el timón, indicó al Topo que se metiera por el remanso. La marea de luz crecía, y pronto pudieron ver el color de las flores que adornaban como piedras preciosas el borde del agua.

-¡Nos vamos acercando! -gritó alegre la Rata-. Seguro que ahora puedes oírlo. ¡Ah..., por fin..., veo que tú también lo oyes!

El Topo, inmóvil y sin aliento, dejó de remar mientras el sonido acuático de aquella flauta lo cubría como una ola y lo hechizaba. Vio las lágrimas correr por las mejillas de su compañera, inclinó la cabeza y comprendió. Permanecieron así durante un rato, acariciados por las primaveras violetas que bordeaban la orilla. Luego la clara y autoritaria llamada que acompañaba la melodía embriagadora impuso su voluntad sobre el Topo, y éste se inclinó de nuevo mecánicamente sobre los remos. Y la luz se hizo más fuerte, pero los pájaros no cantaban, como suelen hacerlo al alba; todo se había paralizado menos aquella música divina.

A ambos lados, los fértiles prados parecían más frescos y verdes que de costumbre. Nunca habían visto tan vivo el color de las rosas, ni las adelfas tan alborotadas, ni la reina de los prados tan olorosa y penetrante. Entonces el susurro de la presa cercana llenó el aire, y los dos animalitos se dieron cuenta de que se aproximaban a la desconocida meta de su búsqueda.

Con un amplio semicírculo de luces centelleantes y brazos de agua verde, la gran presa cerraba el remanso de orilla a orilla, agitando la superficie tranquila con remolinos y espuma, y cubría los otros ruidos con su suave y solemne rumor. En medio de la corriente, envuelta en el abrazo de la presa, había una islita bordeada de sauces, abedules plateados y alisos. Tímida y reservada, pero llena de significado, se escondía detrás de aquel velo, esperando la hora exacta y con ella a los elegidos.

Lentamente, pero sin dudar ni vacilar y en solemne expectativa, los dos animales atravesaron las aguas tumultuosas y amarraron la barca a la margen florida de la isla. Desembarcaron en silencio y avanzaron por las hierbas olorosas y las flores hasta que llegaron a un pequeño prado de un verde maravilloso, que la Naturaleza misma había adornado con árboles frutales: manzanas bravías, cerezas silvestres y endrinas.

-Este es el lugar de mis sueños, el lugar que me describió la música -susurró la Rata como en trance-. ¡Si lo hemos de encontrar en algún sitio, será en este lugar bendito!

Entonces el Topo sintió un gran temor reverencial, un temor que le paralizaba los músculos, le hacía inclinar la cabeza y le ataba los pies al suelo. No era pánico lo que sentía -en realidad se sentía feliz y en paz-, sino un temor que lo golpeaba y retenía y, aun sin verlo, sabía que aquello significaba que alguna augusta Presencia estaba muy, muy cerca. A duras penas se volvió a mirar a su amiga, y la vio a su lado, intimidada, agobia

da y temblorosa. Y a su alrededor, la multitud de pájaros seguía silenciosa, mientras la luz aumentaba.

Quizá nunca se hubiera atrevido a levantar la mirada. Pero, aunque cesó el sonido de la flauta, la llamada aún les parecía imperiosa. No podía negarse, aunque fuese la mismísima Muerte quien lo estuviera esperando para acabar con él una vez que sus ojos mortales hubieran desvelado los secretos tan celosamente guardados. Temblando, obedeció y alzó humildemente la cabeza. Y entonces, en aquella claridad del inminente amanecer, mientras la Naturaleza, rebosante de color, parecía contener el aliento ante semejante acontecimiento, el Topo miró a los ojos mismos del Amigo y Protector. Vio la curva de los cuernos que brillaban a la luz del alba, vio la nariz aguileña entre los ojos bondadosos, que lo miraban burlones, y la boca, rodeada de barba, esbozaba una media sonrisa; vio los músculos perfectos del brazo cruzado sobre el ancho pecho; la mano larga y flexible que aún sostenía la flauta recién apartada de sus labios; vio las curvas perfectas de sus miembros velludos tendidos con majestuosa desenvoltura sobre el césped; y, por último, vio, acurrucada entre sus pezuñas, profundamente dormida, la infantil, pequeña y redonda figura del bebé Nutria. Todo aquello lo vio en un momento sobrecogedor e intenso en el cielo de la mañana. Y sin embargo, mientras miraba, aún vivía; y mientras vivía, se maravillaba.

-¡Rata! -susurró tembloroso, recuperando por fin el aliento-. ¿Tienes miedo?

-¿Miedo? -murmuró la Rata, con los ojos brillando de amor-. ¡Miedo! ¿De Él? ¡Nunca! Y..., y sin embargo... ¡Oh Topo, tengo miedo!

Entonces los dos animalitos se arrodillaron, inclinaron la cabeza y lo adoraron.

De repente, el gran disco dorado del sol se mostró frente a ellos en el horizonte, y los primeros rayos, disparándose por encima del nivel de las vegas, deslumbraron a los dos animales. Cuando recuperaron la vista, la Visión había desaparecido, y el aire rebosaba con los cantos de los pájaros que saludaban el amanecer.

Miraban sin comprender, y su tristeza se fue haciendo mayor cuando se fueron dando cuenta de lo que habían visto y perdido. Entonces una brisa caprichosa subió de la superficie del agua, estremeciendo los álamos y las rosas húmedas de rocío, y les acarició suavemente el rostro. Con aquella caricia vino también el olvido. Porque éste es el último y el mejor regalo que el generoso semidiós tiene a bien otorgar a aquellos ante quienes se ha revelado para ayudarles: el regalo del olvido. Para que el triste recuerdo no pueda perdurar y crecer y así impedir la risa y el placer, para que la obsesionante memoria no pueda estropear las vidas de

Librodot

los animalitos a quienes ayudó en momentos difíciles y para que, de este modo, todos vuelvan a ser felices.

El Topo se frotó los ojos y observó a la Rata, que miraba, intrigada, a su alrededor.

-Perdona, Rata, ¿qué has dicho? -preguntó.

-Creo que sólo decía-contestó lentamente la Rata-que éste es el lugar donde lo encontraremos, si es que vamos a encontrarlo. ¡Mira! ¡Pero si ahí está el chiquillo! -Y con un grito de alegría corrió hacia el soñoliento Portly.

Pero el Topo se quedó un momento perdido en sus pensamientos, como quien, despertándose bruscamente de un sueño maravilloso, intenta recordarlo y sólo consigue captar un vago sentido de su belleza. ¡Su belleza! Hasta que incluso aquello se desvanece, y el soñador tiene que aceptar amargamente el duro y frío despertar; así que, después de luchar un momento con su memoria, el Topo meneó tristemente la cabeza y siguió a la Rata.

Portly se despertó con un grito de alegría, y se puso a saltar de felicidad a la vista de los amigos de sus padres, que habían jugado tantas veces con él. Sin embargo la alegría desapareció de repente de su cara, y se puso a buscar a su alrededor con un quejido suplicante. Como un niño que se ha quedado dormido en brazos de su niñera, y al despertar se encuentra solo y en un lugar desconocido, y busca en cada rincón y en cada armario, y corre de habitación en habitación, y el desaliento le crece en el corazón; así Portly buscaba y rebuscaba por la isla, obstinado e incansable. Al fin tuvo que darse por vencido, y, sentándose en el suelo, se echó a llorar amargamente.

El Topo corrió a consolar al animalito; pero la Rata, retrasándose, observó con atención e incertidumbre unas profundas huellas de cascos.

-Algún... animal... ha estado aquí -musitó lenta y pensativa. Y se quedó meditando. Algo se agitó en su mente.

-¡Vamos, Rata! -gritó el Topo-. Piensa en la pobre Nutria, que espera angustiada en el vado.

Portly se consoló rápidamente con la promesa de un obsequio: ¡un paseo en la barca de verdad de la señora Rata! Así que los dos amigos lo llevaron a la orilla, lo sentaron entre ellos en el fondo de la barca y se pusieron a remar por el remanso. El sol ya había salido, y empezaba a calentar, los pájaros llenaban el aire con sus cantos, y las flores les sonreían desde las orillas, y sin embargo -o eso les parecía- con menos riqueza y color que las que recordaban haber visto en algún lugar... y no sabían dónde.

Cuando llegaron al cauce principal, subieron corriente arriba hacia el lugar donde sabían que su solitaria amiga estaba vigilando. Al acercarse al conocido vado, el Topo llevó la barca hasta la orilla, sacaron a Portly y lo pusieron de pie en el sendero. Le indicaron el camino que tenía que seguir y, dándole una palmadita en la espalda para despedirse, alejaron la barca de la orilla. Se quedaron mirando al animalito que andaba por el camino, orgulloso y satisfecho. Lo estuvieron vigilando hasta que lo vieron levantar el hocico y apresurar torpemente el paso, dando saltitos de alegría. Un poco más allá vieron a la Nutria, que se levantaba de un salto, desde el hoyo donde había estado esperando con paciencia, y oyeron su grito de sorpresa y alegría mientras saltaba a través de las mimbreras hasta el sendero. Entonces el Topo metió el remo a fondo, giró la barca y dejó que la corriente los llevara río abajo, sin rumbo, ahora que su búsqueda había llegado a un final tan feliz.

-Me siento cansadísimo, Ratita -dijo el Topo, inclinándose sobre los remos mientras dejaba que la barca siguiera su curso-. Quizá sea por haber estado levantados toda la noche, pero no lo creo. Lo hacemos a menudo, en esta época del año. No, me siento como si acabase de vivir un momento emocionante, y que todo acaba de terminar. Y sin embargo, no nos ha sucedido nada de particular.

-O algo sorprendente y maravilloso -susurró la Rata, inclinándose hacia atrás y cerrando los ojos-. Me siento igual que tú, Topo; estoy muerta de cansancio, aunque no tengo el cuerpo

cansado. Menos mal que la corriente sola nos lleva a casa. ¡Qué agradable es sentir de nuevo el sol hasta en los huesos! ¡Y escucha el viento, que juega entre los juncos!

-Es como una música, una música lejana-asintió el Topo soñoliento.

-Eso mismo estaba pensando yo -susurró la Rata-. Música para bailar... un ritmo sin pausa... y además con palabras... se convierte en palabras, y luego otra vez en música... A ratos las oigo claramente... y luego se vuelven a convertir en música para bailar, y luego nada, sólo el suave susurro de los juncos.

-Tienes mejor oído que yo -dijo el Topo con tristeza-; yo no oigo las palabras.

-Yo te las repito-dijo suavemente la Rata, con los ojos aún cerrados-. Ahora vuelven las palabras... lejanas pero claras... *Para que el temor no habite / y convierta tu alegría / en ansiedad, / cuando ayuda necesites / me buscarás, pero luego / olvidarás... Ahora cantan los juncos... olvidarás, olvidarás, suspiran, y todo vuelve a ser un susurro. Entonces vuelve la voz. Para que tu piel no sangre / ni te hiera, el cepo oculto /hago saltar. /Acaso mientras lo suelte /puedas verme, pero luego / olvidarás...,* ¡Más cerca, Topo, acércate a los juncos! Ya casi no se oye, la voz se va atenuando. *Ayudo y cuido al cachorro, / en el bosque lo saludo /y, además, / encuentro al perdido, curo / al herido y hago a todos / olvidar.* ¡Más cerca, Topo, más cerca! No, es inútil; la canción se ha vuelto el susurro de los juncos.

-¿Pero qué quieren decir las palabras? -preguntó asombrado el Topo.

-No tengo ni idea -dijo sencillamente la Rata-. Te las repetí tal y como llegaron hasta mí. ¡Ah! ¡Ya vuelven, y esta vez bien claras! Esta vez son verdaderas, inconfundibles, sencillas... apasionadas... perfectas...

-Entonces, cuéntamelas-dijo el Topo, tras unos minutos de paciente espera y medio adormecido por el calor.

Pero no tuvo respuesta. Miró y comprendió el silencio. Con una gran sonrisa de felicidad y un gesto de atenta escucha la pobre Rata se había quedado profundamente dormida.

CAPÍTULO VIII
Las aventuras del Sapo

Cuando el sapo se encontró encerrado en aquella mazmorra húmeda y malsana, y se dio cuenta de que toda la horrenda oscuridad de la fortaleza medieval lo apartaba del mundo exterior, del sol y de las carreteras donde había encontrado tanta felicidad, retozando como si fuera el dueño de todas las carreteras de Inglaterra, se tiró al suelo y se echó a llorar amargamente, abandonándose a la más negra desesperación.

« ¡Todo se acabó! -se decía-, ¡o al menos se acabó la carrera del Sapo, que al fin y al cabo es lo mismo! ¡El popular y apuesto Sapo, el rico y hospitalario Sapo, el Sapo, tan libre, espontáneo y gallardo! ¿Cómo puedo esperar que me pongan de nuevo en libertad -decía-, cuando me han encarcelado tan justamente por robar un automóvil tan hermoso de un modo tan descarado, y por burlarme y empañar con tanta fantasía e imaginación a todos aquellos policías gordos y colorados? -los sollozos lo ahogaban-. ¡Qué tonto he sido! -decía-. ¡Y ahora, a pudrirme en este torreón, hasta que aquellos que estaban orgullosos de decir que me conocían hayan olvidado el grandioso nombre del Sapo! ¡Oh, querido Tejón! -decía-. ¡Oh, ingeniosa Rata y sensato Topo! ¡Qué conocimiento tan justo tenéis de los hombres y de sus asuntos! ¡Oh pobre y desamparado Sapo! »

Y pasó días y noches durante varias semanas lamentándose de este modo, rechazando comidas y refrigerios, aunque el anciano carcelero, que sabía que los bolsillos del Sapo

estaban llenos, le recordaba que tenía a su alcance muchas comodidades e incluso algunos lujos, a cierto precio, por supuesto.

El carcelero tenía una hija, una muchacha agradable y de buen corazón, que ayudaba a su padre en las tareas más leves. A la chica le encantaban los animales y, además de un canario (cuya jaula colgaba de un clavo en la enorme pared de la cárcel durante todo el día, causando molestia a los prisioneros que gustaban de echarse una siestecita después de comer, jaula que por la noche dejaba sobre una mesa del salón cubierta con un pañito), tenía varios ratoncitos de colores y una ardilla revoltosa. Esta chica de buen corazón, que sentía pena por el pobre Sapo, le dijo un día a su padre:

-¡Padre! ¡No puedo soportar ver a ese pobre animalito tan triste, y cada día más flaco! ¡Déjame cuidarlo! Ya sabes cuánto me gustan los animales. Haré que coma de mi mano, y que se levante, y que haga un montón de cosas.

Su padre le dijo que podía hacer lo que le diera la gana, porque él estaba harto del Sapo y de sus berrinches, de sus aires y de su tacañería. Así que aquel mismo día la chica emprendió su «misión rescate», y llamó a la puerta de la celda del Sapo.

-¡Anímate, Sapo! le dijo en tono persuasivo al entrar-. Siéntate y sécate las lágrimas, y sé un poco sensato. ¿Por qué no intentas comer algo? ¡Mira, te he traído un poco de mi cena, recién salida del horno!

Le traía ropa vieja entre dos platos, y su aroma llenaba la estrecha celda. El penetrante olor del repollo llegó hasta la nariz del Sapo, que yacía en el suelo sumido en su dolor, y por un momento pensó que quizá la vida no fuese tan vacía y desesperada como se había imaginado al principio. Pero siguió lamentándose y pataleando, y rechazó todo consuelo. Así que la prudente niña se retiró de momento. Pero, por supuesto, el olor del repollo caliente se quedó atrás, como sucede de costumbre, y el Sapo, entre sollozos, se sorbía los mocos y meditaba, y poco a poco se le ocurrieron algunos pensamientos alentadores de caballerosidad, de poesía y de hazañas que aún le quedaban por hacer, de amplias praderas donde pacen los ganados, bajo el sol y el viento; de huertos, de hierbas aromáticas, de cálidas bocas de dragón acosadas por las abejas; y del reconfortante tintineo de los platos sobre la mesa de la Mansión del Sapo; y del ruido de las sillas que se arrastran cuando cada uno se sienta en su sitio. El aire de la estrecha celda parecía rosado; el Sapo empezó a pensar en sus amigos, que seguramente podían ayudarlo, y en abogados a los que les habría encantado llevar su caso. ¡Qué tonto había sido de no ponerse en contacto con alguno de ellos! Y, para terminar, pensó en lo inteligente e ingenioso que él era, y en todo lo que podía hacer si se empeñara; y casi se curó del todo.

Cuando unas horas más tarde regresó la chica, traía una bandeja con una taza de oloroso y humeante té, y un plato lleno de tostadas con mantequilla muy calientes, bien gordas y bien hechas por ambos lados, y las gotas de mantequilla se escurrían por los agujeros del pan, como la miel se escurre del panal. El olor de las tostadas con mantequilla le hablaba al Sapo con una voz bien clara; le hablaba de las cocinas cálidas, de los desayunos en las mañanas claras y frías, del fuego acogedor de la chimenea del salón en las noches de invierno cuando, cansado de caminar, uno se ponía las zapatillas y apoyaba los pies en el guardafuegos; le hablaba del ronroneo de los gatos satisfechos y del gorjeo de los canarios soñolientos. El Sapo se enderezó de nuevo, se secó las lágrimas, sorbió el té y se comió las tostadas, y muy pronto empezó a hablar de sí mismo, y de su casa, y de sus asuntos, y de lo importante que era, y de cuánto lo admiraban la mayoría de sus amigos.

La hija del carcelero se dio cuenta de que hablar de aquellas cosas le hacía tanto bien al Sapo como el mismo té, y lo animó a seguir hablando:

-¡Cuéntame cómo es la Mansión del Sapo! -le preguntó-. ¡Debe de ser preciosa!

-La Mansión del Sapo -dijo el otro con orgullo- es una residencia atractiva, propia para un caballero, independiente, muy especial; parte de ella es del siglo XIV, pero con todas las

comodidades modernas. Instalaciones sanitarias al día. A cinco minutos de la iglesia, de correos y de los campos de golf. Apropiada para...

-¡Eh! ¡Chico! -dijo la niña, riéndose-. No pienso comprármela. Cuéntame cosas de la casa. Pero, primero, espera que te traiga más té y tostadas.

Salió un momento, y pronto volvió con otra bandeja. El Sapo, que se sentía más animado, se las comió con ganas, mientras le hablaba del embarcadero, del estanque y del huerto; le habló de las pocilgas, de los establos, del palomar y del gallinero; y de la granja, de la lavandería, de los aparadores llenos de porcelanas, del cuarto de la plancha (eso a ella le gustó mucho) y del salón de banquetes, y de lo bien que se lo pasaban cuando todos los animales se reunían alrededor de la mesa, y el Sapo estaba en su mejor momento, y cantaba canciones, contaba chistes, y llevaba las riendas de todo. Luego la niña le pidió que le hablase de sus amigos animales, y le interesó mucho todo lo que él le contó de su manera de vivir y de pasar el tiempo. Por supuesto, no le dijo que a ella le gustaban los animales domésticos, pues se dio cuenta de que aquello ofendería al Sapo. Cuando por fin la chica se retiró, después de llenarle la jarra del agua y de sacudir un poco la paja, el Sapo era de nuevo el animal optimista y satisfecho que había sido siempre. Cantó un par de canciones, de aquellas que solía cantar durante los banquetes, se acurrucó en la paja y durmió como un lirón, gozando de los más felices sueños.

Además de ésta, tuvieron muchas otras conversaciones interesantes, y así se fueron pasando los tristes días. A la hija del carcelero le daba mucha pena el Sapo, y le parecía una injusticia que un pobre animalito estuviese en la cárcel por haber cometido una ofensa tan poco importante. Por supuesto, el Sapo, que era tan vanidoso, pensaba que el interés que la chica mostraba por él era señal de una creciente ternura, y lamentaba que el abismo social entre ellos fuera tan grande, ya que ella era una linda muchacha y obviamente lo admiraba mucho.

Una mañana la chica estaba muy pensativa, y contestaba distraída, y al Sapo le pareció que no prestaba bastante atención a sus graciosas palabras e ingeniosos comentarios. Por fin la muchacha le dijo:

-Sapo, escúchame, por favor. Tengo una tía que es lavandera.

-Bueno, qué se le va a hacer-le contestó condescendiente el Sapo-. No pienses más en ello. Yo tengo algunas tías que deberían de ser lavanderas.

-Cállate un momento, Sapo -dijo la niña-. Tu peor defecto es que hablas demasiado. Estoy intentando pensar y me estás levantando dolor de cabeza. Como te iba diciendo tengo una tía que es lavandera. Ella es la que lava la ropa de los prisioneros... Tratamos de que todos los negocios del castillo se queden en familia, ¿entiendes? Recoge la ropa sucia el lunes por la mañana y la trae limpia el viernes por la tarde. Hoy es jueves. Se me ha ocurrido una idea: tú eres muy rico..., por lo menos, eso es lo que me cuentas siempre..., y ella es muy pobre. Un par de libras no te suponen ninguna diferencia, pero a ella sí. A mí me parece que, si se le hace una buena oferta, un soborno, creo que es la palabra que usáis los animales, podrías llegar a un acuerdo para que ella te deje su ropa y su cofa, y te podrías escapar del castillo vestido de lavandera oficial. Al fin y al cabo, os parecéis mucho..., tenéis el mismo tipo.

-Lo dudo mucho-dijo el Sapo ofendido-. Yo tengo muy buen tipo, teniendo en cuenta lo que soy.

-Mi tía también -contestó la niña-, teniendo en cuenta lo que es. Pero haz lo que quieras. Eres un animal horrible, vanidoso y desagradecido. ¡Yo sólo quería ayudarte porque me dabas pena!

-Sí, sí, claro. Muchas gracias -dijo el Sapo apresuradamente-. ¡Pero escucha! ¡No supondrás que el señor Sapo, de la Mansión del Sapo, salga vestido de lavandera!

-¡Entonces el señor Sapo se puede quedar aquí! -dijo enfadada la niña-. ¡Me supongo que querrás marcharte en carroza!

El honrado Sapo estaba siempre dispuesto a reconocer sus errores.

-Eres una chica buena e inteligente -le dijo-, y yo, un Sapo vanidoso y estúpido. Si eres tan amable, preséntame a tu tía, y estoy seguro de que la excelente dama y yo llegaremos a un acuerdo.

A la tarde siguiente la muchacha introdujo en la celda del Sapo a su tía, que traía la ropa limpia del Sapo envuelta en una toalla. La anciana estaba preparada de antemano para la visita, y los soberanos de oro que el Sapo había dejado encima de la mesa bien a la vista dejaron poco lugar a discusiones. A cambio de aquellas monedas, el Sapo recibió un vestido de algodón estampado, un delantal, un chal y una vieja cofia negra; la única condición que puso la anciana fue que la dejasen maniatada y amordazada en un rincón. Les explicó que de esta manera, y con un poco de imaginación, esperaba que no la despidiesen, a pesar de las apariencias sospechosas de aquella situación.

Al Sapo le encantó la idea, ya que esto le proporcionaría la ocasión de escaparse con cierto estilo, y así mantendría su fama de ser un tipo peligroso. De modo que ayudó a la hija del carcelero para que la tía apareciera como víctima de unas circunstancias fuera de su control.

-Ahora te toca a ti, Sapo -dijo la niña-. Quítate la chaqueta y el chaleco; ya estás bastante gordo.

Y muerta de risa, le abrochó el vestido de algodón estampado, le arregló lo mejor que pudo el chal, y le ató la vieja cofa a la cabeza.

-Eres su vivo retrato -le dijo con una sonrisa-, y estoy segura de que nunca has estado más elegante. Y ahora, adiós, Sapo, y buena suerte. Regresa por el mismo camino por donde viniste; y si alguien se mete contigo, y es probable que lo hagan, pues son hombres, puedes contestarles cualquier cosa, pero recuerda que eres una viuda sola en el mundo, y que tienes que salvar tu reputación.

Con el corazón tembloroso y el paso tan firme como le era posible, el Sapo emprendió cauteloso lo que para él era una aventura peligrosísima. Pero pronto se dio cuenta de lo fácil que era todo, y se sintió un poco humillado al pensar que aquella popularidad, sin duda debida a su feminidad, pertenecía a otra persona. La forma achaparrada de la lavandera y el conocido vestido de algodón estampado eran un pasaporte que franqueaba todas las puertas y verjas cerradas. Incluso cuando se paró para pensar de qué lado tenía que ir, un guarda le sacó de dudas, llamándole para que se marchara pronto y que él pudiera irse a cenar. Las bromas y los graciosos comentarios, a los cuales tenía que encontrar una respuesta rápida y eficaz, eran sin duda el mayor peligro, ya que el Sapo tenía un gran sentido de la dignidad, y las bromas y comentarios eran demasiado ingenuos y torpes para su gusto, y no les veía la gracia. Sin embargo se aguantó como pudo el mal genio, adaptó las respuestas al supuesto carácter de sus interlocutores, e hizo lo que pudo para no sobrepasar los límites del buen gusto.

Le pareció que había tardado horas en llegar a la última puerta, y rechazó la insistente invitación del último cuarto de guardias, y esquivó los brazos abiertos del último centinela, que con simulada pasión le rogaba un abrazo de despedida. Por fin oyó tras él el postigo de la puerta principal, y sintió sobre su preocupada frente el aire fresco del mundo exterior. ¡Era libre!

Aturdido por el fácil éxito de su valiente hazaña, apresuró el paso hacia las luces del pueblo, sin tener ni idea de lo que le convenía hacer. Sólo estaba seguro de una cosa: que tenía que alejarse lo más pronto posible de aquel lugar donde la señora que él tenía que imitar era tan popular y conocida.

Mientras caminaba meditando, unas luces rojas y verdes a lo lejos, a un lado del pueblo, le llamaron la atención, y pudo oír los bufidos y resoplidos de las locomotoras y el ruido de las maniobras de unos vagones de mercancías.

« ¡Ajá! -pensó-. ¡Qué suerte tengo! Lo que mejor me viene en este momento es una estación de ferrocarril; y además no necesito atravesar el pueblo para llegar hasta ella. No puedo so

portar la humillación de ir vestido de mujer. Puede que sea muy eficaz, pero es un insulto a mi dignidad.»

Así que se dirigió hacia la estación, consultó el horario y vio que un tren con destino más o menos en dirección de su casa salía en media hora.

-¡Más suerte aún!- exclamó el Sapo de buen humor. Y se dirigió a la taquilla para sacar el billete.

Dio el nombre de la estación más cercana al pueblo donde se encontraba la Mansión del Sapo, y metió la mano en donde tendría que haber estado el bolsillo de su chaleco para buscar el dinero. Pero sólo encontró el vestido de algodón, que tan bien le había servido hasta aquel momento y que casi había olvidado. Como en una pesadilla luchó con aquella cosa extraña que parecía sujetarle las manos, anular todos sus esfuerzos y reírse de él todo el rato. Pero los demás viajeros que hacían cola se impacientaban, y hacían sugerencias de más o menos valor y comentarios más o menos oportunos. Por fin y sin saber cómo consiguió derribar las barreras, alcanzar la meta y llegar al punto en que siempre se han colocado los bolsillos de todos los chalecos. Y se dio cuenta de que no había ni dinero, ni bolsillo, ni chaleco.

Recordó con horror que había dejado su chaqueta y su chaleco en la celda, y por supuesto su agenda, el dinero, las llaves, el reloj, las cerillas, el estuche de lápices..., todo aquello que hace que la vida merezca la pena de ser vivida. todo lo que distingue un animal de varios bolsillos (el señor de la creación) de un bicho inferior con un bolsillo, o con ninguno, que camina como puede a saltitos o a tropezones, mal dotado para enfrentarse con la vida.

A pesar de su angustia intentó salir de apuros y, recobrado su refinado estilo de siempre (una mezcla de Caballero v Catedrático), dijo:

-¡Escuche! Me he olvidado el monedero. Déme el billete, por favor, y mañana mismo le envío el dinero. Me conocen bien por estos lugares.

El empleado miró fijamente, con aquel gorrito negro y deslucido, y luego se echó a reír.

-¡Ya me imagino lo conocida que es usted, si ha intentado este truco a menudo! -le dijo-. Así que, por favor, apártese de la ventanilla, señora. ¡Está usted estorbando a los otros viajeros!

Un anciano caballero que la había estado dando codazos en la espalda durante un buen rato empujó a un lado, y para colmo le llamó «buena mujer», lo cual ofendió al Sapo más que cualquiera de las cosas que le habían ocurrido aquella tarde.

Desconcertado y desesperado, el Sapo caminó ciegamente por el andén donde estaba parado el tren, mientras unas lagrimitas le cosquilleaban a cada lado de la nariz. Pensó en lo duro que era estar tan cerca de su hogar, y que sin embargo le impidiera llegar a él la pedante desconfianza de unos empleados, y todo por no tener unos condenados chelines.

Muy pronto descubrirían su fuga, saldrían en su busca, lo volverían a detener y, cargado de cadenas, lo arrastrarían de nuevo hasta la cárcel, dejándolo allí a pan y agua, sobre la paja; doblarían la guardia y el castigo, y ¡ay, cómo se burlaría de él la niña! ¿Qué podía hacer? No era muy ágil de piernas y su tipo por desgracia era fácil de reconocer. ¿Quizá podría esconderse debajo de uno de los asientos? Lo había visto hacer en ocasiones a algunos colegiales, cuando se habían gastado el dinero que sus padres les habían dado para el billete. Mientras iba pensando todo esto, se encontró delante de la locomotora, que su afectuoso con-

ductor, un hombretón que sujetaba en una mano una lata de aceite y en la otra unos trapos, estaba aceitando y limpiando.

-¡Qué hay, abuela! -dijo el maquinista-. ¿Qué te pasa? No pareces muy contenta.

-¡Ay, señor! -se lamentó el Sapo, poniéndose de nuevo a llorar-. Soy una pobre y desgraciada lavandera, y he perdido todo mi dinero, y no puedo pagar el billete de tren: ¡y tengo que regresar a casa esta noche, y no sé qué hacer! ¡Ay de mí, ay de mí!

-¡Qué mala suerte! -dijo pensativo el maquinista-. Has perdido todo tu dinero... y no puedes regresar a casa... y me supongo que tienes hijitos que te esperan en casa.

-¡Un montón de ellos! -sollozó el Sapo-. ¡Y estarán hambrientos... y jugando con cerillas... y volcando las lámparas, pobres chiquillos... Y estarán peleando, y todo eso... ¡Ay de mí!

-Mira, te diré lo que voy a hacer -dijo el bueno del maquinista-. Dices que eres lavandera, ¿verdad? Fenómeno. Y yo soy maquinista, como te habrás dado cuenta. Y de verdad que es un trabajo sucísimo. Mancho muchas camisas, y mi mujer está más que harta de tener que lavarlas. Si lavas algunas de las camisas cuando llegues a tu casa, y luego me las mandas, te llevaré en mi locomotora. Va contra las normas de la Compañía, pero, en lugares tan remotos como éste, no somos tan exigentes.

La tristeza del Sapo se cambió en éxtasis mientras se subía a toda prisa a la locomotora. Por supuesto que nunca en su vida había lavado una camisa, ni sabía cómo hacerlo. Pero de todas formas tampoco pensaba intentarlo. Sin embargo pensó: «Cuando llegue a la Mansión del Sapo, y vuelva a tener dinero y unos bolsillos para guardarlo, le mandaré al maquinista lo suficiente para pagar todos los lavados que quiera, y será lo mismo, o incluso mejor».

El guarda agitó el banderín, el maquinista le contestó con un alegre silbido, y el tren se puso en marcha. A medida que aumentaba la velocidad, el Sapo podía ver a ambos lados campos de verdad, árboles, setos vivos, vacas, caballos, que pasaban volando. Y a cada minuto que pasaba él se sentía más cerca de la Mansión del Sapo, de sus amigos que lo entendían, del dinero que tintineaba en el fondo del bolsillo, y de una cama blanda, de la buena comida, de la admiración de sus amigos cuando les contase sus aventuras y lo listo que había sido. Así que se puso a dar saltos y a gritar, y a cantar, lo cual sorprendió mucho al maquinista, que había conocido a algunas lavanderas, pero ninguna como aquélla.

Habían ya recorrido varias millas, y el Sapo estaba pensando en la cena que se iba a preparar, cuando se fijó en el maquinista, que estaba inclinado a un lado de la locomotora y escuchaba atento con una expresión de inquietud en el rostro. Lo vio trepar sobre el carbón, y mirar por encima del tren. Luego se volvió hacia el Sapo y le dijo:

-¡Qué raro! Este es el último tren que va en esta dirección esta noche. ¡Y, sin embargo, juraría que nos sigue otro tren! El Sapo dejó de hacer tonterías. Se puso serio y deprimido. Le dolía la espalda y las piernas, y tuvo que sentarse, intentando no pensar en lo que podía suceder.

Para entonces la luna brillaba clara y el maquinista, subido en lo alto del carbón, podía divisar todo lo que sucedía hasta una buena distancia. De pronto gritó:

-¡Ahora se ve muy bien! ¡Hay una locomotora en nuestra vía, y se acerca a gran velocidad! ¡Parece que nos persiguen! El pobre Sapo, agazapado sobre el polvillo del carbón, intentaba ansiosamente encontrar una solución.

-¡Nos van a alcanzar! -gritó el maquinista- ¡Y la máquina va cargada de gente rarísima! Viejos centinelas con alabardas, policías con cascos y porras, y unos hombres muy mal vestidos, que sin duda son detectives de paisano, con pistolas y bastones; y todos hacen señales y gritan: ¡Alto! ¡Alto!

Entonces el Sapo cayó de rodillas entre el carbón y, con las manos juntas, le suplicó:

-¡Por favor, sálveme, querido y bondadoso señor maquinista, y le confesaré todo! ¡No soy una lavandera! ¡Ni tengo hijitos que me esperan en casa! Soy un Sapo..., el conocido y

popular señor Sapo, propietario de una Mansión. Gracias a mi inteligencia y valentía, me acabo de escapar de un horrible calabozo donde me habían encerrado mis enemigos. Y si los hombres de aquella locomotora me alcanzan, me atarán con cadenas y pondrán al pobre, desdichado e inocente Sapo a pan y agua y tristeza.

El maquinista lo miró muy serio y le preguntó:

-Dime la verdad, ¿por qué te metieron en la cárcel?

-Por muy poca cosa -dijo el pobre Sapo poniéndose rojo como un tomate-. Tomé prestado un automóvil mientras los dueños estaban comiendo; total, ellos no lo necesitaban en aquel momento. No era mi intención robarlo, se lo aseguro; pero ya sabe como es la gente, sobre todo los jueces. ¡Se lo toman todo tan a pecho!

El maquinista lo miró muy enfadado y le dijo:

-Has sido un Sapo muy malo, y sería mi deber entregarte a la justicia. Pero veo que estás muy angustiado, así que no te abandonaré. Además, no me gustan los automóviles. Y menos aún que unos policías me den órdenes cuando estoy en mi locomotora. Y ver llorar a un animal me ablanda el corazón. ¡Así que alégrate, Sapo! ¡Haré lo que pueda, y los venceremos!

Amontonaron el carbón lo más rápido que pudieron; el horno rugía y hacía saltar chispas, pero sus perseguidores ganaban terreno. El maquinista suspiró y, limpiándose el sudor de la frente, dijo:

-Esto es inútil, Sapo. Ellos no tienen vagones, y tienen una locomotora mejor. Sólo nos queda una solución, y es tu única oportunidad, así que presta atención a lo que te voy a decir. Un poco más adelante hay un túnel muy largo, y del otro lado hay un bosque espeso. Yo iré a toda velocidad por el túnel, pero ellos frenarán un poco, para evitar un posible accidente. Cuando salgamos del túnel, cerraré el vapor y frenaré lo más rápido que pueda. Salta en cuanto puedas y escóndete en el bosque, antes de que los otros salgan del túnel y te vean. Entonces aceleraré de nuevo, y me pueden perseguir a mí si les da la gana, hasta que se harten. ¡Y ahora prepárate para saltar cuando yo te avise!

Amontonaron más carbón, y el tren se metió a toda velocidad en el túnel, y el motor rugió y bramó y resopló y salieron del túnel a toda prisa, al aire fresco y a la paz de la luz de la luna, y vieron el bosque oscuro y acogedor a ambos lados de las vías. El maquinista cerró el vapor y metió el freno, el Sapo se colocó en el escalón y, cuando la velocidad del tren hubo disminuido lo suficiente, oyó al maquinista gritar: ¡Ahora! ¡Salta!

El Sapo saltó, dio una voltereta por la ladera y, levantándose sano y salvo, se adentró en el bosque y se escondió.

Asomó la nariz y vio que el tren aceleraba de nuevo y desaparecía a toda velocidad. Entonces por la boca del túnel apareció la otra locomotora, rugiendo y silbando, con su abigarrada tripulación, que agitaba sus armas y gritaba: ¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!

Cuando por fin desaparecieron, el Sapo soltó una carcajada... por primera vez desde que lo metieron en la cárcel.

Pero pronto dejó de reírse cuando se puso a pensar que era muy tarde, y todo estaba muy oscuro, y hacía frío, y estaba en un bosque desconocido, sin dinero y sin esperanza de poder cenar, aún demasiado lejos de amigos y de casa. Le chocó el silencio absoluto que lo rodeaba, después del traqueteo del tren. No se atrevía a dejar el refugio de los árboles, así que se internó en el bosque, esperando alejarse lo antes posible de la vía del tren.

Después de tantas semanas de encierro, el Sapo encontraba el bosque extraño, poco amable y algo burlón. El traqueteo mecánico de las chotacabras le hacían pensar que el bosque estaba lleno de carceleros que lo buscaban y lo rodeaban. Una lechuza arremetió contra él sin hacer ruido, y le rozó el hombro con un ala. Horrorizado, el Sapo pegó un brinco, creyendo que era una mano. Entonces la lechuza se alejó volando y riéndose: ¡hu, hu,

hu!, y el Sapo pensó que aquello era una broma de muy mal gusto. Más tarde encontró un zorro, que se detuvo y, mirándolo de arriba a abajo con los ojos burlones, le dijo:

-¡Hola, lavandera! Esta semana me falta un calcetín y una funda de almohada. ¡Procura que no vuelva a ocurrir!

Y luego se marchó riéndose. El Sapo buscó una piedra para tirársela, pero no encontró ninguna, y esto lo irritó. Pero estaba tan cansado, tan hambriento y tenía tanto frío, que buscó un tronco hueco, se hizo una cama con ramitas y hojas secas, y se quedó profundamente dormido hasta el amanecer.

CAPÍTULO IX
Caminantes todos

La rata de agua estaba inquieta y no sabía muy bien por qué. Al parecer, el verano estaba en su apogeo. En los campos cultivados el verde se había vuelto oro, los serbales enrojecían, y los bosques se iban tiñendo a brochazos de un dorado rojizo; y sin embargo ni la luz, ni el color, ni el aire templado parecían perder fuerza. El coro que se había dejado oír sin interrupción en los huertos y en los setos vivos había disminuido, pero todavía se oían los trinos vespertinos de algunos incansables intérpretes. De nuevo el petirrojo comenzaba a dominar, y había en el aire una sensación de cambio y despedidas. Por supuesto, hacía ya tiempo que el cuclillo no cantaba. Muchos otros amigos que durante meses habían formado parte del conocido paisaje también se habían marchado, y parecía que cada día faltaban más. La Rata, siempre atenta a los movimientos de alas, se dio cuenta de que, con los días, todas empezaban a tomar la dirección del sur. Y hasta de noche, cuando estaba acostada, le parecía oír en el cielo oscuro el batir de alas de las aves impacientes que obedecían a la imperiosa llamada.

El Gran Hotel de la Naturaleza tiene, como todos, su temporada. Uno por uno los huéspedes hacen el equipaje, pagan y se marchan, y las plazas de la table d´ hôte disminuyen penosamente a cada comida. Se cierran las habitaciones, se guardan las alfombras, se despide a los camareros. En cuanto a aquellos que se quedan, en pensión, hasta la próxima temporada, se sienten sin duda afectados por tanto preparativo y tantas despedidas, por las discusiones de los planes de futuras rutas, de nuevos alojamientos, por las despedidas de tantos amigos. Uno se siente inquieto, deprimido, fácilmente irritable. ¿Por qué tanto anhelo por cambiar? ¿Por qué no permanecer aquí tranquilamente, como nosotros, y ser felices? No conocéis este hotel fuera de temporada, y lo bien que nos lo pasamos los que nos quedamos todo el año. Y ellos contestan. «Tenéis razón, y la verdad es que nos dais envidia..., quizá para otro año..., pero tenemos otros planes..., y además el autobús nos está esperando..., ¡ha llegado la hora de irnos!» Y así se marchan, con una sonrisa y un gesto de la cabeza, y los echamos de menos, y nos sentimos ofendidos. La Rata era un animal independiente, arraigada a la tierra y, aunque otros se fueran, ella se quedaba. Y sin embargo no podía dejar de sentir lo que había en el aire, y aquella sensación le llegaba al alma.

Con tanto barullo alrededor era difícil ponerse a hacer nada en serio. Se alejó de la orilla, donde los juncos se erguían altos y gruesos en unas aguas cada vez más escasas, se adentró en el campo, atravesó un par de prados que ya estaban secos y polvorientos, y se abrió paso por el reino de los trigos rubios y ondulantes, con un movimiento hecho de susurros. A la Rata le encantaba pasear por allí, por aquel bosque de largos tallos que meneaban por encima de su cabeza su propio cielo dorado..., un cielo que nunca cesaba de bailar, de estremecerse y hablar suavemente. Aquellos tallos que se doblaban con el viento y se enderezaban de golpe

con una alegre risa. Aquí también tenía muchos amiguitos, toda una sociedad que llevaba una vida plena y ocupada, pero que siempre encontraban un momento para cuchichear y charlar con alguna visita. Hoy, sin embargo, aunque muy corteses, los ratoncitos de campo parecían preocupados. Algunos escarbaban y hacían túneles; otros, reunidos en grupos, consultaban planos y estudios de pequeños apartamentos, de buen diseño y excelente situación cerca de los Almacenes. Algunos sacaban baúles polvorientos y canastos de ropa, otros tenían el equipaje a medio hacer; y por todas partes había fardos de trigo, avena, cebada, hayucos y nueces, listos para la mudanza.

-¡Mirad, pero si es la Ratita! -gritaron en cuanto la vieron-. ¿Por qué no nos echas una mano, Ratita, en vez de quedarte ahí parada?

-¿Pero a qué jugáis? -preguntó muy seria la Rata de Agua-. ¡Aún no es hora de pensar en los preparativos para el invierno!

-Ya lo sabemos -dijo un ratoncito de campo algo avergonzado-, pero siempre es mejor hacerlo con tiempo, ¿no te parece? Más nos vale sacar de aquí todos los muebles, equipaje y provisiones antes de que esas horribles máquinas empiecen a chirriar por el campo. Y además, ya sabes, hoy en día los mejores pisos desaparecen enseguida y, como llegues tarde, te tienes que aguantar con cualquier cosa; y necesitan tantos arreglos antes de que puedas vivir en ellos. Por supuesto que es demasiado pronto, pero sólo acabamos de empezar...

-¡Al diablo con vuestros preparativos! -dijo la Rata-. Hace un día precioso, ¿por qué no venís a dar una vuelta en barca, o un paseo por la orilla, o a merendar en el bosque?

-Muchas gracias, pero hoy no -contestó apresurado el ratoncito de campo- y mirase dónde pone los pies, no se haría más tiempo...

La Rata, con un gruñido de desprecio, se dio la vuelta para marcharse, tropezó con una sombrerera y se cayó, haciendo comentarios irrespetuosos.

-Si la gente fuera más cuidadosa -dijo con frialdad un ratoncito de campo- y mirase dónde pone los pies, no se haría daño... y cuidarían más su vocabulario. ¡Cuidado con ese neceser, Rata! ¿Por qué no te sientas en algún sitio y te estás quieta? Dentro de un par de horas quizá tengamos un poco de tiempo libre para ocuparnos de ti.

-No tendréis ni un momento «libre», como decís, hasta después de las Navidades, ya lo veo -contestó malhumorada la Rata, mientras se alejaba.

Regresó algo abatida al río, a su fiel y constante viejo río, que nunca tenía que hacer las maletas, ni marcharse, ni mudarse de casa en invierno.

En las mimbreras que bordeaban la orilla vio a una golondrina que descansaba. Pronto llegó otra, y luego una tercera. Y los pájaros, inquietos en su rama, hablaban en voz bajita de cosas muy serias.

-¿Pero ya?-dijo la Rata, acercándose a ellas-. ¿Por qué tanta prisa? ¡Qué tontería!

-Si aún no nos vamos, si es a eso a lo que te refieres -contestó la primera golondrina-. Sólo estamos haciendo planes y organizando las cosas. Ya sabes, discutimos la ruta que vamos a tomar este año, y dónde vamos, y todo. ¡Eso es lo más divertido!

-¿Divertido? -dijo la Rata-. La verdad, no os entiendo. Si os tenéis que marchar de un lugar tan hermoso, dejar a vuestros amigos que os echarán de menos, y los nidos tan cómodos que acabáis de haceros, ya sé que cuando llegue la hora os marcharéis con valentía, y haréis frente a los problemas e incomodidades del cambio, disimulando como podáis el hecho de que allí sois muy infelices. Pero no entiendo cómo os empeñáis en hablar del tema, ni siquiera en pensar en ello, hasta que no sea absolutamente necesario...

-No, tú no entiendes nada -dijo la segunda golondrina-. Primero sentimos una dulce inquietud dentro de nosotras; luego llegan uno a uno todos los recuerdos, como palomas mensajeras. Revolotean en nuestros sueños de noche, y vuelan con nosotras durante el día. Nos encanta comparar con nuestras compañeras cada detalle para asegurarnos de que todo es

Librodot

cierto, los perfumes, los sonidos y los nombres de lugares que olvidamos hace tiempo y que regresan para llamarnos.

-¿Por qué no os quedáis sólo este año? -sugirió ilusionada la Rata de Agua-. Haremos todo lo que podamos para que os sintáis cómodas. No os podéis imaginar lo bien que nos lo pasamos aquí mientras vosotras estáis lejos.

-Un año traté de «quedarme» -dijo la tercera golondrina-. Me había encariñado tanto con este lugar que, al llegar la hora, me quedé atrás y dejé que las otras se marcharan sin mí. Las primeras semanas todo iba muy bien. Pero después... ¡Ay qué largas se me hicieron las noches! ¡Qué días tan fríos, sin sol! ¡Y el aire tan helado, y ni un solo insecto para comer! No; era inútil. Me desanimé, y una fría noche de tormenta alcé el vuelo y me fui tierra adentro, por temor a los fuertes vientos del este. Cuando pasé por los desfiladeros de las montañas, estaba nevando con fuerza, y me costó mucho trabajo conseguirlo, ¡pero nunca olvidaré la sensación del sol, que me calentaba la espalda, mientras bajaba hacia los lagos tan azules y tranquilos, ni el sabor del primer insecto gordo! El pasado era como una pesadilla; el futuro eran unas felices vacaciones mientras avanzaba hacia el sur, semana a semana, sin prisas, y deteniéndome cuando me apetecía, pero siempre en pos de aquella llamada. No, aquello me sirvió de lección, y nunca más se me ocurrirá desobedecer.

-¡Ay, sí, la llamada del Sur, del Sur! -gorjearon las otras dos como en sueños- ¡Las canciones, los colores, el aire tibio! Os acordáis...

Y olvidándose de la Rata, se pusieron a comentar entusiasmadas sus recuerdos, mientras ella escuchaba fascinada, y el corazón le ardía. La Rata sabía que dentro de ella por fin vibraba también aquel acorde hasta entonces silencioso e insospechado. La charla de aquellos pajaritos tan arraigados al Sur tenía el poder de despertar en ella un sentimiento nuevo y descontrolado que la hacía vibrar de pies a cabeza. ¿Qué sensación despertaría en ella un corto y apasionado abrazo del verdadero sol del Sur, una ráfaga del auténtico olor? Cerró los ojos un momento y se dejó llevar por su imaginación, y cuando los abrió el río le pareció helado y metálico, y los campos grises y oscuros.

Entonces su leal corazón le reprochó aquella pequeña traición.

-¿Entonces por qué regresáis aquí? -preguntó molesta a las golondrinas-. ¿Qué es lo que os atrae en este triste y pequeño país?

-¿Es que crees que no sentimos también la otra llamada en su debido momento? -le preguntó la primera golondrina-. ¿La llamada de los verdes prados, de los húmedos huertos, de los tibios estanques poblados de insectos, de los ganados en los pastos, de la recolección del heno, de los edificios de las granjas apiñadas alrededor de la Casa de los Perfectos Aleros?

-¿Piensas que eres el único animal que ansiosamente anhela oír de nuevo las notas del cuclillo? -le preguntó la segunda golondrina.

Y la tercera añadió:

-Nosotras también, a su debido tiempo, echaremos de menos los nenúfares que flotan en la superficie de cualquier río inglés. Pero hoy todo ello nos parece pálido y débil y muy lejano. Ahora mismo nuestra sangre baila al ritmo de otra música.

Y empezaron otra vez a charlar entre ellas, y esta vez era la cháchara embriagadora que hablaba de mares violetas, de arenas leonadas y muros llenos de lagartijas.

La Rata, inquieta, se alejó una vez más, y subió por la ladera norte del río, desde donde se podían ver los Montes que tapaban la vista hacia el sur..., aquél era su horizonte, sus Montañas de la Luna, su límite, y no le importaba lo que hubiese más allá. Pero hoy, mientras miraba hacia el sur, un nuevo deseo le pesaba en el corazón. El cielo claro sobre el largo perfil de los montes vibraba de promesas. Hoy, lo invisible tenía la máxima importancia, y lo desconocido era la única verdad de la vida. A este lado de los montes ya nada importaba, y al otro lado estaban los coloridos paisajes que su mente podía ver con tanta claridad. ¡Qué

mares tan verdes y encrespados se extendían más allá! ¡Qué costas soleadas, con sus casitas blancas v sus bosques de olivos! ¡Qué puertos tan tranquilos, llenos de ele-gantes barcos con destino a islas de color púrpura de vinos y especias, islas de aguas tranquilas!

Se levantó y regresó hacia el río. Luego cambió de rumbo y se dirigió hacia el camino polvoriento. Allí tumbada, casi enterrada en la densa y fresca maraña del seto que lo bordeaba, se puso a pensar en la carretera, y en el mundo maravilloso al que conducía; y en todos los caminantes que por allí habían pasado, y en las aventuras y fortunas que habrían buscado, o incluso que habían encontrado sin buscarlas... ¡allá, a lo lejos... a lo lejos...!

Llegó hasta sus oídos un sonido de pasos, y apareció un animal que parecía cansado. Pronto se dio cuenta de que era una Rata un tanto polvorienta. Al llegar junto a ella, la viajera le saludó con un ademán que tenía un cierto aire extranjero, vaciló un momento, y, sonriendo amablemente, fue a sentarse en la hierba junto a ella. Parecía cansada, y la Rata la dejó descansar sin hacerle preguntas, pues había entendido lo que en aquel momento pasaba por su mente. Conocía también el valor que los animales dan a veces al silencio compartido, cuando uno permite que los músculos se relajen y la mente deja pasar el tiempo.

La viajera era flaca, de rasgos afilados y con los hombros un poco encorvados. Tenía las patas largas y delgadas, pronunciadas arrugas alrededor de los ojos, y unos aritos de oro en sus bonitas orejas. Llevaba puesto un jersey de lana azul descolorido, igual que los pantalones, que estaban bastante sucios y llenos de remiendos, y sus escasas propiedades iban envueltas en un pañuelo de algodón azul.

Cuando hubo descansado un buen rato, la viajera suspiró, husmeó el aire y miró a su alrededor.

-Aquel olorcito en la brisa cálida era trébol -comentó-, y lo que se oye detrás de nosotras son las vacas que pacen y resoplan suavemente entre bocado y bocado. A lo lejos se oyen los segadores, y más allá, junto al bosque, se levanta el humo azul de las casas. El río no puede estar lejos, porque oigo el grito de una polla de agua. Y por tu tipo veo que eres marinero de agua dulce. Todo parece dormir, y sin embargo todo sigue su curso sin parar. ¡Llevas una buena vida, amigo, sin duda la mejor vida del mundo, siempre que seas bastante fuerte para ella!

-Sí, es la vida, la única vida que se puede vivir- contestó como en sueños la Rata de Agua, sin su característica convicción.

-Yo no dije eso -le contestó la forastera-, pero sin duda es la mejor. Lo sé porque la he probado. Y porque la he probado durante seis meses, y sé que es la mejor, aquí me tienes, hambrienta y con los pies doloridos, alejándome de ella, alejándome hacia el Sur, siguiendo la antigua llamada hacia la vida pasada, hacia mi vida, que no me dejará escapar.

«Así que ésta también...», pensó la Rata, y luego le preguntó:

-¿Y ahora de dónde vienes?

Apenas se atrevía a preguntarle hacia dónde iba; parecía conocer demasiado bien la respuesta.

-De una bonita granja -contestó la viajera-. Por allí arriba. -Y señaló hacia el Norte-. Pero no importa. Tenía todo lo que quería..., todo lo que podía esperar de la vida, y aún más. ¡Y aquí estoy! Contenta de estar aquí, sabes, muy contenta. Ya me quedan menos millas de carretera, menos horas para llegar al deseo de mi corazón.

Tenía los brillantes ojitos fijos en el horizonte, y parecía que buscaba un sonido desconocido tierra adentro, en aquellos lugares tan repletos de las músicas de los pastos y las granjas.

-Tú no eres una de las nuestras -dijo la Rata de Agua-, ni eres granjera; ni siquiera, por lo que veo, de este país.

-Exacto -contestó la forastera-. Soy una rata marinera, y vengo del puerto de Constantinopla, aunque en cierto modo también allí soy forastera. Has oído hablar de

Constantinopla, ¿verdad, amiga? Una hermosa ciudad, antigua y gloriosa. También habrás oído hablar del Rey Sigurd de Noruega, y de cómo llegó hasta allí con sesenta navíos. Él y sus hombres subieron por las calles de la ciudad cubiertas en su honor con baldaquinos de oro y púrpura. El emperador y la emperatriz bajaron a celebrar un gran banquete a bordo de una de sus naves. Cuando Sigurd regresó a su país, muchos de sus hombres del Norte se quedaron atrás y se pusieron al servicio del emperador. Mi antepasado, no ruego de nacimiento, también se quedó atrás, en los barcos que Sigurd regaló al emperador. Desde siempre hemos sido marineros, y no es de extrañar. En cuanto a mí, me siento tan a gusto en la ciudad en que nací como en cualquier otro puerto de los que hay entre aquel lugar y el río de Londres. Me los conozco todos, y ellos me conocen a mí. Si me dejas en cualquiera de sus muelles o playas, me siento como en mi propia casa.

-Me supongo que viajarás mucho-dijo con interés la Rata de Agua-. Meses enteros sin ver tierra firme, con escasez de provisiones y el agua racionada, y tu espíritu en comunión con la inmensidad del océano, y todas esas cosas, ¿verdad?

-De eso, nada -contestó con franqueza la Rata de Mar-. Esa vida que describes no me gusta demasiado. Yo me dedico al comercio costero, y muy pocas veces pierdo de vista la tierra. A mí lo que me gusta son los buenos momentos pasados en puerto tanto como los días de navegación. ¡Oh, aquellos puertos sureños! ¡El olor, las luces nocturnas, el encanto que tienen!

-Bueno, me supongo que has elegido el mejor partido -dijo la Rata de Agua con un tono de duda en la voz-. Así que cuéntame algo de tu vida en los puertos, si te apetece. ¿Qué saca en limpio de todo ello un animal decidido cuando al fin de sus días tiene que regresar a casa y vivir del recuerdo, de hermosos hechos pasados? Porque tengo que confesarte que hoy mi vida me parece un tanto estrecha y limitada.

-Mi último viaje -empezó la Rata de Mar-, que me trajo a este país con grandes esperanzas de encontrar aquella granja tierra adentro, servirá de buen ejemplo, como resumen de una vida llena de colorido. Por supuesto y como de costumbre, todo empezó con problemas familiares. El temporal casero hizo que me embarcase a bordo de un navío mercante que partía de Constantinopla, por mares clásicos donde en cada ola palpita un recuerdo inmortal, hasta las Islas Griegas y el Levante. ¡Aquéllos fueron días dorados y fragantes noches! De puerto en puerto sin cesar, por todas partes viejos amigos..., dormíamos en algún templo fresco o aljibe en ruinas durante las horas más calurosas del día; y al caer la tarde, fiestas y canciones bajo las grandes estrellas en un cielo aterciopelado. Luego regresamos por la costa del Adriático con sus playas bañadas en una atmósfera ámbar, rosa y aguamarina. Nos detuvimos en amplias ensenadas, vagamos por ciudades antiguas y señoriales, hasta que una mañana, cuando el sol se levantaba majestuoso a nuestras espaldas, entramos en Venecia por un camino de oro. ¡Oh, Venecia es una hermosa ciudad, donde una rata puede pasear a sus anchas y disfrutar de todo! O cuando está cansada de caminar, se puede sentar de noche al borde del Gran Canal, y divertirse con amigos, mientras el aire se llena de música y el cielo de estrellas, y las luces centellean en las proas pulidas de las góndolas, y hay tantas, que podrías cruzar el canal de un lado al otro sin tocar el agua. Y la comida... ¿Te gusta el marisco? Bueno, dejemos el tema de momento.

Se quedó en silencio un buen rato; y la Rata de Agua, silenciosa y cautivada, flotaba por canales de ensueño y escuchaba el eco de una canción que repicaba entre los muros grises lamidos por las olas.

-Por fin partimos de nuevo hacia el Sur-continuó la Rata de Mar-, siguiendo la costa italiana, hasta que llegamos a Palermo, y allí me quedé una buena temporada. No me gusta quedarme demasiado tiempo en un mismo barco; uno se vuelve intolerante y lleno de prejuicios. Además, Sicilia es uno de mis lugares predilectos. Allí conozco a todo el mundo, y me encantan sus costumbres. Pasé unas semanas estupendas en la isla, en casa de unos

amigos tierra adentro. Cuando me cansé de ello, aproveché de un barco que comerciaba entre Cerdeña y Córcega, y me alegró sentir de nuevo la fresca brisa marina en la cara.

-¿Pero no hace demasiado calor en... la bodega, me parece que se llama? -preguntó la Rata de Agua.

La Marinera la miró y, guiñándole el ojo, le dijo con sencillez:

-Yo soy perro viejo, y prefiero el camarote del capitán.

-¡Qué vida más dura! -murmuró la Rata pensativa.

-Lo es para la tripulación -contestó la Marinera muy seria, y por sus ojos pasó la sombra de otro guiño.

-En Córcega -continuó- me embarqué en un navío que llevaba vino a tierra firme. Llegamos a Alassio al anochecer, atracamos e izamos los barrilles de vino, y los descargamos atados los unos a los otros por una cuerda muy larga. Luego la tripulación sacó las barcas y empezó a remar hacia la costa, cantando a voz en pecho y arrastrando tras ella la larga procesión de barriles, como si fuera un kilómetro de marsopas. Tenían unos caballos esperando en la playa, que arrastraron los barriles calle arriba por el pueblecito con gran estrépito. Cuando guardaron el último barril, nos fuimos a descansar y a refrescarnos, y nos quedamos bebiendo hasta muy tarde con los amigos; a la mañana siguiente me fui a descansar por los olivares. Para entonces estaba un poco harta de islas, de puertos y barcos. Así que opté por una vida ociosa con los campesinos, descansando mientras ellos trabajaban, tumbada sobre una colina, y contemplando a lo lejos el azul Mediterráneo. Y así, poco a poco, a veces a pie y otras en barco, llegué hasta Marsella, donde me encontré con viejos camaradas, y juntos visitamos los grandes cruceros transoceánicos, y pasamos unos momentos inolvidables. ¡Y los mariscos! ¿Sabes? A veces sueño con los mariscos de Marsella, y me despierto llorando.

-Ahora que me acuerdo -dijo muy cortés la Rata de Agua-, me dijiste que tenías hambre. ¿Por qué no te quedas a comer conmigo? Mi agujero está a dos pasos. Es pasado mediodía, y quedas invitado a lo que haya.

-No sabes cuánto te lo agradezco -dijo la Rata de Mar-. Cuando me senté, tenía bastante hambre, y cada vez que, sin darme cuenta, hablaba de mariscos, se me hacía la boca agua. ¿Pero por qué no traes la comida aquí? No me gusta demasiado ir bajo tierra, a no ser que me obliguen; y así, mientras comemos, te puedo contar otras cosas de mis viajes, y de la buena vida que llevo, por lo menos, a mí me gusta, y por lo atenta que estás me parece que a ti también te atrae; mientras que, si vamos a casa, estoy casi segura de que me quedaré dormida.

-¡Qué buena ideal -dijo la Rata de Agua, y se fue corriendo a casa.

Sacó la cesta de la merienda, y preparó una comida sencilla. Como se acordó del origen y gustos de la forastera, metió en la cesta una barra de pan de un metro de largo, una salchicha con mucho ajo, el queso curado más sabroso que encontró y una garrafa de cuello largo cubierta de paja que contenía la luz del sol embotellada, cultivada en las lejanas vertientes del Sur.

Cargada con todo esto, regresó a toda prisa, y se ruborizó de placer cuando la vieja marinera alabó su buen gusto y juicio, y juntas abrieron la cesta y fueron extendiendo su contenido sobre la hierba al borde de la carretera.

Tan pronto como hubo calmado su hambre, la Rata de Mar prosiguió la historia de su último viaje, llevando a su sencilla oyente de puerto en puerto por España, Lisboa, Oporto y Burdeos, hasta los placenteros puertos de Cornualles y Devon, subiendo por el canal de la Mancha hasta llegar al muelle donde desembarcó, tras haber soportado tanto viento contrario, tanta tormenta y mal tiempo, y sintió los primeros indicios mágicos de otra Primavera. Estimulada por todo aquello, había emprendido una larga marcha tierra adentro, ansiosa de disfrutar la vida en una granja tranquila, muy lejos de las agotadoras sacudidas del mar.

Embelesada y temblando de emoción, la Rata de Agua siguió legua a legua a la Aventurera, por bahías tormentosas, por radas frecuentadas, cruzando las barras del puerto en marea alta, hasta llegar corriente arriba por ríos tortuosos que esconden atareados pueblecitos detrás de una curva inesperada. Y luego la dejó con un suspiro a las puertas de la granja gris, que no le interesaba en absoluto.

Para entonces habían acabado de comer y la Marinera había descansado y repuesto fuerzas. Tenía la voz más vibrante, y en los ojos le brillaba una luz como la de un faro lejano. Llenó su vaso con el rojo vino del Sur, se inclinó hacia la Rata de Agua y, mientras hablaba, la dejó hipnotizada. Aquellos ojos eran del color verdigris de los mares del Norte. En el vaso ardía un rubí que parecía el corazón mismo del Sur, y que latía para ella, que tenía el valor de responderle. Aquellas luces gemelas, el verde cambiante y el rojo vivo, dominaban a la Rata de Agua como un hechizo. El mundo exterior a aquellos rayos se alejaba y cesaba de existir. Y las palabras, las maravillosas palabras fluían, a veces convertidas en canción... Canción de los marineros dispuestos a echar el ancla, sonoro murmullo de los obenques bajo el viento desgarrador del nordeste, balada del pescador que recoge sus redes al anochecer frente a un cielo color albaricoque, acordes de guitarra y mandolina desde una góndola o un caique. ¿Quizá se volvía murmullo del viento, primero una queja, y poco a poco se convertía en un grito enojado, en desgarrador silbido, y acababa en un goteo musical del aire desde la vela hinchada por el viento? A la hechizada oyente le parecía oír todos aquellos sonidos, y con ellos la queja hambrienta de las gaviotas, el suave retumbar de las olas, el grito de la playa de guijarros. Luego volvió a escuchar el relato y la Rata siguió con emoción las aventuras por docenas de puertos, las peleas, las escapadas, las reuniones, las amistades, las valientes empresas; fue en busca de tesoros a islas desiertas, de pesca a lagos tranquilos y descansó días enteros en playas de arena blanca y tibia. Escuchó historias de pesca en altamar, de ricas y plateadas caladas con redes larguísimas; de peligros inesperados, de rompientes en noches sin luna, y de la alta proa del barco delinéandose a través de la niebla; de la alegre vuelta a casa, cuando detrás del promontorio aparecen las luces del puerto; los grupos de gente en el muelle, los saludos joviales, el chapoteo de la maroma. La larga caminata por la empinada callecita, hasta el brillo acogedor de las ventanas con cortinas rojas.

Aún como en sueños, le pareció que la Aventurera se había levantado, pero seguía hablándole y la retenía con sus ojos del color gris del mar.

-Y ahora -le dijo suavemente- me vuelvo a poner en camino, rumbo al suroeste durante largos días; hasta que llegue al pueblecito gris y marinero que tan bien conozco, colgado en la escarpada ladera del puerto. Allí, a través de las puertas entreabiertas, puedes ver las escaleras de piedra salpicadas de matas rosa de valerianas que terminan en una mancha de agua azul. Las barquitas atadas a las argollas y puntales del viejo malecón están coloreadas como las barcas en las que paseabas cuando eras niña. El salmón salta en medio de la corriente, bancos de caballas pasan como relámpagos y juegan más allá de los confines del puerto, y los barcos pasan delante de las ventanas día y noche, hacia los amarraderos o hacia el mar abierto. Pronto o tarde llegan hasta allí barcos de todos los países del mundo. Y allí, cuando llegue la hora, el barco que habré elegido levará el ancla. No me daré ninguna prisa, y esperaré hasta que por fin llegue el barco que yo espero, balanceándose en medio de la corriente cargado de mercancía, con el bauprés apuntando hacia el puerto. Me deslizaré a bordo, en una barquita o por la maroma; hasta que una mañana me despertarán las canciones y los pasos de los marineros, el repiqueteo del cabrestante, el chirriar de la cadena del ancla que levan alegremente. Soltaremos el botalón de foque y el trinquete, y las casitas blancas del puerto se deslizarán lentamente ante nosotros mientras enfilamos hacia el mar, ¡y el viaje habrá empezado! Mientras el barco avanza hacia el promontorio se desplegarán las velas; y una vez fuera, no oiremos más que el sonoro golpear de los grandes mares verdes mientras ponemos rumbo al Sur.

Y tú también vendrás, hermana, porque los días pasan y ya no vuelven, y el Sur aún te espera. ¡Acepta la Aventura, escucha la llamada, ahora, antes de que pase el momento irrevocable! ¡Sólo es cuestión de cerrar la puerta detrás de ti, dar un alegre paso adelante, y dejar atrás la vieja vida para comenzar una nueva! Luego, algún día, dentro de mucho tiempo, regresa a casa si quieres, cuando hayas bebido la copa y el juego haya acabado, y siéntate al borde de tu río tranquilo, en compañía de todos tus hermosos recuerdos. Me puedes incluso adelantar en este largo camino, porque tú eres joven, y yo ya me hago vieja, y voy más despacio. No llevo prisa y, cuando mire hacia atrás, sé que te veré venir, anhelante y feliz, con todo el Sur en el rostro.

La voz se fue alejando hasta que desapareció, como el suave zumbido de un insecto. Y la Rata de Agua, paralizada y con mirada fija, sólo vio una mancha distante en la blanca superficie de la carretera.

La Rata se levantó mecánicamente y empezó a empaquetarlo todo en la cesta, con cuidado y sin prisa. Luego se marchó a casa, reunió algunas cosas necesarias y tesoros especiales con los cuales estaba encariñada, y los metió en un saco; lo hizo todo con decisión, moviéndose por la habitación como una sonámbula, y escuchando con los labios entreabiertos. Se echó el saco al hombro, eligió cuidadosamente un grueso bastón para el viaje, y sin prisas, pero también sin vacilar, cruzaba el umbral de la puerta, cuando de repente apareció el Topo.

-¡Eh! ¿A dónde vas, Ratita? -preguntó el Topo muy sorprendido, agarrándola por el brazo.

-Voy hacia el Sur, con todos los demás -murmuró la Rata con una voz monótona y como en sueños, sin mirar al Topo-. ¡Hacia el mar, y luego en barco, hasta las costas que me llaman!

Intentó avanzar obstinada y sin prisas. Pero el Topo, inquieto, se plantó delante de ella y le miró a los ojos, y se dio cuenta de que estaban vidriosos, fijos y veteados de un gris incierto...

¡No eran los ojos de su amiga, sino los de otro animal! A duras penas consiguió arrastrarla, la tiró al suelo y la sujetó bien fuerte.

Durante unos momentos la Rata luchó desesperadamente, pero de repente la abandonaron todas sus fuerzas, y se quedó tendida, inmóvil y agotada, con los ojos cerrados. Entonces el Topo la ayudó a levantarse y la sentó en un sillón, donde la Rata se derrumbó, encogida y temblorosa, y le dio un ataque histérico de sollozos sin lágrimas. El Topo cerró la puerta con llave, metió el saco en un cajón, y se sentó en la mesa junto a su amiga, a esperar en silencio hasta que se le pasara el extraño ataque. Poco a poco la Rata cayó en un inquieto sopor, interrumpido por sobresaltos y confusos murmullos de cosas extrañas, salvajes y desconocidas para el pobre Topo. Luego se sumió en un profundo sueño.

Muy preocupado, el Topo la dejó sola un rato para ocuparse de asuntos de la casa. Y ya anochecía cuando regresó al salón y encontró a la Rata donde la había dejado, muy despierta, pero abatida, silenciosa y desanimada. El Topo se fijó en sus ojos, y con alivio los encontró limpios y marrón oscuro como siempre; entonces se sentó e intentó animarla a que le contase todo lo que había sucedido.

La pobre Ratita hizo cuanto pudo, poco a poco, para explicar las cosas; pero ¿cómo podía encontrar palabras para narrar lo que para ella había sido fundamentalmente sugestión? ¿Cómo explicar a otra persona la obsesionante voz del mar que había oído cantar, cómo repetir con la misma magia los miles recuerdos de la Marinera? Incluso ella encontraba difícil comprender, ahora que el hechizo estaba roto y todo había perdido su encanto, lo que hacía unas horas parecía único e inevitable. Así que no es de extrañar que le fuera imposible dar al Topo una idea clara de lo que le había sucedido aquel día.

Pero el Topo comprendió una cosa: que el ataque había pasado, y su amiga había recobrado el juicio, aunque todavía estaba deprimida por la reacción. Sin embargo, parecía haber perdido todo interés por el momento en las cosas que constituían su vida cotidiana, así como las ganas de hacer planes para los días que :ría la nueva estación.

Y así charlando, y con aparente indiferencia, el Topo empezó a hablar de la cosecha que se estaba recogiendo, de los carros llenos de trigo, y de los esforzados animales que tiraban de ellos, de los crecientes almiares, y de la luna llena, que se levantaba sobre los campos desnudos salpicados de gavillas. Habló de las manzanas coloradas que se veían por todas partes, de las nueces maduras, de las mermeladas y confituras y de la destilación de cordiales; hasta que, poco a poco, llegó a mediados del invierno, a sus gozos y alegrías, y a la vida hogareña, y se puso lírico.

Poco a poco la Rata se fue incorporando y uniéndose a la charla. Sus ojos tristes se fueron animando, y no parecía tan deprimida.

Entonces el diplomático Topo salió y volvió con un lápiz y unas cuartillas, que dejó en la mesa junto a su amiga.

-Hace mucho tiempo que no escribes ninguna poesía -comentó-. ¿Por qué no lo intentas esta noche, en vez de..., bueno, en vez de pensar tanto en ello? Me parece que te sentirás mucho mejor cuando hayas escrito algo..., aunque sólo sean unas líneas.

La Rata, cansada, alejó el papel; pero el discreto Topo aprovechó para salir de la habitación, y cuando al poco rato volvió para echar un vistazo, la Rata estaba absorta y sorda a lo que pasaba a su alrededor; a ratos escribía, y luego chupaba la punta del lápiz. Cierto era que chupaba bastante más de lo que escribía, pero el Topo se sintió contento al saber que por fin la cura había comenzado.

CAPÍTULO X
Nuevas aventuras del Sapo

La puerta principal del árbol hueco daba al este, así que el Sapo se despertó muy temprano, en parte porque la brillante luz del sol le caía encima, y en parte por lo fríos que tenía los pies. Esto le hizo soñar que estaba en la cama en su preciosa habitación con la ventana Tudor, una fría noche de invierno, y que las mantas se le habían escapado de la cama, gruñendo y protestando porque no podían soportar más el frío, y que habían bajado corriendo por las escaleras hasta la cocina para calentarse al amor de la lumbre. Y él las había perseguido descalzo por larguísimos pasillos de piedra helados, discutiendo con ellas y suplicándoles que fueran razonables. Probablemente se habría despertado mucho antes si no fuera porque había tenido que dormir durante varias semanas en un montón de paja en el suelo de piedra, y ya casi se le había olvidado la agradable sensación de una buena manta que te cubre hasta la barbilla.

Se incorporó y se frotó primero los ojos y luego los dedos de los pies; y por un momento se preguntó dónde estaba. Miró a su alrededor, buscando la conocida pared de piedra y la ventanita con barrotes, y de repente, el corazón le dio un brinco y se acordó de todo; de su fuga y de su persecución. ¡Y todavía mejor, recordó que estaba libre!

¡Libre! Sólo esa palabra y lo que representaba valían cincuenta mantas. Entró rápidamente en calor al pensar en el alegre mundo que esperaba ansioso su entrada triunfal, dispuesto a servirle y animarle, ansioso de ayudarle y hacerle compañía,

como era costumbre en los viejos tiempos antes de que le ocurrieran tantas desgracias. Se estiró y se peinó con los dedos para quitarse las hojas secas; y cuando acabó de arreglarse, se echó a caminar bajo el tibio sol de la mañana, helado y hambriento, pero lleno de esperanza, pues el descanso y el sueño y el sol reconfortante habían disipado todos los terrores de la noche anterior.

En una hermosa mañana de verano como aquélla el mundo entero le pertenecía. El bosque cubierto de rocío estaba tranquilo v desierto a su alrededor; los campos verdes también eran suyos. Incluso la carretera, cuando llegó a ella, parecía como un perro perdido que ansiosamente busca compañía en medio de la soledad. Pero el Sapo buscaba algo que pudiese hablar, y que le dijera hacia dónde tenía que ir. Porque cuando uno está contento, y tiene la conciencia tranquila, y dinero en el bolsillo, y nadie le persigue por el campo para arrastrarlo de nuevo a la cárcel, es muy fácil seguir un camino hacia donde le apetece, sin saber a dónde va. Pero al práctico Sapo sí le importaba saber hacia dónde tenía que ir, y le entraron ganas de darle una patada a la carretera por quedarse callada cuando el Sapo tenía tanta prisa.

Un poco más allá, al tímido camino se le unía un hermanito igual de reservado en forma de canal, y tomados de la mano caminaban juntos en total confianza, pero con la misma actitud tímida y silenciosa hacia los desconocidos.

«¡Al diablo! -se dijo el Sapo-. De todas formas, una cosa está clara. Los dos tienen que venir de algún sitio y tienen que ir a algún sitio. ¡De eso no cabe ninguna duda, amigo Sapo! »

Así que siguió caminando con paciencia al borde del agua. Tras una curva del canal apareció un caballo solitario, que caminaba con la cabeza baja, como sumido en ansiosos pensamientos. Llevaba unas correas atadas al cuello, y tiraba de una larga cuerda tensa, cuya punta estaba mojada. El Sapo dejó pasar al caballo, y esperó a ver lo que el destino le enviaba.

La proa redonda de una gabarra con la borda pintada de alegres colores se deslizó a nivel del camino con un agradable chapoteo. Su única ocupante era una mujer fuerte y grandota, que llevaba una cofia de lino para protegerse del sol y apoyaba un brazo moreno en el timón.

-¡Bonita mañana, señora! -le comentó al Sapo cuando llegó hasta él.

-¡Desde luego que sí, señora! -contestó el educado Sapo, mientras se acercaba a ella por el camino de sirga-. Una mañana preciosa para los que no están preocupados como yo. Mi hija casada me ha mandado llamar a toda prisa, así que allá voy, entiende, sin saber lo que le pasa o pueda pasar, y me temo lo peor, ya me comprende usté si usté también es madre. He tenido que dejar el trabajo..., soy lavandera, sabe usté..., y también he dejado a mis hijitos pequeños, y son una pandilla de diablos de lo más traviesos, sabe, y además he perdido todo mi dinero, y me he perdido yo también; y en cuanto a lo que pueda ocurrirle a mi hija casada..., ¡bueno, eso no quiero ni pensarlo, señora!

-Y dígame usté, ¿dónde vive su hija casada? -le preguntó la mujer.

-Vive cerca del río, señora-contestó el Sapo-. Cerca de una casa preciosa que se llama la Mansión del Sapo, que no debe de estar muy lejos de aquí. A lo mejor la conoce usté.

-¿La Mansión del Sapo? Sí, voy hacia allá -contestó la mujer-. Este canal desemboca en el río unas millas más adelante, muy cerca de la Mansión del Sapo; y luego el resto no es más que un paseo. Súbase a la barca, que la llevo hasta allí.

La mujer se acercó a la orilla, y el Sapo, muy respetuoso y dándole efusivamente las gracias, se subió a la barca a toda prisa y se sentó muy satisfecho.

«¡Qué suerte tiene el Sapo!», pensó. «¡Siempre me salgo con la mía!»

-¿Así que usté es lavandera, señora? -dijo la mujer muy educada, mientras la barcaza se deslizaba por el agua-. ¡Un buen negocio el suyo, sabe, si no le importa que se lo diga!

-¡El mejor negocio de la provincia! -dijo el Sapo a la ligera-. Toda la gente rica me manda su ropa..., no se la llevarían a otra ni aunque fuera gratis, porque me conocen muy bien.

Verá usté, yo conozco mi trabajo a fondo, y lo hago todo yo. Lavo, plancho, almidono, preparo las delicadas camisas de etiqueta de los caballeros... ¡Todo se hace bajo mi vigilancia!

-Pero usté no hará todo el trabajo, ¿verdad? -preguntó la mujer con mucho respeto.

-¡Oh tengo algunas chicas... -dijo alegremente el Sapo-, unas veinte, todo el día dale que te pego! Pero ya sabe usté cómo son las chicas. Unas vagas y sinvergüenzas, ¡eso es lo que son!

-Es verdad -dijo la mujer de buen humor-. ¡Pero seguro que usté las mantiene a raya a todas esas holgazanas! Y dígame, ¿le gusta mucho lavar?

-Me encanta -dijo el Sapo-. Es que me chifla. Cuando tengo los brazos metidos en el lavadero, soy la persona más feliz del mundo. ¡Pero claro, es que se me da tan bien! ¡Le aseguro que me encanta, señora!

-¡Mire usté qué bien! -dijo pensativa la mujer-. Desde luego, ¡qué suerte hemos tenido las dos!

-¿Por qué? ¿Qué quiere usté decir? -preguntó el Sapo nervioso.

-Pues mire -contestó la mujer-. A mí también me gusta lavar, como a usté. Además, me guste o no, lo tengo que hacer yo sola, porque siempre voy de acá para allá. Mi marido, ve usté, siempre se las apaña para dejarme sola en la barcaza, así que no tengo ni un momento para ocuparme de mis asuntos. Él tendría que estar aquí ahora, con el caballo, pero menos mal que el caballo tiene bastante sentido común para ocuparse de sí mismo. Así que él se ha ido por ahí con el perro, a ver si encuentran un conejo para cenar. Dijo que me alcanzaría en la próxima esclusa. Pero mire, las cosas como son, no me fío ni un pelo de él, en cuanto se marcha con el chucho, que es peor que su dueño. Así que , ya me explicará cómo me voy a ocupar de la ropa sucia.

-¡Bah! No se preocupe de la ropa sucia -dijo el Sapo, al que no le gustaba demasiado el tema-. En vez de ello, ¿por qué no piensa en el conejo? Seguro que es un conejillo bien gordito. ¿Y si lo guisa con salsa de cebollas?

-No puedo pensar más que en la colada -dijo la mujer-. Y no sé cómo puede usté pensar en conejos con semejante perspectiva. En un rincón del camarote encontrará un montón de ropa sucia. Si escoge un par de cosas de las más necesarias..., ya sabe usté a lo que me refiero, no necesito explicárselo a una señora como usté..., y les da una lavadita, que a usté le hará mucha ¡lusión, como dice usté, y a mí un gran favor. Encontrará una tina a mano y el jabón, y una pava en el hornillo, y un cubo, para recoger el agua del canal. Y así sabré que se está usté divirtiendo, en vez de aburrirse ahí sentada, mirando el paisaje y bostezando.

-¡Oiga, déjeme el timón! -dijo el Sapo, muy asustadoY así puede encargarse usté misma de la colada. Quizás le estropee su ropa, o no la lave como a usté le gusta. Sabe, yo conozco mejor la ropa de caballero. Es mi especialidad.

-¿Que le deje el timón? -contestó la mujer con una carcajada-. Se necesita algo de práctica para llevar bien una gabarra. Además, es muy aburrido, y yo quiero que se divierta. No, usté se encarga de la colada, ya que tanto le gusta, y yo me encargo del timón, ya que sé hacerlo. ¡No me prive del placer de darle tanto gusto!

El Sapo no tenía escapatoria. Se dio cuenta de que estaba demasiado lejos de la orilla para saltar, y se tuvo que resignar a su destino.

«Bueno», pensó con desesperación, «si no me queda más remedio..., me supongo que hasta un tonto sabe lavar».

Fue a buscar la tina, el jabón y otras cosas del camarote, eligió al azar algo de ropa, intentó acordarse de lo que había visto cuando a veces echaba un vistazo por la ventana de alguna lavandería y puso manos a la obra.

Pasó una buena media hora, y el Sapo empezaba a ponerse de mal humor. Nada de lo que hacía parecía ser del gusto de la ropa. Trató de engatusarla, de pegarla y golpearla. Pero ella le sonreía desde la tina, feliz en su pecado original. Un par de veces, el Sapo echó un vistazo nervioso por encima del hombro, pero la mujer parecía concentrada en el timón, y con la mirada fija delante de ella. Le dolía mucho la espalda, y se dio cuenta con horror de que se le ponía la piel de garbanzo en la punta de los dedos. Murmuró entre dientes palabras que nunca se le deberían escapar a una lavandera o a un Sapo; y por enésima vez perdió el jabón.

Una carcajada lo hizo enderezarse y darse la vuelta. La mujer se desternillaba de risa, y las lágrimas le corrían por las mejillas. -Te he estado observando todo el rato -le dijo-. Ya me parecía a mí que eras una charlatana, por tu manera tan presumida de hablar. ¡Menuda lavandera! ¡Apuesto a que no has lavado ni un trapo sucio en toda tu vida!

El Sapo, que llevaba un buen rato intentando disimular su mal humor, no se pudo aguantar, y perdió el control.

-¡So idiota! -le gritó-. ¿Cómo te atreves a hablarle así a alguien de mi categoría? ¡Claro que no soy lavandera! ¡Has de saber que soy un Sapo, muy conocido, respetado y distinguido! Puede que en este momento esté un poco desacreditado, ¡pero no soportaré que una vulgar mujer se ría de mí!

La mujer se le acercó y echó un vistazo por debajo de la cofia.

-¡Ahí va! ¡Si es verdad! -gritó-. ¡Nunca lo hubiera pensado! ¡Un sapo horrible y sucio en mi preciosa y limpísima gabarra! ¡Qué asco! ¡Eso sí que no lo puedo consentir!

Soltó por un momento el timón y, sin previo aviso, lo agarró por las patas. Entonces el mundo se dio la vuelta, parecía que la barca flotaba ligera por el cielo, el viento silbó en sus oídos y el Sapo se encontró dando volteretas por el aire.

El agua estaba demasiado fría para su gusto, aunque no por esto consiguió amansar su orgulloso espíritu, o apagar la furia que le ardía dentro. Salió a la superficie balbuceando y, cuando se quitó las algas de los ojos, lo primero que vio fue la barquera gorda que lo miraba riéndose por encima del timón, mientras se alejaba la gabarra. Y él, tosiendo y atragantándose, juró que se vengaría.

Echó a nadar hacia la orilla, a pesar de las dificultades impuestas por el vestido de algodón y, cuando por fin llegó al borde, le costó mucho izarse por la empinada margen del río. Tuvo que tomarse un par de minutos de descanso para recuperar el aliento. Luego, recogiéndose las faldas mojadas, se echó a correr detrás de la gabarra tan rápido como se lo permitían sus patitas, rabioso e indignado, ansioso de venganza.

La mujer de la gabarra aún se estaba riendo cuando el Sapo la alcanzó.

-¿Por qué no te metes en la planchadora mecánica, lavandera? -le gritó-. ¡Si te estiras y almidonas un poco la cara, hasta parecerás un Sapo bastante guapo!

El Sapo no se paró a contestarle. Lo que él quería era una venganza de verdad, y no fáciles triunfos de palabras, aunque le hubiera gustado decirle un par de cosillas a aquella mujer. Él ya sabía lo que quería. Se echó a correr y adelantó al caballo, desató la cuerda de la gabarra, se subió de un salto al lomo del animal y lo azuzó para que echase a correr. Se dirigieron tierra adentro, dejando atrás el camino de sirga, y se metió con su corcel por un camino de cantos rodados. Miró una vez más hacia atrás, y vio que la barcaza había chocado contra la orilla del canal, y la mujer le gritaba con los brazos levantados: ¡Alto! ¡Alto!

«Me parece que he oído esa frase hace poco», pensó el Sapo, echándose a reír y espoleando el corcel en su alocada carrera. Pero el pobre caballo no era capaz de un esfuerzo prolongado, y muy pronto su carrera se volvió trote, y el trote un paso ligero. Al Sapo esto no le preocupó, pues sabía que, mientras él se movía, la barcaza estaba atascada. Ya se le había

pasado el berrinche, y se sentía orgulloso de su inteligencia. Y le agradaba dar un paseo al sol, aprovechando las sendas y caminos de herradura que encontraba, y procurando olvidar el hambre que tenía, hasta que el canal se perdió en la distancia.

Ya habían recorrido varias millas, y el Sapo empezaba a amodorrarse por el calor cuando el caballo se detuvo, bajó la cabeza y se puso tranquilamente a pacer. Y el Sapo, a punto de caerse del animal, se despertó de un brinco. Miró a su alrededor y vio que se encontraban en medio de un ancho ejido, con parches de tojas y zarzas que se perdían en la distancia. Junto a él había una carreta de gitanos, y un hombre estaba sentado en un cubo puesto boca abajo, fumando y con la mirada perdida en el ancho mundo. Junto a él había un fuego de leña y, colgada encima del fuego, una olla de hierro de donde salían burbujeos y gorgoteos, y un vaporcillo sugestivo. Y con ellos unos olores tibios, exquisitos y variados, que emanaban en remolinos, abrazados y entrelazados, hasta unirse en un olor perfecto, completo y voluptuoso, como la mismísima alma de la Naturaleza que aparecía ante sus hijos, una verdadera diosa, una madre de consuelo y alivio. El Sapo se dio cuenta de que hasta entonces no se había sentido verdaderamente hambriento. Lo que había estado sintiendo era un mero gusanillo insignificante. Pero lo que ahora sentía sí que era hambre de verdad, de eso no cabía duda. Y si no se saciaba pronto, alguien o algo se encontraría en peligro. Miró al gitano de arriba a abajo, y se preguntó si sería más fácil luchar con él o engatusarlo. Así que se quedó subido al caballo, y estuvo husmeando y olisqueando, mientras miraba al gitano; el gitano se quedó sentado, fumando y mirando al Sapo.

Al cabo de un momento el gitano se sacó la pipa de la boca y dijo sin darle importancia:

-¿Quieres vender ese caballo?

El Sapo se quedó muy asombrado. No sabía que a los gitanos les gusta el comercio de caballos, y que nunca dejan escapar una oportunidad, y no se le había ocurrido que las carretas se desplazan sin cesar, y que esto requiere la fuerza animal. No se le había pasado por la cabeza que podía cambiar el caballo por dinero, pero la sugerencia del gitano le pareció un paso más hacia las dos cosas que tanto necesitaba: dinero y un buen desayuno.

-¿Qué? -le contestó el Sapo-. ¿Que si quiero vender mi precioso potro? ¡Ni hablar! ¿Quién va a llevar la ropa limpia a mis clientes cada semana? Además, estoy demasiado encariñada con él, y él me adora.

-¿Por qué no te encariñas con un burro? -sugirió el gitano-. Algunos los adoran.

-Me parece que no te das cuenta -añadió el Sapo- de que este precioso caballo es demasiado bueno para ti. Es un caballo de pura sangre, bueno, en parte; no la parte que tú ves, claro está, pero otra parte. Además ha sido un caballito de feria, hace algún tiempo, cuando tú aún no le conocías, pero todavía se ve que es de buena raza, si entiendes algo de caballos. No lo vendería por nada del mundo. Y sin embargo, ¿cuánto estarías dispuesto a darme por mi precioso y joven caballo?

El gitano miró al caballo con atención, y con la misma atención miró al Sapo, y luego volvió a mirar al caballo.

-Un chelín por cada pata -dijo, y se dio la vuelta y siguió fumando y mirando al ancho mundo, algo turbado.

-¿Un chelín por cada pata? -gritó el Sapo-. Me lo tengo que pensar, y calcular exactamente a cuánto me sale.

Se bajó del caballo para dejarlo pastar, y se sentó junto al gitano; estuvo echando cuentas con los dedos, y por fin dijo:

-¿Un chelín por pata? Eso son exactamente cuatro chelines, y ni un penique más. ¡Ni hablar! No podría aceptar cuatro chelines por mi precioso y joven caballo.

-Bueno -dijo el gitano-. Te diré lo que voy a hacer. Te doy cinco chelines, que es mucho más de lo que vale ese animal. Y ésa es mi última palabra.

Entonces el Sapo se puso a pensar. Estaba muy hambriento y necesitaba dinero, y aún le quedaba un buen trecho para llegar a casa, y sus enemigos podrían estar buscándolo. Para un animal en esta situación, cinco chelines son una buena cantidad de dinero. Por otra parte, no parecía suficiente por un caballo. Pero al 6n y al cabo, el caballo no le había costado nada, así que cualquier cantidad que le dieran por él sería beneficio neto. Por fin dijo con firmeza:

-Escucha, gitano, te diré lo que vamos a hacer. Y ésta es mi última palabra. Tú me das seis chelines y seis peniques, contantes y sonantes. Y además me darás tanto desayuno de esa olla de la que emanan olores tan deliciosos y excitantes como pueda comer en una sola sentada, por supuesto. Y a cambio yo te entregaré a mi joven e inteligente caballo, con todos los jaeces y aderezos gratis. Si esto no te conviene, dilo, y seguiré mi camino. Conozco a un hombre que vive aquí cerca y que me ha querido comprar el caballo desde hace tiempo.

El gitano protestó efusivamente, y declaró que si volviera a hacer un negocio semejante se arruinaría. Pero al fin sacó una bolsita de sucio lienzo del bolsillo de su pantalón, y dejó caer en la mano de Sapo seis chelines y seis peniques. Luego se metió en la carreta, y al cabo de un momento regresó con un plato de hierro y unos cubiertos. Inclinó la olla, y llenó el plato de un guiso humeante y exquisito. Sin duda era el mejor guiso del mundo, ya que estaba hecho con perdices, faisanes, pollos, liebres y conejos, y algunas cosillas más. El Sapo apoyó el plato en las rodillas, y con lágrimas en los ojos se lo engulló todo, y pidió más. Y el gitano no protestó. Al Sapo le pareció que nunca había desayunado tan bien en toda su vida.

Cuando el Sapo hubo comido tanto como le cupo, se levantó, saludó al gitano y se despidió cariñosamente del caballo. Y el gitano, que conocía bien la orilla del río, le indicó el camino que debía seguir, y el Sapo se echó a andar de muy buen humor. Sin duda era un animal muy diferente del que había sido hacía una hora. El sol brillaba, su ropa ya estaba casi seca, y tenía dinero en los bolsillos, y ya le quedaba poco camino para llegar a su casa, donde estaría a salvo y con sus amigos. Y lo mejor de todo, tenía un buenísimo desayuno en la barriga, y se sentía enorme, y fuerte, y despreocupado, y seguro de sí mismo.

Mientras caminaba alegremente, pensó en sus aventuras y escapadas, y en cómo había conseguido siempre apañárselas, aun en las situaciones más difíciles. Y empezó a hincharse de orgullo y vanidad.

«¡Ah! ¡Qué Sapo más listo soy!», pensaba mientras caminaba con la cabeza erguida. «¡No hay un animal tan inteligente como yo en todo el mundo! Mis enemigos me encierran en el calabozo, rodeado de centinelas y vigilado día y noche por guardianes. Y yo me escapo entre ellos gracias a mi habilidad y a mi valor. Me persiguen con locomotoras, policías y pistolas.

Y yo me burlo de ellos, y desaparezco con una carcajada. Desgraciadamente, una mujer muy gorda y malvada me tira al canal. ¿Y qué? ¡Nado hasta la orilla, le robo el caballo y me marcho en triunfal carrera! ¡Luego vendo el caballo por un buen puñado de monedas y un desayuno excelente! ¡Ah, yo soy el Sapo, el hermoso, popular y triunfador Sapo!»

Se hinchó tanto de vanidad, que, mientras caminaba, compuso una cancioncita de alabanza para sí mismo, y se puso a cantarla a grito pelado, aunque él era el único que podía oírla. Sin duda era la canción más vanidosa que haya escrito jamás un animal:

Siempre hubo héroes en el mundo,
como la historia ha narrado,
pero nadie tan famoso
como el valeroso Sapo.
En Oxford lo saben todo,
son eruditos y sabios:
¡y sin embargo no saben

la cuarta parte que el Sapo!

Los animales del Arca
lloraban a todo trapo.
¿Y quién fue el que gritó: ¡Tierra!?
¡Quién va a ser! ¡El señor Sapo!

El ejército desfila,
saluda marcando el paso.
¿Es al rey? ¿Tal vez a Kitchener?
¡Nada de eso! ¡Es a don Sapo!

Dice la reina a sus damas:
¡Hay que ver qué hombre tan guapo!
Todas levantan la vista
diciendo: ¡Es el señor Sapo!

Había muchos más versos, pero eran demasiado vanidosos para poder escribirlos. Estos son los más aceptables.

Cantaba al caminar, y caminaba cantando, y a cada minuto

que pasaba se iba hinchando cada vez más. Pero muy pronto su orgullo iba a caer en picado.

"Tras caminar un buen rato por sendas llegó por fin a la carretera. Miró al horizonte y vio que se acercaba una motita, que se convirtió en un punto, y luego en una mancha, y luego en algo muy familiar. Y percibió con alegría la conocida y repetida nota de aviso.

-¡Esto sí que me gusta! -dijo el Sapo emocionado-.¡Esta es la verdadera vida, éste es el mundo real que tanto he echado de menos! Llamaré a mis hermanos del volante. Les contaré algún cuento chino, de ésos que se me dan tan bien, y me llevarán en coche. Luego conversaré con ellos, ¡y con un poco de suerte me dejarán conducir el coche hasta la Mansión del Sapo! ¡Eso sí que sería el colmo para el "Tejón!

Dio un paso hacia el centro de la carretera e hizo señas al coche, que empezó a frenar a medida que se le acercaba. Pero de repente el Sapo se puso muy pálido, se le paró el corazón, las rodillas le cedieron y se cayó al suelo con una sensación de horror en sus adentros. ¡Y no era de extrañar, ya que aquel automóvil que se acercaba era el mismo que había robado del patio de la posada El León Rojo aquel maldito día cuando empezaron todos sus líos! ¡Y la gente que venía en el automóvil eran los mismos que entraron a comer en el salón del café!

Se cayó en medio de la carretera hecho un montoncito de andrajos, musitando desesperadamente:

-¡Ya está! ¡Se acabó! ¡Otra vez la policía y las cadenas! ¡Otra vez la cárcel! ¡Otra vez a pan y agua! ¡Ay, qué tonto he sido! ¡Cómo se me habrá ocurrido ir pavoneándome por el campo, cantando canciones vanidosas y haciendo señas a la gente en la carretera en pleno día, en vez de esconderme hasta la noche y deslizarme hasta casa por senderos escondidos! ¡Ay, desgraciado Sapo! ¡Qué mala suerte tengo!

El temible automóvil se fue acercando, y se detuvo junto al Sapo. Dos caballeros se bajaron y avanzaron hasta el tembloroso y desgraciado montoncito, y uno de ellos dijo:

-¡Vaya por Dios! ¡Qué pena! ¡Esta pobre lavandera se ha desmayado en medio de la carretera! Quizá la pobre mujer ha sufrido una insolación. O quizá no haya comido nada hoy. La subiremos al coche y la llevaremos hasta el pueblo más cercano, donde sin duda debe de tener amigos.

Librodot

Metieron al Sapo en el coche con mucho cuidado, lo acomodaron entre cojines y siguieron camino.

Cuando el Sapo les oyó hablar de un modo tan amable y comprensivo, se dio cuenta de que no le habían reconocido, y empezó a animarse. Abrió primero un ojo y luego el otro.

-¡Mira! -dijo uno de los caballeros-. Ya se encuentra mejor. El aire fresco le sienta bien. ¿Cómo se encuentra usted, señora?

-Me encuentro mucho mejor, señor, gracias -contestó el Sapo muy bajito.

-Me alegro -dijo el caballero-. Pero ahora descanse, y sobre todo no intente hablar.

-De acuerdo -dijo el Sapo-. Sólo quería pedirle si me podría sentar en el asiento de delante, junto al conductor; me llegaría mejor el aire fresco, y ya verá cómo enseguida estoy bien.

-¡Qué mujer más razonable! -contestó el caballero-. Por supuesto que puede.

Ayudaron al Sapo a sentarse en el asiento de delante, y de nuevo reemprendieron el camino.

Para entonces el Sapo era otra vez el de siempre. Se irguió, miró a su alrededor e intentó controlar las vibraciones, el anhelo, el antiguo deseo que crecía en su interior y se apoderaba completamente de él.

-¡Es el destino! -musitó-. ¿Para qué luchar contra él? Y se volvió hacia el conductor.

-Por favor, señor -le dijo-, le estaría muy agradecida si me dejase conducir un poco el automóvil. Le he estado observando, y parece tan fácil y tan interesante, y me encantaría poder decir a mis vecinas que yo un día conduje un coche.

El conductor soltó una carcajada, y el caballero preguntó lo que sucedía. Cuando el conductor se lo dijo y, para gran alegría del Sapo, el caballero contestó:

-¡Bravo, señora! Me gusta su brío. Deja que lo intente, y vigílala. No hará nada malo.

El Sapo trepó rápidamente al asiento que el conductor había dejado libre, agarró el volante y escuchó con simulada humildad las instrucciones que le daban. Puso el automóvil en marcha, al principio muy despacio, ya que tenía la intención de ser prudente.

Los caballeros sentados en el asiento de detrás aplaudieron, y el Sapo les oyó decir:

-¡Qué bien lo hace! Es increíble que una lavandera conduzca tan bien, ¡y eso que es la primera vez!

El Sapo aceleró un poco, y luego un poco más, y más.

Oyó que los caballeros le gritaban: «¡Cuidado, lavandera!», y esto le ofendió, y empezó a perder el control de sí mismo. El conductor intentó intervenir, pero el Sapo se lo impidió de un codazo, y pisó a fondo al acelerador. El viento en la cara, el ruido del motor y las vibraciones del coche emborracharon su débil mente.

-¡Conque lavandera! -les gritó-. ¡Ja, ja! ¡Yo soy el Sapo, el ladrón de coches, el fugitivo, el Sapo que siempre se escapa! ¡Estaos quietos y os enseñaré lo que es conducir de verdad, pues estáis en manos del famoso, del mañoso, del valiente Sapo!

Con un grito de horror el grupo se levantó y saltaron todos juntos sobre él.

-¡Agarradlo! -gritaron-. ¡Agarrad al Sapo, el malvado animal que robó nuestro coche! ¡Atadlo, encadenadlo! ¡Llevadlo a la comisaría! ¡Hay que acabar con el loco y peligroso Sapo!

¡Pobres de ellos! No se les ocurrió ser un poco más prudentes y detener el coche antes de hacer cualquier travesura. El Sapo giró el volante con fuerza y el, coche atravesó el seto que bordeaba la carretera. El automóvil pegó un salto, se oyó un ruido estrepitoso, y se encontraron bien metidos en el denso barro de un estanque.

El Sapo salió volando por los aires con el delicado movimiento ascendente de un gorrión. Empezó a tomarle gusto a aquel vuelo, y a preguntarse si duraría hasta que empezaran a salirle alas. Se convirtió en un pájaro-sapo, cuando aterrizó de espaldas con un golpe sobre la cálida y blanda hierba de un prado. Se enderezó, y vio el automóvil en medio del estanque,

Librodot

medio hundido; los caballeros y el conductor, a los que estorbaban sus largos abrigos, se encontraban atrapados en el agua.

El Sapo se levantó a toda prisa y echó a correr tan rápido como podía, trepando por los setos y saltando zanjas a través de prados, hasta que, agotado, tuvo que aflojar el paso para recobrar el aliento. Cuando se sintió más descansado, y se puso a pensar en lo sucedido, se echó a reír, y tanto se reía que se tuvo que sentar debajo de un seto.

-¡Ja! ¡Ja! -exclamó en un éxtasis de admiración propia-. ¡Otra vez el Sapo! ¡Como siempre, el Sapo sale ganando! ¿Quién consiguió que me llevaran en el coche? ¿Quién les pidió que me dejaran sentar en el asiento de delante para que me diera el aire? ¿Quién les convenció de que me dejaran intentar conducir? ¿Quién los dejó tirados en medio del estanque? ¿Quién se escapó volando por los aires, y dejando a los intolerantes y mal-humorados excursionistas en el barro, como les corresponde? ¡El Sapo, por supuesto! ¡El grande, bueno e inteligente Sapo!

Y se puso de nuevo a cantar a pleno pulmón:

El coche hacía ¡pu-pu!
veloz carretera abajo.
¿Quién se llevó el coche al agua?
¡El astuto señor Sapo!

-¡Oh! ¡Qué listo soy! ¡Qué listo, qué listo, qué...!

Un ruido lejano a sus espaldas le hizo volver la cabeza. ¡Horror! Dos prados más allá vio al conductor con sus polainas de cuero, acompañado por dos enormes policías, que corrían hacia él a toda velocidad.

El pobre Sapo se levantó de un brinco y echó a correr con el corazón en un puño.

-¡Dios mío! -susurró jadeante-. ¡Qué idiota soy! ¡Qué idiota y vanidoso atolondrado! ¡Fanfarroneando otra vez! ¡Gritando y cantando otra vez! ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

Volvió la mirada, y vio con horror que le estaban alcanzando. Siguió corriendo, pero los otros ganaban terreno. Hacía lo que podía, pero era un animal gordo y tenía las patas muy cortas, y sus perseguidores estaban a punto de alcanzarlo. Los podía oír a sus espaldas. Siguió corriendo sin rumbo, volviendo la mirada hacia su victorioso enemigo, cuando de repente la tierra desapareció bajo sus pies, se agarró al aire, y, ¡pías!, se encontró chapoteando en el agua profunda, y la corriente lo llevaba a toda velocidad. ¡En su ciego terror se había caído al río!

Salió flotando hasta la superficie, e intentó agarrarse a los juncos y cañas que crecían a la orilla, pero la corriente era tan fuerte que se le escurrían de las manos.

-¡Dios mío! -susurró el pobre Sapo-. ¡Nunca más volveré a robar un coche! ¡Ni a cantar una canción vanidosa!

Y se hundió de nuevo, y salió a flote medio ahogado. Entonces vio que se acercaba a un agujero grande y negro en la orilla, justo por encima del nivel de su cabeza, y al pasar junto a él se agarró con todas sus fuerzas al borde del agujero. Luego se izó con gran dificultad hasta que pudo apoyar los codos en el borde. Y se quedó allí algunos minutos jadeante, ya que estaba agotado.

Mientras suspiraba y resoplaba miró dentro del agujero oscuro, y vio algo pequeño que brillaba al fondo, y se le acercaba. Entonces apareció una carita conocida.

Marrón y pequeña, con bigotes.

Seria y redonda, con orejitas bien recortadas y pelo sedoso. ¡Era la Rata de Agua!

CAPÍTULO XI
Las lágrimas llegaron cual tormenta de verano

La Rata sacó su manita, agarró al Sapo por el pellejo de la nuca y tiró con todas sus fuerzas. Y el Sapo empapado se izó lentamente dentro del agujero, hasta que por fin se encontró sano y salvo en medio del vestíbulo, cubierto de barro y algas, y chorreando agua, pero contento y animado como siempre, ahora que se encontraba en casa amiga y se habían acabado las persecuciones, y se podía quitar el disfraz, tan impropio de un caballero.

-¡Oh, Ratita! -exclamó-. ¡He tenido tantas aventuras desde la última vez que te vi, no te lo puedes imaginar! ¡Juicios, sufrimientos, todo vivido con tanta nobleza! ¡Y luego las fugas, los disfraces, las evasiones, planeadas y llevadas a cabo con tanta maestría! ¡Me metieron en la cárcel, pero por supuesto me escapé! ¡Me tiraron a un canal, y nadé hasta la orilla! ¡Robé un caballo y lo vendí por un buen puñado de monedas! ¡Engañé a todo el mundo, para que hicieran todo lo que yo quería! ¡Ay, qué Sapo más listo soy! ¡Y no te puedes imaginar mi última aventura! Ya verás...

-Sapo -dijo la Rata de Agua muy seria-, sube ahora mismo a mi habitación, y quítate esos andrajos, que pareces una lavandera, y lávate bien, y ponte algo mío. ¡A ver si es posible que parezcas un caballero! ¡Nunca vi nada tan zarrapastroso, sucio y vergonzoso en toda mi vida! ¡Deja ya de fanfarronear y protestar, y haz lo que te he dicho! ¡Luego tengo que hablarte! El Sapo sintió ganas de contestarle un par de cosillas. Estaba harto de que le dieran órdenes cuando estaba en la cárcel, y parecía que ahora todo volvía a empezar. ¡Y encima, por parte de una Rata! Sin embargo vio su reflejo en el espejo, con aquel sombrero negro inclinado sobre un ojo, y cambió de opinión. Subió a toda prisa y muy avergonzado al vestidor de la Rata. Luego se lavó y se frotó, se cambió de ropa y se quedó durante un buen rato contemplándose con orgullo y placer en el espejo, y pensando lo idiotas que tenían que haber sido todos los que le tomaron por una lavandera.

Cuando por fin bajó al salón, la comida estaba preparada encima de la mesa, lo cual agradó al Sapo, ya que había tenido un montón de aventuras agotadoras y había hecho demasiado ejercicio desde que el gitano le había ofrecido aquel suculento desayuno. Mientras comían, el Sapo contó a la Rata todas sus aventuras, poniendo de relieve su inteligencia, maestría y serenidad en momentos difíciles o de peligro, y haciendo entender que se lo había estado pasando estupendamente. Pero cuanto más hablaba y se ufanaba, más seria y silenciosa se ponía la Rata.

Cuando por fin el Sapo agotó la conversación, se quedaron en silencio durante un buen rato. Al cabo de un tiempo la Rata dijo:

-Mira, Sapito, no quiero hacerte sufrir después de todo lo que te ha sucedido, pero, de verdad, ¿no te das cuenta de que has estado haciendo el ridículo? Según me dices, te han metido en la cárcel, has pasado hambre, te han perseguido, aterrorizado, insultado, se han burlado de ti, te han tirado al agua... ¿Y lo encuentras divertido? ¿Dónde ves la gracia? Y todo porque se te ocurrió robar un coche. Sabes muy bien que, desde la primera vez que viste un automóvil, sólo te ha traído desgracias. Pero si de verdad tienes que liarte con ellos, como siempre te ocurre, ¿por qué tienes que robarlos? Sé un inválido, si crees que es divertido. O arruínate, para variar, si es que de verdad te interesa. ¿Pero por qué tienes que ser un presidiario? ¿Cuándo vas a ser razonable, y pensar en tus amigos, y tener consideración con ellos?

¿Es que crees que a mí me gusta por ejemplo oír decir a otros animales, cuando paso cerca de ellos, que yo soy amiga de presidiarios?

En el fondo el Sapo tenía buen corazón, y no le importaba que sus amigos le criticaran. Y aun cuando más decidido estaba a hacer algo, siempre podía ver el punto de vista contrario. Así que, aunque la Rata hablaba muy en serio, él no cesaba de susurrar: «¡Pero si era muy divertido! ¡Divertidísimo!», y de hacer extraños ruidos como k-i-k-k-k y pop-pop y otros que recordaban resoplidos sofocados, o el abrir una botella de agua con gas. Pero, cuando la Rata hubo acabado, el Sapo suspiró profundamente y dijo con mucha humildad:

-¡Tienes razón, Ratita! ¡Qué razonable eres siempre! Sí, he sido un estúpido vanidoso y me doy cuenta de ello. Pero desde ahora voy a ser un Sapo bueno, y nunca más volveré a hacerlo. En cuanto a los coches, ya no me interesan tanto desde el chapuzón que me di en tu río. De hecho, cuando estaba colgado del borde de tu agujero recobrando el aliento, se me ocurrió una idea, una idea excelente, a propósito de barcos de motor... ¡Bueno, bueno, cálmate, muchacha, cálmate, sólo era una idea, y ahora no vamos a ponernos a hablar de ella! Vamos a tomar el café, y a fumar un cigarrillo, y a charlar un poco, y luego me iré tranquilamente a la Mansión, y me pondré mi ropa, y volveré a mi vida anterior. ¡Estoy harto de aventuras! Me voy a dedicar a una vida tranquila y respetable, mejorando la Mansión, y también de vez en cuando ocupándome de los jardines. Siempre habrá algo de comer para mis amigos cuando vengan a visitarme. Y me voy a comprar un carrito de caballos para pasear por el campo, como solía hacer antes de que me entraran ganas de hacer cosas.

-¿Irte tranquilamente a la Mansión? -gritó la Rata muy excitada-. ¿Pero qué dices? ¿Es que no te has enterado?

-¿Enterado de qué? -dijo el Sapo, poniéndose muy pálido-. ¡Dímelo, Ratita! ¡Venga! ¡Cuéntamelo todo! ¿De qué no me he enterado?

-¿Quieres decir-le contestó la Rata golpeando la mesa con el puño- que no te has enterado de lo que han hecho los Armiños y las Comadrejas?

-¿Qué? ¿Los Habitantes del Bosque Salvaje? -gritó el Sapo tembloroso-. ¡No, ni una palabra! ¿Qué es lo que han hecho?

-¿... Y de cómo han tomado posesión de la Mansión del Sapo? -añadió la Rata.

El Sapo apoyó los codos en la mesa, y la barbilla en las manos; y dos lagrimotas le llenaron los ojos, y se escurrieron hasta la mesa, ¡plop! ¡plop!

-Sigue, Ratita -susurró-, cuéntamelo todo. Ya pasó lo peor. Vuelvo a ser un animal. Podré soportarlo.

-Cuando te... metiste... en todos aquellos... líos -dijo la Rata lentamente-, o sea, cuando... desapareciste de la sociedad durante algún tiempo a causa de un malentendido... sobre una... máquina, ya sabes...

El Sapo asintió con la cabeza.

-Pues por aquí se habló mucho del tema, por supuesto -continuó la Rata-, no sólo en la Orilla del Río, sino también en el Bosque Salvaje. Los animales tomaban partido, como suele suceder. Los de la Orilla del Río te defendían, y decían que te habían tratado muy mal, y que hoy ya no hay justicia. Pero los animales del Bosque Salvaje hacían comentarios desagradables, y decían que te lo merecías, y que ya iba siendo hora de que todo acabara. ¡Y se volvieron muy confiados, y decían que por fin habían acabado contigo! ¡Que ya nunca más volverías, nunca más!

El Sapo asintió de nuevo, siempre en silencio. Y la Rata continuó:

-¡Así son esos bichos! Pero el Topo y el Tejón te defendían a pesar de todo, y decían que volverías muy pronto, de una u otra manera. ¡No sabían cómo, pero volverías!

El Sapo empezó a erguirse y a sonreír.

-Tenían buenos argumentos-continuó la Rata-. Dijeron que ninguna ley criminal había podido prevalecer contra un descaro y unas artimañas como las tuyas, amén del poder de un bolsillo bien lleno. Así que decidieron instalarse en la Mansión, y mantenerla bien aireada, y tenerlo todo preparado para tu regreso. Por supuesto, no sospechaban lo que iba a suceder,

aunque no se fiaban mucho de los animales del Bosque Salvaje. Ahora te tengo que contar lo más doloroso y trágico de todo. Una noche oscura, muy oscura y con vientos muy fuertes, cuando llovía a cántaros, una banda de Comadrejas bien armadas se deslizaron por el camino hasta la puerta principal. Mientras tanto un grupo de Hurones se acercaron por el huerto y se apoderaron del patio trasero, de la cocina y de los cuartos de servicio. Y una banda de guerrilleros Armiños, que no se detenían ante nada, ocuparon el invernadero y el salón del billar, y se apostaron junto a las puertas de cristales que dan al jardín.

El Topo y el Tejón estaban sentados frente a la chimenea en el salón, charlando y sin sospechar nada, ya que la noche no era de lo más propicia para que los animales estuvieran fuera, cuando de repente los malvados y sanguinarios bichos forzaron las puertas y los atacaron por todas partes. Ellos se defendieron como pudieron, pero no sirvió de nada. No tenían armas, y los habían tomado por sorpresa y, además, ¿qué pueden hacer dos animales contra cientos de ellos? ¡Aquellos bichejos los atacaron con palos y los echaron fuera, con aquel frío y aquella lluvia, tras haberlos insultado como no se lo merecían!

Entonces el insensible Sapo se rió con desprecio, y luego intentó recobrar la calma y poner cara de circunstancias.

-Y los animales del Bosque Salvaje han estado viviendo desde entonces en la Mansión del Sapo -añadió la Rata-. ¡Y menuda vida se dan! Se pasan medio día en la cama, y desayunan a cualquier hora, y (según me cuentan) la casa está hecha un revoltijo. Se hartan de comer y beber de lo tuyo, se burlan de ti, y cantan canciones vulgares sobre..., bueno, sobre cárceles, y jueces, y policías. Unas canciones horribles y nada graciosas. Y cuentan a todo el mundo que se van a quedar allí para siempre.

-¡No me digas! -dijo el Sapo, levantándose de golpe y agarrando un palo-. ¡Ya veremos si es verdad!

-¡No te molestes, Sapo! -gritó la Rata-. ¡Cálmate y siéntate! Te meterás en más líos.

Pero el Sapo se marchó, y no hubo manera de retenerlo. Caminaba a toda prisa con el palo sobre el hombro, muy enfadado y refunfuñando, hasta que llegó a la puerta principal, y entonces apareció detrás de la verja un Hurón largo y amarillo con un fusil.

-¿Quién va? -dijo bruscamente el Hurón.

-¡Qué absurdo! -contestó el Sapo muy enfadado-. ¿Quién te crees que eres para hablarme así? Ven aquí ahora mismo, o...

El Hurón ni contestó, y apoyó el fusil en el hombro. El Sapo se tiró al suelo por prudencia, y, ¡bang!, una bala silbó por encima de su cabeza.

El asombrado Sapo se levantó de un brinco y salió corriendo a toda velocidad carretera abajo. Y mientras corría, oía la risa del Hurón, y muchas otras risitas que la acompañaban. Regresó a casa muy desanimado, y contó a la Rata lo sucedido.

-¿Qué te dije? -contestó la Rata-. No vale la pena. Tienen centinelas, y todos van armados. Tendrás que esperar. Pero el Sapo no se dio por vencido. Así que sacó la barca, y fue remando corriente arriba hasta donde el jardín delantero de la Mansión del Sapo llegaba hasta la orilla.

Cuando estuvo cerca de su antigua casa, dejó de remar y observó con cuidado el lugar. Todo parecía desierto y tranquilo. Podía ver toda la fachada de la Mansión, iluminada por el sol de la tarde. Las palomas, en parejas o tríos, se alineaban en el borde del tejado; el jardín era un incendio de flores; y el remanso que conducía al cobertizo, y en el puentecito de madera para cruzarlo todo estaba tranquilo, como esperando su regreso. Primero intentaría meterse en el cobertizo. Con mucho cuidado remó hasta la entrada del remanso, y justo cuando pasaba por debajo del puentecito... ¡plaf!

Una enorme piedra cayó del puente y atravesó el fondo de la barca. Esta se llenó de agua y se hundió, y el Sapo se encontró chapoteando en agua profunda. Miró hacia arriba y vio a dos Armiños asomados a la barandilla del puente que lo miraban con alegría.

-¡La próxima vez te caerá en la cabeza, Sapito! -le gritaron.

El Sapo, muy indignado, nadó hasta la orilla, mientras los Armiños seguían riéndose, animándose el uno al otro, y siguieron riéndose, hasta que casi tuvieron dos ataques, o sea, un ataque cada uno, por supuesto.

El Sapo regresó a casa a pie, y contó sus frustrantes experiencias a la Rata de Agua.

-¿Ves? ¿Qué te dije? -contestó la Rata muy enfadada-. ¡Y ahora, ves lo que has hecho! ¡Me has perdido la barca que tanto me gustaba, eso es lo que has hecho! ¡Y has echado a perder el traje tan bonito que te presté! ¡Desde luego, Sapo, no me explico cómo sigues teniendo amigos!

El Sapo se dio cuenta de lo mal que se había portado. Reconoció sus errores y su locura, y pidió perdón a la Rata por haber perdido su barca y estropeado su ropa. Y acabó diciendo con aquella sincera sumisión que siempre desarmaba a sus amigos y conseguía su perdón:

-Ratita, reconozco que he sido un Sapo terco y cabezota. Pero, créeme, de ahora en adelante seré modesto y sumiso, y no haré nada sin tu buen consejo y aprobación.

-Si es verdad -contestó la Rata, que tenía buen corazón y que ya se había calmado-, entonces te aconsejo que, como ya es muy tarde, te sientes a la mesa, y la cena estará lista en unos minutos. Y ten paciencia, porque estoy convencida de que no podemos hacer nada hasta que no hayamos hablado con el Topo y el Tejón, y conozcamos las últimas noticias, y escuchemos su consejo en esta situación tan difícil.

-¡Ah! Sí, por supuesto, el Topo y el Tejón-dijo el Sapo despreocupado-. ¿Qué fue de ellos? ¡Ya casi los había olvidado!

-¡Menos mal que preguntas! -contestó la Rata con reproche-. Mientras tú te paseabas por el país en automóviles carísimos, y montando en pura-sangres, y desayunando lo más rico de este mundo, los dos pobres y fieles animales han estado acampando bajo las estrellas, a pesar del mal tiempo, pasándolo mal de día y durmiendo en el suelo por las noches. Y todo para poder vigilar tu casa, y no perder de vista a los Armiños y Comadrejas, y poder planear la mejor manera de devolverte tu propiedad. No te mereces unos amigos tan buenos y fieles, Sapo, de verdad te lo digo. ¡Algún día, cuando sea demasiado tarde, te arrepentirás de no haberlos apreciado cuando los tenías!

-Soy un bicho desagradecido, ya lo sé-lloriqueó el Sapo, y le cayeron lágrimas amargas-. Ahora mismo voy a buscarlos en medio de la noche fría y oscura, y a compartir sus sufrimientos, y probaros que..., ¡pero espera! ¡Oigo el tintineo de unos platos en una bandeja! ¡Hurra, la cena está lista! ¡Venga, Ratita!

La Rata se acordó de que el pobre Sapo había pasado una buena temporada en la cárcel, y de que había que ser indulgente con él. Le siguió pues hasta la mesa, y le animó a que comiera para compensar las privaciones pasadas.

Cuando acabaron de cenar y se sentaron en los sillones, se oyó una fuerte llamada a la puerta.

El Sapo estaba nervioso, pero la Rata le hizo una misteriosa señal con la cabeza, fue a abrir la puerta y entró el señor Tejón. Tenía las apariencias de alguien que no ha estado en casa desde hace algunos días, y no ha podido disfrutar de todas sus comodidades. Tenía los zapatos embarrados, y un aspecto descuidado y desaseado. Pero al fin y al cabo, ni siquiera en sus mejores momentos el Tejón había sido un caballero elegante. Se acercó con solemnidad al Sapo, le dio la mano, y dijo:

-¡Bienvenido a casa, Sapo! ¡Ay! ¿Qué estoy diciendo? ¿Casa? Esta no es una alegre acogida. ¡Pobre Sapo! -Y dándole la espalda, se sentó a la mesa y se sirvió un buen trozo de empanada fría.

Al Sapo le preocupó esta manera de darle la bienvenida tan seria y de mal agüero. Pero la Rata le susurró:

-No importa, no te preocupes. Y no le digas nada de momento. Siempre está un poco pesimista cuando no ha comido nada. Dentro de media hora, será un animal muy diferente.

Esperaron pues en silencio, y entonces oyeron otro golpecito en la puerta. La Rata, con una señal de la cabeza al Sapo, fue a abrir y entró el Topo, muy sucio y desaliñado, con trocitos de paja y heno en la piel.

-¡Hurra! ¡El Sapo ha vuelto! -gritó el Topo radiante-. ¡Qué alegría que hayas vuelto! -Y empezó a bailar a su alrededor-. ¡No nos imaginábamos que regresarías tan pronto! ¡Te habrás escapado, me supongo! ¡Qué Sapo más listo e ingenioso!

La Rata, asustada, le dio un codazo. Pero era demasiado tarde. El Sapo empezaba a hincharse de nuevo.

-¿Listo? ¡Oh, no! -dijo-. No soy muy listo, según mis amigos. Sólo me he escapado de la prisión mejor guardada de Inglaterra, ¡eso es todo! ¡Y capturé un tren y me fugué en él, eso es todo! ¡Y me disfracé y recorrí la región engañando a todo el mundo, eso es todo! ¡Oh, no! ¡Soy un estúpido, eso es lo que soy! Te contaré algunas de mis aventuras, Topo, y podrás juzgar por ti mismo.

-De acuerdo -dijo el Topo mientras se acercaba a la mesa-. ¿Por qué no me lo cuentas mientras ceno algo? ¡No he comido nada desde el desayuno! ¡Y tengo un hambre!

Y se sentó y se sirvió una buena porción de carne en fiambre y pepinillos en vinagre.

El Sapo se colocó frente a la chimenea con aire muy ufano, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un puñado de monedas de plata.

-¡Mira! -gritó enseñándoselas-. ¿No está mal, verdad, por un trabajo de pocos minutos? Y adivina cómo las conseguí, Topo. ¡Robando un caballo! Increíble, ¿verdad?

-Cuéntamelo todo, Sapo -dijo el Topo con gran interés.

-¿Por qué no te callas, Sapo, por favor? -dijo la Rata-. Y tú no le animes, Topo, cuando sabes cómo es. Pero cuéntanos cuál es la situación, y qué debemos hacer, ahora que el Sapo ha regresado.

-La situación es pésima -contestó malhumorado el Topo-. ¡Y ojalá supiera lo que debemos hacer! El Tejón y yo hemos recorrido el lugar día y noche. Y siempre lo mismo. Centinelas por todas partes, fusiles apuntándonos, o bien nos apedrean. Siempre hay alguien vigilando, y cuando nos ven, se ríen de nosotros. ¡Eso es lo que más me molesta!

-Es una situación difícil -dijo la Rata muy pensativa-. Pero creo que sé lo que debería de hacer el Sapo. Os lo explicaré. Yo creo que debería...

-¡Ni hablar! -contestó el Topo con la boca llena-. ¡De eso nada! No entiendes. Lo que debería de hacer es...

-¡Pues no lo haré, de ninguna forma! -gritó el Sapo malhumorado-. ¡No voy a aguantar que me deis órdenes, muchachos! Estamos hablando de mi casa, y yo sé exactamente lo que tengo que hacer. Tengo que...

Entonces se pusieron a hablar los tres al mismo tiempo, y la conversación era ensordecedora, cuando una voz seca dijo: -¿Por qué no os calláis los tres de una vez? -y todos se quedaron en silencio.

Era el Tejón, que, tras haber acabado su empanada, se había dado la vuelta y los miraba muy enfadado. Cuando se aseguró de que le estaban escuchando, se volvió de nuevo hacia la mesa y alcanzó el queso. Y tan grande era el respeto impuesto por las sólidas cualidades del buen animal, que nadie dijo ni una palabra hasta que el Tejón hubo acabado de cenar y se sacudió las migas de las rodillas. El Sapo no paraba quieto, pero la Rata lo tenía bien sujeto.

Cuando el Tejón hubo acabado, se levantó y se acercó a la chimenea muy pensativo. Por fin dijo con severidad: -¡Sapo, eres un animal malo e impertinente! ¿No te da vergüenza? ¿Qué diría tu padre, mi viejo amigo, si te viera aquí esta noche, y supiera lo que has estado haciendo?

El Sapo se había echado en el sofá boca abajo, sacudido por un llanto de remordimiento.

-¡Bueno, bueno! -prosiguió el Tejón más cariñoso-. No importa. Deja de llorar. Olvidemos lo pasado, y procura empezar de nuevo. Pero el Topo tiene razón. Los Armiños vigilan por todas partes, y son los mejores centinelas del mundo. Sería imposible intentar atacarlos. Son demasiado fuertes para nosotros.

-¡Entonces todo se acabó! -suspiró el Sapo, con la cara escondida entre cojines-. ¡Me alistaré como soldado, y nunca más volveré a ver mi querida Mansión!

-¡Vamos, Sapito, anímate! -dijo el Tejón-. Hay otras maneras de recuperar un lugar sin asaltarlo abiertamente. Aún no he acabado de hablar. Os voy a contar un secreto.

El Sapo se enderezó y se secó las lágrimas. Los secretos le atraían mucho, porque nunca podía guardarlos, y le gustaba la profana emoción que sentía cuando contaba a otro animal lo que había prometido no decir.

-Hay un... pasadizo... subterráneo -dijo el Tejón causando gran impresión-, que va desde la orilla del río hasta el centro de la Mansión del Sapo.

-¡Tonterías, 'rejón! -dijo vivamente el Sapo-. Has estado escuchando los cuentos chinos que cuentan en los bares de por aquí. Conozco la Mansión como la palma de mi mano, y te aseguro que no hay ningún pasadizo.

-Mi joven amigo -dijo el Tejón algo enfadado-, tu padre, que era un animal muy respetable (mucho más respetable que otra gente que conozco), era un buen amigo mío, y me contó muchas cosas que no soñaría en contarte a ti. Él descubrió el túnel..., no lo hizo él, por supuesto. El pasadizo había sido construido siglos antes de que él viniera a vivir aquí. Él lo limpió y arregló, porque pensó que algún día podría ser útil, en caso de emergencia; y me lo enseñó. «No se lo cuentes a mi hijo», me dijo, «es un buen chico, pero un tanto alocado, y no puede guardar un secreto. Si se mete en un lío, le será útil, y entonces se lo puedes decir. Pero no antes».

Los otros animales miraron al Sapo para ver cuál sería su reacción. El Sapo se sintió un poco ofendido, pero enseguida se animó, porque era un buen muchacho.

-Bueno, bueno -les dijo-, es verdad que a veces hablo demasiado. Como soy tan popular, siempre tengo amigos a mi alrededor, y entonces charlamos, y nos contamos chistes, y entonces se me escapa la lengua. Tengo el don de la conversación. Me han dicho que debería tener un salon, aunque no sé muy bien lo que es eso. Pero en fin, ¿qué ibas a decir, Tejón? ¿Cómo podemos aprovechar el túnel?

-Me he enterado de algunas cosas -continuó el Tejón-. Le pedí a la Nutria que se disfrazara de mujer de la limpieza, y que llamara a la puerta trasera, con las escobas sobre el hombro, pidiendo trabajo. Mañana por la noche van a dar un gran banquete. Es el cumpleaños del Jefe de las Comadrejas, me parece, y todas estarán reunidas en el comedor, comiendo y bebiendo, sin sospechar nada. ¡Sin pistolas, ni espadas, ni palos, ni nada!

-Pero los centinelas seguirán en sus puestos -observó la Rata.

-Justo -dijo el Tejón-. Las Comadrejas se fían completamente de los excelentes centinelas. ¡Pero resulta que el túnel viene a dar justo debajo de la despensa del mayordomo, que está junto al comedor!

-¡Ah! ¡La tabla que chirriaba en la despensa! -dijo el Sapo-. ¡Ahora lo entiendo!

-Saldremos con cuidado a la despensa -gritó el Topo. con pistolas y espadas y palos -exclamó la Rata.

y los asaltaremos... -dijo el Tejón.

¡Y les pegaremos, les pegaremos y les pegaremos! -gritó el Sapo extasiado, corriendo alrededor del salón v saltando por encima de las sillas.

-Bueno -prosiguió el Tejón con mucha calma-, ya tenemos un plan, y no tenemos nada más que discutir. Así que os propongo que, con lo tarde que es, os vayáis todos a la cama ahora mismo. Y mañana por la mañana lo prepararemos todo.

Por supuesto, el Sapo obedeció como los otros y se fue a la cama (no se atrevió ni a rechistar), aunque se sentía demasiado emocionado para poder dormir. Pero el día había sido largo, y con muchas aventuras. Y las sábanas y mantas eran muy acogedoras, después de un poco de paja en el suelo de piedra de una fría celda; y en cuanto apoyó la cabeza en la almohada empezó a roncar. Por supuesto tuvo muchos sueños sobre carreteras que se escapaban corriendo justo cuando él las necesitaba, y canales que le perseguían, y una barcaza que llegaba flotando hasta el salón cargada con toda su ropa sucia, en medio de un banquete; y que estaba solo en el túnel secreto, y que el túnel se daba la vuelta, se sacudía y se ponía en pie. Y, por último, que regresaba a la Mansión del Sapo, sano y salvo, con todos sus amigos a su alrededor, asegurándole que de verdad era un Sapo muy listo.

Durmió hasta muy tarde, y cuando por fin bajó al salón se encontró con que los otros habían acabado de desayunar hacía tiempo. El Topo se había marchado solo, sin decir a dónde iba. El Tejón estaba sentado en el sillón, leyendo el periódico, y sin preocuparse en lo más mínimo de lo que iba a suceder aquella misma tarde. Por su parte, la Rata estaba muy ocupada llevando armas de acá para allá, y poniéndolas en cuatro montoncitos en el suelo, y susurrando muy emocionada: «¡Una-espada-para-la-Rata, una-espada-para-el-Topo, una-espada-para-el-Sapo, una espada-para-el-Tejón! ¡Una-pistola-para-el-Topo, una-pistola-para-el-Sapo, una-pistola-para-la-Rata, una-pistola-para-el-Tejón!», etcétera, en un tono rítmico, mientras los cuatro montoncitos iban creciendo.

-Todo eso está muy bien, Ratita -dijo el Tejón mirando al atareado animalito por encima del periódico-. No es una crítica, pero en cuanto hayamos dejado atrás a los Armiños con sus horribles fusiles, ya verás cómo no necesitamos ni pistolas ni espadas. En cuanto nosotros cuatro, armados con nuestros palos, estemos dentro del salón de banquetes, ya verás cómo en cinco minutos no queda ni una sola Comadreja. Podría haberlo hecho yo solo, pero no quería privaros del placer.

-Prefiero estar segura -dijo la Rata muy pensativa, mientras frotaba el cañón de una escopeta para sacarle brillo. Cuando hubo acabado de desayunar, el Sapo agarró un palo enorme, lo blandió con fuerza y empezó a apalear a unos animales imaginarios.

-¡Ya les aprenderé yo a robarme la casa! -gritó-. ¡Ya les aprenderé, ya les aprenderé!

-No digas «aprenderé» , Sapo -dijo la Rata muy sorprendida-. No sabes ni hablar.

-Siempre te estás metiendo con el Sapo-protestó el Tejón malhumorado-. ¿Por qué no sabe ni hablar? Yo también digo lo mismo y no pasa nada.

-Lo siento-dijo la Rata humildemente-. Sólo que me parecía que debe ser «enseñaré» en lugar de «aprenderé».

-Pero es que nosotros no queremos enseñarles -replicó el Tejón-. Queremos que aprendan..., ¡que aprendan, que aprendan! Y eso mismo es lo que vamos a hacer.

-Bueno, bueno, lo que queráis -dijo la Rata.

Estaba hecha un lío y se metió en un rincón y al poco se la oyó musitar: «les aprenderé, les enseñaré, les aprenderé, les enseñaré», hasta que el Tejón le mandó que se callara de una vez.

Al cabo de un rato regresó el Topo, al parecer muy contento de sí mismo.

-¡Me lo he pasado más bien! -dijo sin esperar-. He estado provocando a los Armiños.

-Espero que hayas tenido mucho cuidado, Topo -dijo preocupada la Rata.

-¡Pues claro! -contestó el Topo muy confiado-. Se me ocurrió una idea esta mañana cuando fui a la cocina para comprobar que estaba preparado el desayuno del Sapo. Encontré el vestido de lavandera que traía puesto ayer el Sapo colgado delante de la chimenea. Así que me lo puse, y el sombrero también, y el chal, y me marché a la Mansión del Sapo, tan tranquilo. Por supuesto, los centinelas estaban vigilando con sus fusiles, y cuando me dijeron: «¿Quién va?», les contesté con mucho respeto: « ¡Buenos días, caballeros! ¿Necesitan que les lave algo de ropa?». Me miraron muy vanidosos y altaneros, y me contestaron: «¡Márchate,

Librodot

lavandera! No lavamos nada cuando estamos de servicio». «¡Y tampoco cuando estáis fuera de servicio!», les contesté. ¡ja, ja, ja! ¡Qué gracioso estuve!, ¿verdad Sapo?

-¡Pobre tonto! -contestó el Sapo con arrogancia. Pero el caso es que tenía envidia de lo que el Topo acababa de hacer. Era justo lo que le hubiera gustado hacer a él, si se le hubiera ocurrido a tiempo, y se hubiera levantado más temprano.

-Algunos Armiños se pusieron muy colorados -continuó el Topo-, y el sargento me dijo: «Mire, buena mujer, márchese de una vez, y no distraiga a mis hombres mientras están de servicio». Y yo le contesté: «¿Marcharme, yo? ¡No seré yo la que me marche, sino otros, y muy pronto!»

-¡Cielos, Topito! ¿Qué has hecho? -contestó la Rata con espanto.

El Tejón dejó el periódico encima de la mesa.

-Los Armiños se miraron los unos a los otros-continuó el Topo- y el sargento dijo: «No le hagáis caso, no sabe lo que dice». «¿Ah, no?», les contesté, «pues mire lo que le digo. Mi hija trabaja para el Señor Tejón, para que veáis que sé lo que estoy diciendo. ¡Y ya lo comprobaréis muy pronto! Un centenar de tejones sanguinarios armados con rifles van a atacar la Mansión del Sapo esta misma noche desde el parque. Y seis barcas llenas de ratas con pistolas subirán por el río y desembarcarán en el jardín. Y un grupo de sapos, conocidos como los Intransigentes, o los Sapos "Gloria-o-Muerte" atacarán el huerto con gritos de venganza. ¡Y ya no os quedará mucho para lavar, en cuanto os hayan alcanzado, a menos que os marchéis mientras estáis a tiempo! » Entonces me marché corriendo, y cuando me perdieron de vista me escondí, y regresé a la Mansión arrastrándome por la zanja, y los estuve observando a través del seto. Estaban todos muy nerviosos y preocupados, y corrían de acá para allá, tropezándose los unos con los otros, y dándose órdenes sin escuchar a los otros. El sargento no hacía más que mandar grupos

de Armiños a la otra punta del terreno, y luego mandaba otro grupito a buscarlos. Y los oí comentar: «Es típico de las Comadrejas; ellas se meten en el salón de banquetes a comer y brindar y cantar y todo eso, mientras nosotros tenemos que quedarnos vigilando con el frío y la oscuridad de la noche, ¡y al final los tejones sanguinarios acabarán con nosotros!».

-¡Qué estúpido eres, Topo! -gritó el Sapo-. ¡Ya lo estropeaste todo!

-Topito-dijo el Tejón con voz tranquila-, me doy cuenta de que tienes más sentido común en tu dedo meñique que otros animales en sus enormes cuerpos. Lo has hecho muy bien, y llegarás lejos. ¡Eres un Topo muy listo!

El Sapo estaba loco de celos, sobre todo porque no entendía por qué lo que había hecho el Topo estaba tan bien hecho; pero afortunadamente, y antes de que pudiera enfadarse y exponerse al sarcasmo del Tejón, sonó la campana de la comida.

Era una comida sencilla pero abundante -jamón con judías blancas, y macarrones en dulce-. Y cuando hubieron acabado, el Tejón se sentó en un sillón y dijo:

-Bueno, está todo listo para esta noche, y seguramente no acabaremos hasta muy tarde. Así que, mientras tanto, me voy a echar una siestecita. Y sacó un pañuelo del bolsillo, se lo puso delante de los ojos y muy pronto estaba roncando.

La atareada y ansiosa Rata siguió preparando algunas cositas, y corría de un montoncito a otro susurrando: «Un-cinturón-para-la-Rata, un-cinturón-para-el-Topo, un-cinturón-para-el-Sapo, un-cinturón-para-el-Tejón», y volvía a empezar con cada pieza que encontraba, y parecía que no iba a acabar nunca. Así que el Topo agarró al Sapo por el brazo, lo llevó fuera, y le hizo sentarse en un sillón y contarle todas sus aventuras desde el principio, a lo cual el Sapo no se opuso. El Topo era un buen oyente, y el Sapo, aprovechando que nadie podía comprobar la veracidad de sus declaraciones o criticar sus opiniones, se dejó llevar por su imaginación. Y la verdad era que mucho de lo que contaba pertenecía a la categoría de todo lo que «podía haber sucedido si se le hubiera ocurrido a tiempo en vez de diez minutos más tarde». Pero todas aquellas eran, como siempre, las mejores y más divertidas aventuras. ¿Y

por qué no podían ser también verdad, como todas las otras cosas mediocres que son las que de verdad suceden?

CAPÍTULO XII
El regreso de Ulises

Cuando empezó a anochecer, la Rata los llamó con un aire de misterio y emoción, los colocó junto a sus respectivos montoncitos y empezó a vestirlos para su próxima expedición. Lo hacía con mucho cuidado y seriedad, y tardó bastante tiempo. Primero ató un cinturón alrededor de cada animal, y luego metió una espada en cada cinturón, y un machete al otro lado para equilibrarlo. Luego un par de pistolas, una porra de policía, varios pares de esposas, vendas y esparadrapo, un termo y una fiambrera con bocadillos. El Tejón se rió con ganas y dijo:

-¡Bueno, Ratita! A ti te divierte, y a mí no me importa. Pero yo sólo voy a necesitar este palo.

Pero la Rata contestó:

-¡Por favor, Tejón! ¡No me gustaría que me echaras la culpa por haberme olvidado de algo!

Cuando todo estuvo listo, el Tejón agarró un farolillo en una mano y en la otra su garrote y dijo:

-¡Y ahora, seguidme! Primero el Topo, porque estoy orgulloso de él. Luego la Rata, y el último el Sapo. ¡Y escúchame bien, Sapito! ¡No empieces a refunfuñar, porque si no te aseguro que te quedas en casa!

El Sapo tenía tanto miedo de que lo fueran a dejar atrás, que aceptó sin protestar su situación de desventaja, y los animalitos se pusieron de camino. El Tejón los guió por la orilla del río un buen rato, y de repente se metió por un agujero que había por encima del nivel del agua. El Topo y la Rata le siguieron en silencio, y se metieron en el agujero sin problemas, como había hecho el Tejón. Pero, cuando le tocó al Sapo, por supuesto consiguió resbalar y caerse al agua con una gran ¡plas! y un grito de alarma. Sus amigos lo rescataron, lo limpiaron y secaron, y lo pusieron de nuevo de pie. Pero el Tejón estaba muy enfadado, y le advirtió que la próxima vez que hiciera el ridículo lo dejarían atrás.

¡Así que por fin habían llegado al túnel secreto, y la emocionante aventura había empezado!

El túnel era húmedo, estrecho y frío, y el pobre Sapo empezó a tiritar, en parte por el miedo de lo que podían encontrar más adelante, y en parte porque estaba calado hasta los huesos. El farolillo se perdía en la distancia, y él se estaba quedando atrás en la oscuridad. Entonces oyó que la Rata le gritaba: «¡Venga, Sapo!», y le entró el pánico de quedarse atrás, en la oscuridad, y «vino» con tanta prisa que empujó a la Rata contra el Topo, y al Topo contra el Tejón, y por un momento hubo una gran confusión. El Tejón creyó que los atacaban por detrás y, como no había sitio para levantar el palo, sacó una pistola y estuvo a punto de disparar contra el Sapo. Cuando se dio cuenta de lo que había sucedido, se enfadó muchísimo y dijo:

-¡Esta vez el estúpido Sapo se queda atrás!

Pero el Sapo lloriqueó, y los otros dos prometieron hacerse cargo de su buena conducta, y al final el Tejón se calmó, y la procesión siguió avanzando; pero esta vez la Rata iba la última, y llevaba al Sapo agarrado por los hombros.

Así que siguieron caminando a tientas, con las orejas erguidas y empuñando las pistolas, hasta que por fin el Tejón dijo:

-Ya debemos estar debajo de la Mansión.

De repente pudieron oír a lo lejos por encima de sus cabezas un murmullo confuso, como si mucha gente estuviera gritando y riéndose, y dando patadas en el suelo y puñetazos en las mesas. El terror volvió a dominar al Sapo, pero el Tejón comentó tranquilamente:

-¡Cómo se lo están pasando las Comadrejas!

El túnel empezó a ascender un poco; siguieron avanzando, y luego volvieron a oír aquel tumulto, esta vez muy cerca de ellos. Oyeron « ¡Hu-rra-hu-rra-hu-rra! » y luego patadas en el suelo y el tintineo de unas copas y puñetazos en las mesas.

-¡Qué bien se lo están pasando! -dijo el Tejón-. ¡Vamos! Apresuraron el paso por el túnel y se detuvieron de repente, justo debajo de la trampilla que daba a la despensa.

Había tanto barullo en el salón del banquete, que no corrían peligro de que les oyeran. El Tejón dijo:

-¡Venga, chicos, todos a una!

Y los cuatro levantaron con los hombros la puerta de la trampilla. Luego se izaron por ella y se encontraron en medio de la despensa, y sólo una puerta los separaba del salón del banquete, donde sus inconscientes enemigos se estaban embriagando.

Cuando salieron del túnel, el ruido era verdaderamente ensordecedor. Por fin las risas y los golpes se hicieron más tenues, y se oyó una voz que decía:

-No quiero ocuparos mucho tiempo... (muchos aplausos)... pero antes de volver a mi sitio... (más aplausos)... me gustaría decir algunas palabras sobre nuestro amable anfitrión, el señor Sapo. Todos conocemos al Sapo... (muchas risas)... ¡el bueno, modesto y honrado Sapo! ... (más risas histéricas)...

-¡Espera a que lo agarre! -murmuró el Sapo, con un rechinar de dientes.

-¡Aguántate un minuto! -dijo el Tejón, reteniéndolo con gran dificultad-. ¿Estáis todos preparados?

-Dejadme que os cante una canción -continuó la voz- que he compuesto sobre el Sapo... (muchos aplausos)... Entonces el Jefe de las Comadrejas (ya que era él) empezó a cantar con voz aguda:

El sapo se fue de juerga
muy contento calle abajo...

El Tejón se acercó a la puerta, empuñó con fuerza el enorme palo, miró a sus compañeros y gritó:

-¡Ha llegado la hora! ¡Seguidme! Y abrió la puerta de golpe.

¡Dios mío! ¡Cuántos chillidos y quejidos y chirridos llenaron el aire! Las Comadrejas horrorizadas se escabullían debajo de las mesas y desaparecían por las ventanas. Los Hurones intentaron escaparse por la chimenea y se quedaron atascados. Las mesas y las sillas se volcaron, se rompió la vajilla en el momento de pánico, cuando los cuatro Héroes irrumpieron con violencia en el salón. El gran Tejón, con los bigotes erizados, sacudía su enorme palo. El negro Topo, blandiendo la porra, voceaba su grito de guerra: «¡Un Topo! ¡Un Topo!» La Rata, muy decidida, llevaba colgadas de su cinturón armas de todos los tipos; el Sapo, histérico y herido en lo más profundo de su amor propio, hinchado hasta el doble de su tamaño, pegaba brincos por el aire y chillaba a todo pulmón.

-¡Con que el Sapo se fue de juerga! -gritó-. ¡Ya les enseñaré yo lo que es bueno!

Y se fue derecho hasta el Jefe de las Comadrejas.

No eran más que cuatro, pero a las Comadrejas aterradas les pareció que el salón estaba lleno de animales monstruosos, grises, negros, marrones y amarillos que chillaban y blandían enormes garrotes. Intentaron escaparse con gritos de terror y pánico, corriendo por todas partes, saltando por las ventanas o trepando por la chimenea, por cualquier sitio, con tal de ponerse a salvo de aquellas horribles estacas.

El asunto se acabó muy pronto. Los cuatro Amigos recorrieron el salón, dando estacazos a todas las cabezas que se atrevían a asomarse. Y en cinco minutos el salón quedó desierto. A través de las ventanas rotas podían percibir los agudos chillidos de las Comadrejas horrorizadas, que atravesaban los jardines. Una docena de enemigos yacían en el suelo, y el Topo estaba ocupado poniéndoles las esposas. El Tejón se apoyó en su estaca para descansar y se enjugó la frente.

-Topo -le dijo-, ¡eres un muchacho excelente! ¿Por qué no sales y echas un vistazo a tus queridos Armiños centinelas, a

ver qué están haciendo? Me da la impresión de que, gracias a ti, no nos darán demasiados problemas.

El Topo desapareció por la ventana, y el Tejón pidió a los otros dos que recogieran una mesa, unos platos y cubiertos entre los destrozos, y que encontraran algunas cosillas para cenar.

-¡Yo tengo hambre! -dijo en aquel tono un tanto brusco, tan típico de él-. ¡Venga, espabílate, Sapo! ¡Te devolvemos la casa, y tú no nos ofreces ni un bocadillo!

El Sapo se sintió ofendido de que el Tejón no le dijera cosas agradables como había hecho con el Topo, por ejemplo, que era un chico excelente y que había luchado muy bien. Estaba muy orgulloso del modo en que había controlado al Jefe de las Comadrejas y lo había hecho salir volando por encima de la mesa de un estacazo. Pero la Rata y él se pusieron a rebuscar, y muy pronto encontraron una fuente de gelatina de guayaba, un pollo en fiambre, una lengua casi sin empezar, un pastel de frutas, y una buena cantidad de ensalada de langosta. Y en la despensa encontraron un cesto lleno de panecillos y una buena cantidad de queso, mantequilla y apio. No habían hecho más que sentarse a la mesa cuando entró el Topo por una ventana, con los brazos cargados de escopetas.

-¡Se acabó! -les dijo-. En cuanto los Armiños, que ya estaban muy nerviosos, oyeron los gritos y quejidos y el barullo en el salón, muchos soltaron las escopetas y salieron corriendo. Los otros aguantaron un poco más en sus puestos, pero, cuando las Comadrejas se les echaron encima, ellos se creyeron traicionados y atacaron a las Comadrejas, y ellas lucharon para escaparse, y se estuvieron peleando los unos con los otros, ¡y muchos de ellos rodaron hasta el río! Ahora todos se han esfumado, y me he hecho con sus rifles. ¡Así que todo está resuelto!

-¡Qué animal más bueno y valiente! -dijo el Tejón con la boca llena de pollo y pastel de frutas-. Sólo quiero que hagas una cosa más, Topito, antes de sentarte a cenar con nosotros. No te lo pediría a ti si no fuera porque me fío de ti, y me gustaría poder decir lo mismo de todos los que conozco. Se lo hubiera pedido a la Rata, si no fuera poeta. Quiero que lleves a todos esos que están en el suelo al piso de arriba, y que arreglen algunas habitaciones y las pongan muy cómodas. Asegúrate de que barren también debajo de las camas y que pongan sábanas limpias, y que doblen una esquina de las mantas, como tú ya sabes que se debe hacer. Y que pongan una jarra de agua caliente, toallas limpias y jabón en cada habitación. Y después, si te apetece, les puedes dar una paliza y echarlos por la puerta trasera, y estoy seguro de que no les volveremos a ver. Y luego ven a cenar un poco de esta lengua en fiambre. ¡Es de primera clase! ¡Estoy orgulloso de ti, Topo!

El buenazo del Topo recogió una estaca, colocó a sus prisioneros en fila, les dio la orden de marcha y llevó a la patrulla al piso de arriba. Al cabo de un rato volvió a aparecer, sonriente, y dijo que todas las habitaciones estaban listas y arregladas.

Librodot

-Y no necesité darles una paliza -añadió-. Me pareció que ya habían recibido bastantes palizas esta noche, y ellas estaban de acuerdo cuando les expliqué mi opinión, y me prometieron ser obedientes. Estaban muy arrepentidos, y dijeron que sentían muchísimo todo lo que habían hecho, pero que todo era culpa del Jefe de las Comadrejas y de los Armiños, y que si alguna vez podían hacernos un favor para compensar lo que habían hecho, que no dudásemos en pedírselo. Así que les di un panecillo a cada una, y las dejé marcharse por la puerta trasera. ¡Y se fueron corriendo a toda velocidad!

Entonces el Topo acercó la silla a la mesa, y atacó con ganas la lengua en fiambre. Y el Sapo, que era todo un caballero, se olvidó de todos sus celos y dijo de todo corazón:

-¡Muchísimas gracias, querido Topo, por todo lo que has hecho esta noche, y sobre todo por tu inteligencia esta mañana! Al Tejón le agradó aquello, y dijo:

-¡Así se habla, querido Sapo!

Terminaron de cenar muy contentos y luego se retiraron a descansar entre sábanas limpias, sanos y salvos, en la antigua Mansión del Sapo, que habían recuperado gracias a su incomparable valor, estrategia y óptimo uso de las estacas.

A la mañana siguiente, el Sapo, que como de costumbre no se despertó hasta muy tarde, bajó a desayunar y encontró en la mesa una buena cantidad de cáscaras de huevo y unas tostadas frías y duras, la cafetera vacía y muy poco más; lo cual no le agradó, pues al fin y al cabo era su casa. A través de los ventanales del salón-comedor podía ver al Topo y a la Rata de Agua sentados en unos sillones de mimbre en el jardín, contándose historias y riéndose a carcajadas. El Tejón, que estaba sentado en un sofá, absorto en el periódico de la mañana, levantó la vista e hizo una señal con la cabeza cuando entró el Sapo. Pero el Sapo conocía bien a su amigo, así que se sentó y disfrutó como pudo del desayuno, y pensó que pronto o tarde haría cuentas con los otros.

Cuando casi hubo acabado, el Tejón levantó la vista y dijo: -Lo siento, Sapo, pero me temo que vas a tener mucho trabajo esta mañana. Verás, creo que tendríamos que organizar un banquete enseguida, para celebrar esta victoria. Todos lo están esperando... y de hecho, es la regla.

-¡Bueno! -dijo el Sapo sin dudarlo-. Haría cualquier cosa por contentar a la gente. Aunque no entiendo por qué quieres dar un banquete por la mañana. Pero ya sabes que yo no vivo para mí mismo, sino para adivinar lo que quieren mis amigos, y luego hacerlo, mi querido Tejón.

-No te hagas el estúpido -contestó el Tejón enfadado-, y no te rías ni balbucees mientras estás bebiendo el café. Es de mala educación. Lo que quiero decir es que el banquete se dará esta noche, pero hay que escribir y enviar las invitaciones inmediatamente, y tú tienes que escribirlas. Así que siéntate en aquella mesa. Encontrarás encima de ella un montón de papel de escribir con «Mansión del Sapo» grabado en letras doradas y azules. Escribe a todos nuestros amigos y, si no pierdes el tiempo, podemos enviarlas antes de comer. Y yo te echaré una mano y haré mi parte de trabajo. Yo organizaré el banquete.

-¡Qué! -gritó el Sapo consternado-. Yo me tengo que quedar en casa y escribir todas esas cartas en una bonita mañana como ésta, cuando quiero salir a pasear por mi propiedad, y

organizarlo todo de nuevo, y divertirme un poco. ¡De eso nada! Yo me encargo... ¡Bueno! ¡Por supuesto, mi querido Tejón! ¿Qué significa mi placer comparado con el de los demás? ¡Tú lo deseas así, y así será! De acuerdo, Tejón, vete a encargar el banquete, y pide lo que quieras. Y luego, únete a nuestros jóvenes amigos ahí fuera y diviértete con ellos, sin pensar en mí ni en mis deberes y preocupaciones. ¡Sacrifico esta hermosa mañana en aras del deber y de la amistad!

El Tejón lo miró con desconfianza, pero la actitud sincera y abierta del Sapo no le permitía sospechar ningún motivo deshonesto en su repentino cambio de opinión.

El Tejón salió del salón y se dirigió a la cocina, y en cuanto la puerta se cerró a sus espaldas el Sapo se sentó en el escritorio. Se le había ocurrido una idea brillante mientras hablaba. Él escribiría las invitaciones. Y de paso mencionaría el importante papel que había tenido en el ataque, y cómo había derrotado al jefe de las Comadrejas. Y aludiría a algunas de sus aventuras, y a la triunfal carrera que tenía por delante. Y en la invitación sugeriría un tipo de programa para la tarde, que había planeado en su mente del modo siguiente:

DISCURSO ……DEL SAPO
(Habrá otros discursos del Sapo durante la tarde)

PESNETACIÓN……DEL SAPO

SINOPSIS: Nuestro sistema penitenciario – Los canales de la Viena Inglaterra – El mercado de caballos y de cómo venderlos – La propiedad sus derechos y deberes – De vuelta a casa - Un típico caballero inglés.

CANCIÓN …….DEL SAPO
(Compuesta por él mismo)

OTRAS COMPOSICIONES……DEL SAPO
serán interpretadas en la fiesta por el……..COMPOSITOR

Estaba muy orgulloso de aquella idea, y trabajó duro, y acabó todas las cartas a mediodía, y entonces le informaron de que había una pequeña Comadreja que preguntaba tímidamente si podía hacer algo para los señores. El Sapo salió del salón y se encontró con uno de los prisioneros de la tarde anterior, muy respetuoso y deseoso de complacerle. El Sapo le dio unas palmaditas en la cabeza, le puso el paquete de invitaciones entre las manos y le pidió que las repartiera lo más rápido posible y le dijo que, si tenía ganas de volver por la tarde, quizás hubiera un chelín para ella, aunque quizá no lo hubiera. Y la pobre Comadreja, que parecía muy agradecida, salió a toda prisa a cumplir su misión.

Cuando los otros animales regresaron a comer, muy alegres y animados tras una mañana en el río, el Topo, que no tenía la conciencia tranquila, miró con desconfianza al Sapo, esperando encontrarlo de mal humor o deprimido. Sin embargo, estaba tan animado y orgulloso que el Topo empezó a sospechar algo. Y la Rata y el Tejón se miraron.

En cuanto acabaron de comer, el Sapo se metió las manos en los bolsillos y comentó sin darle la mayor importancia: -¡Bueno, muchachos, divertíos! ¡Y encargad todo lo que se os antoje!

Y se dirigió orgullosamente al jardín, donde pretendía desarrollar algunas ideas para sus discursos, cuando la Rata lo agarró por el brazo.

El Sapo sospechaba lo que ella quería, e intentó escaparse. Pero cuando el Tejón lo agarró con fuerza por el otro brazo, el Sapo se dio cuenta de que el juego se había acabado. Los dos animales se lo llevaron hasta el salón, cerraron la puerta tras ellos, y lo sentaron en una silla. Luego los dos se le plantaron delante, mientras el Sapo los miraba en silencio, con desconfianza y mal humor.

-Escucha, Sapo -dijo la Rata-. A propósito del banquete, siento mucho tenerte que hablar así. Pero queremos que comprendas de una vez que no habrá ni discursos ni canciones.

Procura comprender que esta vez no estamos discutiendo contigo; te lo estamos advirtiendo.

El Sapo se dio cuenta de que no tenía escapatoria. Ellos le conocían, habían adivinado sus intenciones, y lo habían pillado. Su dulce sueño se había esfumado.

-¿No puedo cantar ni siquiera una cancioncita? -les rogó.

-No, ni una sola -contestó la Rata con firmeza, aunque se le partió el corazón al ver temblar los labios del pobre Sapo-. No insistas, Sapito. Demasiado bien sabes que tus canciones son vanidosas y fanfarronas, y tus discursos son alabanzas propias, y demasiado exagerados... y... y...

-Y chácharas -añadió el Tejón, con tono algo brusco.

-Lo hacemos por tu bien, Sapito -continuó la Rata-. Ya sabes que pronto o tarde tendrás que empezar de nuevo, y éste parece el momento perfecto. Será un punto decisivo en tu carrera. Por favor, créeme que esto me duele más a mí que a ti. El Sapo se quedó pensativo un buen momento. Por fin alzó la vista, y su rostro mostraba huellas de una fuerte emoción.

-Habéis ganado, amigos -dijo con la voz quebrada-. Era muy poco lo que os pedía, sólo el poder florecer una última vez, dejarme llevar por todo y oír el tumultuoso aplauso que, a mi parecer, me hace estar en mi mejor momento. Sin embargo, tenéis razón, ya lo sé, y yo me equivoco. De ahora en adelante seré un Sapo diferente. Amigos míos, nunca más tendréis que sentiros avergonzados de mí. Pero, ¡Dios mío, qué dura es la vida!

Y con un pañuelo en los ojos salió de la habitación arrastrando los pies.

-Tejón -dijo la Rata-, me siento como una bestia. ¿Y tú?

-¡Oh! Ya lo sé, ya lo sé -dijo tristemente el Tejón-. Pero teníamos que hacerlo. Este muchacho tiene que vivir aquí, y tiene que merecerse el respeto de los demás. ¿Te gustaría que fuera el hazmerreír de la gente, y que las Comadrejas y los Armiños se burlaran de él?

-Claro que no-contestó la Rata-. Y hablando de Comadrejas, menos mal que nos encontramos a aquella Comadrejita

que llevaba las invitaciones del Sapo. Me sospechaba algo, y eché un vistazo a un par de ellas. Eran una vergüenza. Las confisqué todas, y el bueno del Topo está sentado en el boudoirazul, escribiendo unas sencillas invitaciones.

Por fin se acercaba la hora del banquete, y el Sapo, que se había retirado a su dormitorio, estaba sentado muy pensativo y melancólico. Con la cabeza apoyada en la mano estuvo meditando un buen rato. Poco a poco se fue animando, y empezó a sonreír. Luego se echó a reír de un modo un tanto tímido. Por fin se levantó, cerró la puerta con llave, corrió las cortinas, puso todas las sillas de su habitación en semicírculo y se colocó ante ellas hinchado de orgullo. Luego hizo una reverencia, tosió un poquito y, dejándose llevar, se puso a cantar a voz en cuello ante los cautivados espectadores que su mente había imaginado:

ULTIMA CANCIONCITA DEL SAPO

¡El señor Sapo volvió!
Hubo en el portal chillidos, pánico en los aposentos,
hubo llanto en el establo y en el pesebre lamentos,
¡cuando el Sapo regresó!

¡Cuando el Sapo regresó!
Con estrépito chocaron las ventanas y las puertas,
caían las comadrejas huyendo ya medio muertas,
¡cuando el Sapo regresó!

¡Bang, el tambor redobló!
Los soldados saludaron, resonaron los trombones,
todos los coches pitaron, dispararon los cañones,
¡cuando el Héroe regresó!

¡Gritad hurras en respuesta!
Que griten todos muy fuerte, que armen gran algarabía
a mayor honra del Sapo, nuestro orgullo y alegría,
puesto que hoy es su gran fiesta!

La cantó muy alto, y con mucha entonación en la voz. Y cuando hubo acabado, volvió a empezar.

Luego suspiró; fue un suspiro muy hondo.

Luego mojó el peine en la jarra del agua, se hizo la raya en medio y se peinó con mucho cuidado y por fin abrió la puerta y bajó a saludar a sus invitados, que se estaban reuniendo en el salón.

Los animales lo saludaron cuando apareció, y se le acercaron a darle la enhorabuena y a alabar su valor, su inteligencia, y sus cualidades de luchador. Pero el Sapo sonrió tímidamente y murmuró: «¡De eso nada!» o «¡Al contrario!». La Nutria, que estaba delante de la chimenea describiendo a un grupo de amigos lo que ella hubiera hecho si hubiera estado allí, se acercó al Sapo con un grito de alegría, lo abrazó e intentó que diera una vuelta alrededor del salón en una marcha triunfal. Pero el Sapo, muy educado, no hacía más que decir: «E1 Tejón fue el genio; el Topo y la Rata sostuvieron la lucha. Yo casi no hice nada». Los invitados se quedaron asombrados ante tan extraña actitud. Y el Sapo sentía, mientras iba de invitado en invitado, contestando con mucha modestia, que todos estaban muy interesados en él.

El Tejón había encargado lo mejor de todo, y el banquete fue un gran éxito. Los animales estuvieron charlando y riéndose, pero, durante toda la cena, el Sapo, que era el anfitrión, se limitó a contestar con humildad a los animales que tenía a su lado. De vez en cuando miraba al Tejón y a la Rata, y ellos se miraban boquiabiertos. Y esto le produjo una gran satisfacción. Algunos de los animalitos más jóvenes y animados empezaron a comentar, mientras avanzaba la tarde, que las cosas no eran tan divertidas como en los buenos y viejos tiempos. Y algunos gritaron:

«¡Sapo! ¡Un discurso! ¡Un discurso del Sapo! ¡Una canción! ¡La canción del señor Sapo!» Pero el Sapo sólo movió la cabeza, levantó una mano para protestar, y, charlando humildemente con sus invitados y preguntando por los miembros de la familia que eran aún demasiado jóvenes para aparecer en sociedad, consiguió hacerles comprender que la cena era estrictamente convencional. ¡Desde luego, era un Sapo muy distinto!

***

Después de este punto culminante, los cuatro animalitos siguieron viviendo sus vidas, que la guerra civil había alterado con gran alegría, y sin más problemas ni invasiones. El Sapo, tras haber consultado con sus amigos, eligió una preciosa cadena de oro con un broche de perlas, que envió a la hija del carcelero, con una carta que incluso el Tejón juzgó modesta, agradecida y amistosa; y el maquinista, por su parte, recibió una recompensa por su ayuda. El Tejón también obligó a enviar a la mujer de la gabarra el dinero por su caballo. Aunque el Sapo protestó mucho y dijo que él era un instrumento del Destino enviado para castigar a

mujeres gordas que no sabían reconocer a un verdadero caballero. La cantidad de dinero no fue excesiva, pues resultó que el gitano había ofrecido una suma correcta.

De vez en cuando, en las tardes de verano, los cuatro amigos salían a pasear por el Bosque Salvaje, ahora bastante amaestrado. Daba gusto ver con cuánto respeto los recibían los habitantes, y cómo las madres Comadrejas sacaban a sus hijitos por las bocas de las madrigueras y les decían, señalando a los cuatro amigos:

-¡Mira, chiquito, por allí va el señor Sapo! ¡Y aquélla es la galante señora Rata, que camina junto a él! ¡Y detrás va el señor Topo, del que tanto habéis oído hablar a vuestro padre!

Pero cuando los niños eran malos y no había modo de controlarlos, los hacían callar diciendo que, si no se calmaban, el horrible Tejón gris vendría y se los llevaría. Esta era una injusta difamación, ya que al Tejón, al que le importaba poco la Sociedad, le gustaban sin embargo mucho los niños. Pero desde luego la amenaza daba buen resultado.

Fin